

A LOS QUE
FUERON FIELES

'ABDU'L-BAHÁ

CONTENIDO

Proemio	11
Nabíl-i-Akbar	17
Ismu'lláhu'l-Asdaq	21
Mullá 'Alí-Akbar	25
Shaykh Salmán	29
Mírzá Muhammad-'Alí, el Afnán	33
Hájí Mírzá Hasan, el Afnán	38
Muhammad-'Alí-i-Isfáhání	41
'Abdu'l Sálíh, el jardinero	44
Ustád Ismá'íl	47
Nabíl-i-Zarandí	50
Darvish Sidq-'Alí	55
Áqá Mírzá Mahmúd y Áqá Ridá	58
Pidar-Ján de Qazvín	61
Shaykh Sádiq-i-Yazdí	63
Sháh-Muhammad-Amín	65
Mashhadí Faddáj	68
Nabíl de Qá'in.	70
Siyyid Muhammad-Taquí Manshádí	75
Muhammad-'Alí Sabbáq de Yazd	78
'Abdu'l-Ghaffár de Isfáhán	80

'Alí Najaf-Ábádí	82
Mashhadí Husayn y Mashhadí Muhammad-i-Ádhirbáyjání	84
Hájí 'Abdu'r-Rajím-i-Yazdí	86
Hájí 'Abdu'lláh Najáf-Ábádí	89
Muhammad-Hádíy-i-Najáf	90
Mírzá Muḩammad-Qulí	93
Ustád Báqir y Ustád Aḩmad	95
Musammad Haná-Sáb	97
Hájí Faraju'lláh Tafríshí	99
Áqá Ibráhím-i-Isfáhání y sus hermanos	101
Áqá Muhammad-Ibráhím	105
Zaynu'l-'Ábidín Yazdí	107
Hájí Mullá Mihdíy-i-Yazdí	109
Su Eminencia Kalím (Mírzá Músá)	111
Hájí Muhammad Khán	116
Áqá Muhammad-Ibráhím Amír	119
Mírzá Mihdíy-i-Káshaní	120
Mishkín-Qalam	123
Ustád 'Alí-Akbar-i-Najjár	128
Shaykh 'Alí-Akbar-i-Mázhgání	130
Mírzá Muhammad, el siervo del Hospicio para Viajeros	132
Mírzá Muhammad-i-Vakíl	134
Hájí Muhammad-Ridáy-i-Shírází	143
Husayn Effendi Tabrízí	145
Jamshíd-i-Gurjí	147
Hájí Ja'far-i-Tabrízí y sus hermanos	150

Hájí Mírzá Muhammad-Taquí, el Afnán	154
'Abdu'lláh Baghdádí	158
Muḩammad-Muftafá Baghdádí	160
Sulaymán Khán-i-Tunukábání	163
'Abdu'r-Rahmán, el calderero en cobre	168
Muhammad-Ibráhím-i-Tabrízí	169
Muhammad-'Alí-i-Ardikání	170
Hájí Áqáy-i-Tabrízí	171
Ustád Qulám-'Alí-i-Najjár	173
Jináb-i-Muníb	175
Mírzá Muftafá Naráqí	178
Zaynu'l-Muqarribín	180
'Azím-i-Tafríshí	184
Mírzá Ja'far-i-Yazdí	186
Husayn-Áqáy-i-Tabrízí	189
Hájí 'Alí-'Askar-i-Tabrízí	191
Áqá 'Alí-i-Qazvíní	195
Áqá Muhammad-Báqir y Áqá	
Muhammad-Ismá'íl, el sastre	198
Abu'l-Qásim de Sultán-Ábád	202
Áqá Faraj	203
La consorte del Rey de los Mártires	205
Shams-i-Guhá	208
Táhiríh	222
Glosario	235

La presente traducción está realizada de la traducción al inglés de Marzieh Gail. Dicha traducción lleva una dedicatoria al Guardián de la Fe. Las notas a pie de página son igualmente de Marzieh Gail. La numeración de suras y versículos del Corán sigue la edición inglesa de Rodwell. (N. del E.)

PROEMIO

Éste es un libro sobre personas que intentaban entrar en prisión en lugar de escapar de ella, pues eran prisioneros de un gran amor: su amor a Bahá'u'lláh, a Quien el mundo del siglo XIX cargó de cadenas y trató de silenciar encerrándole, en último término, en la fortaleza de los Cruzados en 'Akká. Como el ojo del huracán, Él es el centro de estos relatos, pero apenas aparece en ellos, permaneciendo, como el Guardián Le ha descrito, "trascendental en su majestad, sereno, inspirando reverente temor, inaccesiblemente glorioso."

Probablemente el lector se verá reflejado en estas páginas, ya sea en el joyero de Baghdád, en uno de los que fregaban los platos, o en el profesor que no podía soportar la arrogancia de sus colegas. Aquí están el místico, la feminista, el clérigo, el artesano, el príncipe comerciante. Incluso los jóvenes occidentales modernos se podrán hallar aquí, por ejemplo en el capítulo sobre los derviches. Pues se trata de algo más que breves anales de los primeros discípulos bahá'ís; de algún modo, es un libro de prototipos; y es algo semejante a un testamento de valores aprobado y legado a nosotros por el Ejemplo Bahá'í, valores que ahora son ridiculizados pero indispensables si el planeta ha de convertirse en un lugar seguro para la humanidad. Son relatos cortos y sencillos, pero constituyen un manual de cómo vivir, y cómo morir.

La tarea de trasladar al inglés estas biografías me fue encomendada por el Guardián hace muchos años, cuando estaba de peregrinaje en el Centro Mundial Bahá'í en Haifa. Al poco tiempo el Guardián me envió a Teherán el texto a partir del cual se realizó esta traducción. Según la portada del original persa, éste fue el primer libro bahá'í que se imprimió en Haifa bajo la Guardianía. Una introducción en persa afirma que 'Abdu'l-Bahá escribió el libro en 1915, y concedió el permiso a M.A. Kahrubá'í para que lo publicara. El texto, que data de 1924, lleva el sello de la Asamblea Bahá'í de Haifa. Una segunda portada en inglés, describe la obra como "un relato, de la pluma de 'Abdu'l-Bahá, de las vidas de algunos de los primeros creyentes bahá'ís que fallecieron durante su vida", aunque la obra es en realidad una anotación de narraciones orales suyas.

He aquí, pues, casi medio siglo después de su fallecimiento, un nuevo libro que 'Abdu'l-Bahá dio al mundo.

Nos preguntamos cuántos de nosotros, estando al final de un periodo increíblemente doloroso y arduo, dedicaríamos nuestro tiempo, cada vez más escaso, no a nuestras propias memorias sino a las vidas de cerca de setenta compañeros, muchos de ellos muertos ya hace tiempo, con el fin de preservarlos del olvido. 'Abdu'l-Bahá estaba presente en muchas de estas escenas y, sin embargo, una y otra vez rehúye todo protagonismo para concentrarse en algún compañero, a menudo alguien tan humilde que el paso de los años con seguridad le habría negado un lugar en la historia. Y si, para el cínico, estos creyentes parecen mejores que el hombre corriente, deberíamos recordar que es la presencia de la Manifestación lo que les hacía ser así, y que son observados a través de los ojos del Maestro, quien decía que el ojo imperfecto contempla las imperfecciones y que es más fácil agradar a Dios que agradar a las personas.

Así pues, este libro es una muestra más de la predilección de 'Abdu'l-Bahá por la raza humana. El amor que Él personificaba no era ciego sino atento, no era impersonal sino cálido y tierno; era una actitud permanente de discreta preocupación por los demás. Tal amor, proveniente de semejante Ser, no termina con el lapso de una vida. Él dejó el mundo hace medio siglo y la mayoría de aquellos que suspiraban por Él, a tal punto que los enemigos decían que no eran bahá'ís sino 'abdu'l-bahá'ís, han desaparecido ya de nuestra vista. Pero su amor está aún aquí para que millones de personas más puedan descubrirlo.

MARZIEH GAIL

Keene, New Hampshire, diciembre de 1969

A LOS QUE FUERON FIELES

Nabíl-i-Akbar

HABÍA en la ciudad de Najaf, entre los discípulos del muy conocido mujtahid Shaykh Murtadá, un hombre sin par ni igual. Su nombre era Áqá Muhammad-i-Qá'iní, y más adelante recibiría de la Manifestación el título de Nabíl-i-Akbar.¹ Esta alma eminente se convirtió en el miembro más destacado del grupo de discípulos del mujtahid. Distinguido entre todos ellos, sólo él recibió el rango de mujtahid, pues el difunto Shaykh Murtadá no acostumbraba conferir este título.

Sobresalía no sólo en teología sino en otras ramas del conocimiento, como las humanidades, la filosofía de los Iluminati, las enseñanzas de los místicos y de la Escuela Shaykhí. Era un hombre universal, en sí mismo una prueba convincente. Cuando sus ojos se abrieron a la luz de la Guía divina e inhaló las fragancias del Cielo, se convirtió en una llama de Dios. Entonces su corazón dio un vuelco en su interior y, en un éxtasis de alegría y amor, lanzó un rugido cual leviatán de las profundidades.

Mientras llovían sobre él las alabanzas, recibió de manos del mujtahid su nuevo rango. Entonces abandonó Najaf y vino a Baghdád, donde tuvo el honor de conocer a Bahá'u'lláh. Aquí contempló la luz que resplandecía sobre el Sinaí en el Árbol Sagrado. Pronto se encontró en tal estado que no era capaz de descansar de día ni de noche.

Un día, en el suelo de los aposentos exteriores reservados para los hombres, el muy respetado Nabíl se encontraba arrodillado reverentemente ante la presencia de Bahá'u'lláh. En ese momento, Hájí Mírzá Hasan-'Amú, compañero de confianza de los mujtahids de Karbilá, entró con Zaynu'l-'Ábidín Khán, el Fakhru'd-Dawlíh.

Observando cuán humildemente y con qué deferencia se arrodillaba Nabíl, el Hájí quedó maravillado.

"Señor", dijo en voz baja, "¿qué hace usted en este lugar?"

Nabíl respondió: "Vine aquí por la misma razón que usted."

Ninguno de los dos visitantes acertaba a reponerse de su sorpresa, pues era sobradamente conocido que este personaje era único entre los mujtahids y era el discípulo más favorecido del renombrado Shaykh Murtadá.

Más adelante, Nabíl-i-Akbar partió hacia Persia y siguió hasta Khurásán. El Amír de Qá'in -Mír 'Alam Khán- le mostró al principio la mayor cortesía, y apreció grandemente su compañía. Ello era tan acusado que la gente pensaba que el Amír había sido cautivado por él, y, ciertamente, estaba hechizado por la elocuencia del erudito, su conocimiento y logros. De aquí puede uno juzgar qué honores le fueron otorgados a Nabíl por el resto, pues "los hombres siguen la fe de sus reyes".

Nabíl pasó algún tiempo así estimado y gozando de tan alta aprobación, pero el amor que tenía hacia Dios era imposible de ocultar. Desbordaba su corazón, llameaba y consumía cuanto trataba de cubrirlo.

De mil maneras intenté
mi amor esconder,
mas, ¿cómo podía yo, sobre esa pira ardiente,
dejar de prender?

Trajo la luz a la zona de Qá'in y convirtió a multitud de personas. Y cuando por todas partes ya era conocido por este nuevo nombre, el clero, envidioso y malintencionado, se levantó e informó en contra suya, enviando sus calumnias hasta Teherán, de tal modo que Násiri'd-Dín Sháh montó en cólera. Aterrorizado por el Sháh, el Amír atacó a Nabíl con todo su poder. Pronto la ciudad entera fue presa del tumulto, y el populacho, fustigado hasta provocar su furia, se volvió contra él.

Aquel embelesado amante de Dios jamás cedió, sino que resistió frente a todos ellos. Al final, sin embargo, le expulsaron -expulsaron a aquel hombre que vio lo que ellos no vieron- y marchó hacia Teherán, donde anduvo como un fugitivo, sin hogar.

Aquí sus enemigos volvieron a golpearle. Los vigilantes le perseguían; los guardias le buscaban por todas partes, preguntando por él en todas las calles y callejones, empeñados en su búsqueda para cogerle y torturarlo. Ocultándose, pasaba ante ellos como el suspiro del oprimido, y subía a las colinas; o de nuevo, como las lágrimas de los agraviados, se deslizaba hacia los valles. Ya no podía llevar el turbante que denotaba su rango; se disfrazaba, poniéndose un sombrero de seglar, para que no consiguieran reconocerle y le dejaran en paz.

En secreto, siguió divulgando la Fe y exponiendo sus pruebas con todas sus fuerzas, y fue una lámpara de guía para muchas almas. Estaba expuesto al peligro en todo momento, siempre vigilante y en guardia. El Gobierno nunca abandonó su búsqueda, ni la gente dejó de hablar de su caso.

Partió entonces hacia Bukhárá e 'Ishqábád, enseñando continuamente la Fe en esas regiones. Como una vela, iba consumiendo su vida, pero a pesar de sus sufrimientos su espíritu nunca decaía, más bien su ardor y alegría aumentaban día a día. Era elocuente de palabra, era un buen médico, un remedio para todos los males, un bálsamo para todas las llagas. Guiaba a los Iluminati mediante sus mismos principios filosóficos, y con los místicos demostraba el Divino Advenimiento en términos de "inspiración" y "visión celestial". Convencía a los líderes Shaykhíes citando las mismas palabras de sus difuntos fundadores, Shaykh Ahmad y Siyyid Kazim, y convertía a los teólogos islámicos con textos del Corán y tradiciones de los Imanes, que guían rectamente a la humanidad. Así, él era una medicina instantánea para el doliente, y una generosa ofrenda para el pobre.

En Bukhárá se quedó sin un céntimo y cayó presa de muchas aflicciones, hasta que al fin, lejos de su tierra natal, murió apresurándose hacia el Reino donde no existe la pobreza.

Nabíl-i-Akbar fue autor de un ensayo magistral demostrando la verdad de la Causa, pero no está en manos de los amigos en este momento. Espero que algún día salga a la luz y sirva de advertencia para los eruditos. Es cierto que en este mundo efímero él fue blanco de innumerables infortunios; sin embargo, todas aquellas

generaciones de poderosos eclesiásticos, aquellos shaykhs como Murtadá y Mírzá Habíbu'lláh y Áyatu'lláh-i-Khurásání y Mullá Asadu'lláh-i-Mázandarání, todos ellos desaparecerán sin dejar rastro. No dejarán tras de sí nombre alguno, señal, ni fruto. No se transmitirán las palabras de ninguno de ellos; ningún hombre volverá a hablar de ellos. Pero como él se mantuvo constante en esta sagrada Fe, debido a que guió a las almas y sirvió a esta Causa y extendió su fama, esa estrella, Nabíl, brillará para siempre sobre el horizonte de luz imperecedera.

Está claro que cualquier gloria que se obtiene fuera de la Causa de Dios se convierte en degradación al final; y la tranquilidad y comodidad que no se encuentran en el sendero de Dios no son al final sino preocupación y tristeza; y toda riqueza así hallada es miseria, y nada más.

Él fue un signo de guía, un emblema del temor de Dios. Por su Fe entregó su vida, y al morir triunfó. Dejó de lado el mundo y sus recompensas; cerró sus ojos al rango y la riqueza; se liberó de todas esas cadenas y grillos, y evitó todo pensamiento mundano. De amplia erudición, a un tiempo mujtahid, filósofo, místico y dotado con una visión intuitiva, fue también un consumado hombre de letras y orador sin par. Tenía una mente grande y universal.

Alabanza sea a Dios, al final se convirtió en recipiente de la gracia celestial. Sobre él sea la gloria de Dios, el Todoglorioso. Que Dios derrame el resplandor del Reino de Abhá sobre su lugar de descanso. Que Dios le acoja en el Paraíso de la reunión, y le cobije para siempre en el reino de los rectos, sumergido en un océano de luz.

Ismu'lláhu'l-Asdaq

ENTRE las Manos de la Causa de Dios que han partido de este mundo y ascendido al Supremo Horizonte estaba Jináb-i-Ismu'lláhi'l-Asdaq. Otro fue Jináb-i-Nabíl-i-Akbar. Además, otros fueron Jináb-i-Mullá 'Alí-Akbar y Jináb-i-Shaykh Muhammad-Ridáy-i-Yazdí. También, entre otros, estaba el reverenciado mártir Áqá Mírzá Varqá.

Ismu'lláhu'l-Asdaq fue en verdad un sirviente del Señor desde el comienzo de su vida hasta su último aliento. Siendo joven, se unió al círculo del difunto Siyyid Kázim y se convirtió en uno de sus discípulos. Era conocido en Persia por su vida de pureza, llegando a hacerse famoso como Mullá Sádiq, el santo. Era un individuo bendito, un hombre versado, instruido y muy respetado. La gente de Khurásán le tenía gran aprecio, pues era un gran erudito y uno de los más renombrados entre aquellos únicos e incomparables teólogos. Como maestro de la Fe, hablaba con tal elocuencia, con tan extraordinario poder, que conquistaba a sus oyentes con gran facilidad.

Tras haber venido a Baghdád y alcanzado la presencia de Bahá'u'lláh, se encontraba un día sentado en el patio de los aposentos de los hombres, junto al jardín pequeño. Yo estaba en una de las habitaciones que estaban justo encima y que daban al patio. En ese momento llegó a la casa un príncipe persa, nieto de Fath-'Alí Sháh. El príncipe le dijo: "¿Quién es usted?" Ismu'lláh respondió: "Soy un siervo de este Umbral. Soy uno de los guardianes de esta puerta." Y mientras yo escuchaba desde arriba, empezó a enseñar la Fe. El príncipe, al comienzo se opuso violentamente, mas, sin embargo, en un cuarto de hora, pausada y benignamente, Jináb-i-Ismu'lláh le había sosegado. Después de que el príncipe hubiera negado tan enconadamente lo que se decía, y su rostro hubiera reflejado tan claramente su furia, ahora su ira se convirtió en sonrisas y expresó la mayor satisfacción por haber encontrado a Ismu'lláh y escuchado lo que quería decirle.

Siempre enseñaba alegremente y con regocijo, y respondía amablemente y con buen humor, sin importar con cuán vehemente cólera pudiera volverse contra él aquel con quien hablaba. Su manera de enseñar era excelente. Era verdaderamente Ismu'lláh, el Nombre de Dios, no por su fama, sino porque era un alma escogida.

Ismu'lláh había memorizado gran número de tradiciones islámicas y había llegado a dominar las enseñanzas de Shaykh Ahmad y Siyyid Kazim. Se convirtió en creyente en Shíráz, en los primeros días de la Fe, y muy pronto esto fue de dominio público. Y como empezó a enseñar abierta y osadamente, le pusieron un ronzal y le llevaron por las calles y bazares de la ciudad. Aun en esa condición, sereno y sonriente, continuó hablando a la gente. No se rindió; no fue silenciado. Cuando le liberaron partió de Shíráz y fue a Khurásán, y allí también empezó a difundir la Fe, después de lo cual siguió el viaje, en compañía de Bábu'l-Báb, hasta Fuerte Tabarsí. Aquí soportó intensos sufrimientos como miembro de aquel grupo de

víctimas sacrificadas. Le cogieron prisionero en el Fuerte y le entregaron a manos de los jefes de Mázindarán, para llevarle de un lado a otro y finalmente matarle en cierto distrito de esa provincia. Cuando trajeron a Ismu'lláh, encadenado al lugar designado, Dios inspiró en el corazón de un hombre que le liberara de la prisión en medio de la noche y le guiara hasta un lugar donde estuviera seguro. En medio de todas estas pruebas agonizantes, él permaneció firme en su fe.

Pensad, por ejemplo, cómo el enemigo había cercado completamente el Fuerte y lanzaba sin parar balas de cañón con sus armas de asedio. Los creyentes, entre ellos Ismu'lláh, pasaron dieciocho días sin comida. Vivían del cuero de sus zapatos. También esto acabó consumiéndose pronto, y no les quedó ya nada más que agua. Bebían un trago cada mañana, y yacían famélicos y exhaustos en el Fuerte. Cuando eran atacados, sin embargo, se ponían en pie al instante y manifestaban frente al enemigo un valor magnífico y una resistencia asombrosa, y hacían retroceder y alejarse al ejército de sus murallas. El hambre duró dieciocho días. Fue una experiencia terrible. Para empezar, se encontraban lejos de casa, rodeados y aislados por el enemigo; además, estaban muriendo de hambre; y luego estaban las súbitas acometidas del enemigo y las bombas que llovían y estallaban en el corazón mismo del Fuerte. Bajo tales circunstancias, mantener una fe y una paciencia inquebrantables es extremadamente difícil, y soportar aflicciones tan atroces, un raro fenómeno.²

Ismu'lláh no flaqueaba ante las dificultades. Una vez liberado, enseñó más abiertamente que nunca. Mientras estaba despierto, cada soplo de aire que tomaba era para llamar a la gente al Reino de Dios. En 'Iráq alcanzó la presencia de Bahá'u'lláh, y también en la Más Grande Prisión, recibiendo de Él gracia y favor.

Era como un mar encrespado, un halcón que se remonta a las alturas. Su faz brillaba, su lengua era elocuente, su fortaleza y constancia desconcertantes. Cuando abría la boca para enseñar, las pruebas salían una tras otra; cuando cantaba o decía oraciones, sus ojos vertían lágrimas como una nube de primavera. Su rostro era luminoso; su vida espiritual, su conocimiento, a la vez adquirido e innato; y era celestial su ardor, su desapego del mundo, su rectitud, su piedad y temor de Dios.

La tumba de Ismu'lláh está en Hamadán. Muchas tablas fueron reveladas para él por la Pluma Suprema de Bahá'u'lláh, entre ellas una Tabla de Visitación especial tras su fallecimiento. Fue un gran personaje, perfecto en todas las cosas.

Los seres benditos como él ya han dejado este mundo. Gracias a Dios, no se quedaron para presenciar las agonías que siguieron a la ascensión de Bahá'u'lláh, las intensas aflicciones; pues montañas firmemente asentadas se agitarán y temblarán a causa de ellas, y los montes encumbrados se inclinarán.

Él fue verdaderamente Ismu'lláh, el Nombre de Dios. Afortunado es el que circunde esa tumba, quien se bendiga con el polvo de ese sepulcro. Sobre él sean saluciones y alabanzas en el Reino de Abhá.

Mullá 'Alí-Akbar

OTRA de las Manos de la Causa fue el reverenciado Mullá 'Alí-Akbar, sobre él sea la gloria de Dios, el Todoglorioso. Desde temprana edad, este hombre ilustre asistió a instituciones de educación superior y se afanó diligentemente, día y noche, hasta que llegó a estar profundamente versado en los conocimientos del momento, los estudios seculares, la filosofía y la jurisprudencia religiosa. Frecuentaba las reuniones de filósofos, místicos y shaykhís, prestando mucha atención en su recorrido por aquellos campos del saber, la sabiduría intuitiva y la iluminación; pero él tenía sed del manantial de la Verdad, y estaba hambriento del Pan que viene del Cielo. No importa cuánto se esforzara para perfeccionarse en aquellas regiones de la mente, nunca estaba satisfecho; nunca alcanzaba la meta de sus deseos; sus labios seguían reseco; se encontraba confuso, perplejo, y sentía que se había desviado de su sendero. La razón era que en todos aquellos círculos no había encontrado pasión alguna; ni alegría, ni éxtasis; ni el más ligero rastro de amor. Y conforme penetraba más profundamente en el corazón de aquellas múltiples creencias, descubrió que desde el día del advenimiento del Profeta Muhammad hasta nuestros días habían aparecido numerosas sectas: credos que diferían entre sí, opiniones dispares, metas divergentes, incontables caminos y vías. Y encontró que cada una de ellas, con pretextos diferentes, decían revelar la verdad espiritual; cada una creía ser la única que seguía el verdadero camino, todo ello a pesar de que el océano del Islám podía alzarse como una poderosa marea y

arrastrar todas aquellas sectas hacia el fondo. "No oirás de ellos un grito, ni aun un suspiro." ³

Quien así pondera las lecciones de la historia aprenderá que este mar ha levantado innumerables olas, mas al final todas ellas se han disuelto y desvanecido, como sombras a la deriva. Las olas han perecido, pero el mar sigue vivo. Por este motivo 'Alí Qabl-i-Akbar nunca lograba apagar su sed, hasta el día en que se halló a la orilla de la Verdad y gritó:

He aquí un mar repleto de tesoros hasta el borde;
sus olas mecen perlas al batir de los vientos,
deshazte del manto y lánzate, nadar no intentes,
vano es preciarse en nadar, bucea en sus adentros.

Como una fuente, su corazón manaba y chorreaba; el significado y la verdad, como aguas cristalinas fluyendo dulcemente, empezaron a brotar de sus labios. Al principio, con humildad, con pobreza espiritual, él hizo acopio de la nueva luz, y sólo entonces procedió a derramarla al exterior. Pues cuán acertadamente se ha dicho,

¿Puede acaso a otros ofrecer el don de la vida
Quien de este don nunca ha probado?

Un maestro debe proceder así: debe enseñarse primero a sí mismo, y luego a los demás. Si él mismo aún camina por el sendero de las apetencias y deseos carnales, ¿cómo puede guiar a otro a los "evidentes signos"⁴ de Dios?

Este hombre respetado logró convertir a una multitud. Por amor a Dios dejó a un lado toda precaución, mientras se apresuraba por los caminos del amor. Se volvió como un ser trastornado, un vagabundo, alguien tomado por loco. A causa de su nueva Fe, se mofaron de él, los encumbrados y humildes en Teherán. Cuando andaba por las calles y bazares, la gente le señalaba con el dedo, llamándole bahá'í.

Siempre que estallaba algún conflicto él era el primero en ser arrestado. Siempre estaba preparado y esperándolo, pues jamás fallaba.

Una y otra vez le encadenaron, le encarcelaron y le amenazaron con la espada. La fotografía de este bendito individuo, junto a la del gran Amín, tomadas cuando estaban encadenados, servirán de ejemplo para quien tenga ojos para ver. Allí están, sentados, aquellos dos hombres distinguidos, cargados con cadenas y grilletas, y no obstante sosegados, conformes, en absoluto perturbados por todo ello.

Las cosas llegaron a tal punto que al final siempre que había un alboroto Mullá 'Alí se ponía el turbante, se envolvía en su 'abá y se sentaba a esperar a que sus enemigos se levantaran, los farráshes entraran por la fuerza y los guardias le llevaran a la prisión. Pero ¡observad el poder de Dios! A pesar de todo esto, permaneció a salvo. "El signo del concedor y amante es éste: que le hallarás seco en medio del mar." Así es como fue él. Su vida pendía de un hilo de un momento a otro; los malintencionados estaban al acecho contra él; en todas partes le conocían como bahá'í, y sin embargo fue protegido de todo mal. Permaneció seco en las profundidades del mar, fresco y seguro en medio de las llamas, hasta el día en que murió.

Tras la ascensión de Bahá'u'lláh, Mullá 'Alí siguió adelante, leal al Testamento de la Luz del Mundo, firme en la Alianza a la que servía y anunciaba. Durante la vida de la Manifestación, su anhelo le hizo apresurarse hacia Bahá'u'lláh, quien le recibió con gracia y favor, y derramó sobre él bendiciones. Volvió, entonces, a Irán, donde dedicó todo su tiempo a servir a la Causa. En abierto enfrentamiento con sus tiránicos opresores, sin importar cuán a menudo le amenazaban, él les desafiaba. Jamás fue derrotado. Todo lo que tenía que decir, lo dijo. Fue una de las Manos de la Causa de Dios, firme, inquebrantable, inamovible.

Yo le amaba mucho, pues era una delicia conversar con él, y como compañero era insuperable. Una noche, no hace mucho tiempo, le vi en el mundo de los sueños. Aunque su complexión siempre había sido imponente, en el mundo de los sueños aparecía más grande y más corpulento que nunca. Parecía como si hubiera regresado de un viaje. Le dije: "Jináb, está usted mejor y más robusto." "Sí", respondió, "¡alabado sea Dios! He estado en lugares donde el aire era fresco y agradable, y el agua pura y cristalina; los paisajes eran bellos de contemplar y las

comidas un deleite. Todo ello me sentó bien, claro está, así que ahora estoy más fuerte que nunca, y he recobrado el ímpetu de mis años jóvenes. Los hábitos del Todomisericordioso soplaron sobre mí y todo el tiempo lo empleé en la mención de Dios. He estado exponiendo sus pruebas y enseñando su Fe." (El significado de enseñar la Fe en el mundo venidero es difundir los fragantes aromas de la santidad; esa acción es lo mismo que enseñar.) Hablamos un poco más y luego llegaron algunas personas y él desapareció.

Su último lugar de reposo está en Teherán. Aunque su cuerpo yace bajo tierra, su espíritu puro sigue vivo, "en la Morada de la Verdad, en Presencia del potente Rey."⁵ Anhele visitar las tumbas de los amigos de Dios, si esto fuera posible. Ellos son los siervos de la Bendita Belleza; en Su Sendero soportaron aflicciones; encontraron penalidades y tristeza; sufrieron heridas y daños. Sobre ellos sea la Gloria de Dios, el Todoglorioso. Sobre ellos sean saluciones y alabanzas. Sobre ellos sean la tierna misericordia de Dios y Su perdón.

Shaykh Salmán

EN EL año 1266 a.H.⁶ el mensajero de confianza, Shaykh Salmán, escuchó por primera vez la llamada de Dios, y su corazón dio un vuelco de alegría. Estaba entonces en Hindíyán. Atraído irresistiblemente, fue andando todo el camino hasta Teherán, donde con amor radiante se unió en secreto a los creyentes. Un cierto día pasaba por el bazar con Áqá Muhammad Taqíy-i-Káshání, y los farráshes le siguieron y descubrieron dónde vivía. Al día siguiente, la policía y los farráshes fueron a buscarle y le llevaron ante el jefe de policía.

"¿Quién eres?", preguntó el jefe.

"Soy de Hindíyán", replicó Salmán. "He venido a Teherán y voy de camino a Khurásán, para hacer el peregrinaje al Santuario del Imán Ridá."

"¿Qué estabas haciendo ayer", preguntó el jefe, "con aquel hombre de blanco?"

Salmán contestó: "Le había vendido un 'abá el día anterior y ayer tenía que pagarme."

"Tú eres forastero aquí", dijo el jefe. "¿Cómo es que te fiaste de él?"

"Un cambista garantizó el pago", replicó Salmán. Tenía en mente al respetado creyente 'Áqá Muhammad-i-Sarraf (cambista).

El jefe se volvió hacia uno de los farráshes y dijo: "Llévale a casa del cambista y averígualo."

Cuando llegaron allí, el farrásh prosiguió con el asunto. "¿Qué fue todo esto", dijo, "de la venta de un 'abá y que tú respondías del pago? Explicáte."

"No sé nada de ello", replicó el cambista.

"Vamos", dijo el farrásh a Salmán. "Por fin está todo claro. Eres un bábí."

Dio la casualidad de que el turbante que tenía Salmán en la cabeza era semejante a los que llevan en Shúshtar. Al pasar por un cruce, salió de su tienda un hombre de Shúshtar. Abrazó a Salmán y gritó: "¿Dónde has estado, Khájih Muhammad-'Alí? ¿Cuándo has llegado? ¡Bienvenido!"

Salmán replicó: "Vine hace unos días y ahora me ha arrestado la policía."

"¿Qué queréis de él?", preguntó el mercader al farrásh. "¿Qué pretendéis?"

"Es un bábí", fue la respuesta.

"¡Dios lo prohíba!", exclamó el hombre de Shúshtar. "Le conozco bien. Khájih Muhammad-'Alí es un musulmán temeroso de Dios, un shí'ih, un seguidor devoto del Imán 'Alí." Con esto le dio al farrásh una suma de dinero y Salmán fue liberado.

Entraron en la tienda y el mercader empezó a preguntar a Salmán cómo le iban las cosas. Salmán le dijo: "Yo no soy Khájih Muhammad-'Alí."

El hombre de Shúshtar quedó mudo de asombro. "¡Eres exactamente igual a él!", exclamó. "Sois los dos idénticos. Ahora bien, ya que no eres él, devuélveme el dinero que le pagué al farrásh."

Salmán le entregó inmediatamente el dinero, se fue, salió por la puerta de la ciudad y se encaminó a Hindíyán.

Cuando Bahá'u'lláh llegó a 'Iráq, el primer mensajero en alcanzar Su santa Presencia fue Salmán, quien entonces regresó con Tablas dirigidas a los amigos de Hindíyán. Una vez al año, este bendito individuo marchaba a pie para ver a su Bienamado, después de lo cual volvía sobre sus pasos, llevando Tablas a muchas ciudades, Isfáhán, Shíráz, Káshán, Teherán y el resto.

Desde el año 1269 hasta la ascensión de Bahá'u'lláh en el año 1309 a.H.,⁷ Salmán llegaba una vez al año, trayendo cartas, partiendo con las Tablas, entregando fielmente cada una a la persona a quien estaba destinada. Un año tras otro, durante aquel largo periodo, vino a pie desde Persia a 'Iráq, o a Adrianópolis, o a la Más Grande Prisión en 'Akká; venía con la mayor ilusión y amor, y luego regresaba de nuevo.

Tenía una notable capacidad de resistencia. Viajaba a pie, por regla general sin comer otra cosa más que cebolla y pan; y en todo aquel tiempo, iba y venía de tal manera que ni una sola vez le detuvieron y ni una sola vez perdió una carta o Tabla. Todas las cartas fueron entregadas a salvo; todas las Tablas llegaron al destinatario deseado. Una y otra vez, en Isfáhán, fue sometido a severas pruebas, pero se mantuvo paciente y agradecido bajo todas las condiciones y se ganó entre los bahá'ís el título de "el Ángel Gabriel de los bábís".

A lo largo de toda su vida, Salmán prestó este trascendental servicio a la Causa de Dios, convirtiéndose en un medio para su propagación y contribuyendo a la felicidad de los creyentes, llevando anualmente las divinas Buenas Nuevas a las ciudades y pueblos de Persia. Bahá'u'lláh le tenía muy cerca de Su corazón, y le miraba con un favor y gracia especiales. Entre las Sagradas Escrituras hay Tablas reveladas en su nombre.

Tras la ascensión de Bahá'u'lláh, Salmán se mantuvo fiel a la Alianza, sirviendo a la Causa con todas sus fuerzas. Entonces, al igual que antes, venía a la Más Grande Prisión todos los años, entregando el correo de los creyentes y regresando con las respuestas a Persia. Al fin, en Shíráz, alzó el vuelo hacia el Reino de Gloria.

Desde el alba de la historia hasta el día actual, nunca ha habido un mensajero tan digno de confianza, nunca ha habido un correo comparable a Salmán. Él ha dejado descendientes muy respetados en Isfáhán que, debido a los problemas en Persia, se encuentran actualmente en dificultades. Es seguro que los amigos cuidarán de sus

necesidades. Sobre él sea la Gloria de Dios, el Todoglorioso; sobre él sean saluciones y alabanzas.

Mírzá Muhammad-'Alí, el Afnán

EN LOS días de Bahá'u'lláh, durante la peor época en la Más Grande Prisión, no permitían a ninguno de los amigos salir de la fortaleza ni entrar del exterior. "Gorra torcida"⁸ y el Siyyid⁹ vivían al lado de la segunda puerta de la ciudad y vigilaban desde allí en todo momento, día y noche. Siempre que divisaban a un viajero bahá'í iban corriendo al Gobernador y le decían que el viajero traía cartas y volvería llevando las respuestas. El Gobernador arrestaba entonces al viajero, le quitaba los papeles, le encarcelaba y le expulsaba. Esto se convirtió en costumbre establecida para las autoridades y prosiguió durante mucho tiempo -en realidad, durante nueve años, hasta que, poco a poco, la práctica fue abandonada.

Fue en dicho periodo cuando el Afnán Hájí Mírzá Muhammad-'Alí -aquella gran rama del Árbol Sagrado¹⁰- viajó a 'Akká, viniendo de la India a Egipto, y de Egipto a Marsella. Un día me encontraba sobre la azotea del caravanserai. Algunos de los amigos estaban conmigo y yo caminaba de un lado a otro. Era la puesta de sol. En ese momento, mirando hacia la distante orilla del mar, observé que se aproximaba un carruaje. "Caballeros", dije, "siento que en ese carruaje va un ser santo." Aún estaba muy lejos, apenas al alcance de la vista.

"Vayamos hacia la puerta", les dije. "Aunque no nos permitirán pasar, podemos estar allí hasta que él llegue." Tomé a una o dos personas y nos marchamos.

En la puerta de la ciudad llamé al guardia, le di algo en privado y dije: "Viene un carruaje y creo que trae a uno de nuestros amigos. Cuando llegue aquí, no le detenga, y no remita el asunto al Gobernador." Sacó una silla para mí y me senté.

Para entonces el sol ya se había puesto. Habían cerrado además la puerta principal, pero la puerta pequeña estaba abierta. El guardián de la puerta permaneció afuera; el carruaje se detuvo; el caballero había llegado. ¡Qué rostro tan radiante tenía! Era

todo luz de la cabeza a los pies. Simplemente mirar a aquella cara le hacía a uno feliz; era tan confiado, tan seguro, tan arraigado en su fe, y con una expresión tan jubilosa. Era en verdad un ser bendito; un hombre que hacía progresos día tras día, que aumentaba, cada día, su certeza y fe, su cualidad luminosa, su ardiente amor. Hizo progresos extraordinarios durante los pocos días que pasó en la Más Grande Prisión. Lo importante es que cuando su carruaje estaba aún a medio camino entre Haifa y 'Akká, uno ya podía percibir su espíritu, su luz.

Tras haber recibido las infinitas bendiciones derramadas sobre él por Bahá'u'lláh, se le dio permiso para marchar y viajó a China. Allí, durante un periodo considerable, pasó los días, consciente de Dios y de un modo conforme a la complacencia divina. Más tarde fue a la India, donde murió.

A los demás reverenciados Afnán y a los amigos de India les pareció aconsejable enviar sus benditos restos a 'Iráq, aparentemente a Najaf, para ser enterrados cerca de la Ciudad Santa; pues los musulmanes se habían negado a dejarle yacer en su cementerio y su cuerpo había sido colocado en un repositorio temporal para mantenerlo a salvo. 'Áqá Siyyid Asadu'lláh, que estaba en Bombay en aquel momento, fue comisionado para transportar los restos con toda la reverencia debida a 'Iráq. Había persas hostiles en el buque de vapor y estas personas, una vez llegaron a Búshihir, denunciaron que el ataúd de Mírzá Muhammad-'Alí, el bábí, estaba siendo transportado a Najaf para su entierro en el Valle de la Paz, cerca de los sagrados recintos del Santuario, y que tal cosa era intolerable. Intentaron sacar sus benditos restos fuera del barco, pero fracasaron; ved lo que los ocultos decretos divinos pueden realizar.

Su cuerpo llegó hasta Basra. Y puesto que éste era un periodo en el que los amigos tenían que mantenerse ocultos, Siyyid Asadu'lláh fue obligado a proceder como si siguiera adelante con el entierro en Najaf, con la esperanza, mientras tanto, de llevar a cabo de una u otra manera el enterramiento cerca de Baghdád. Porque, aunque Najaf es una ciudad santa y siempre lo será, de todas formas los amigos habían escogido otro lugar. Dios, por tanto, puso en movimiento a nuestros enemigos para que impidieran el entierro en Najaf. Irrumpieron allí, en medio del periodo de cuarentena, para apoderarse del cuerpo y enterrarlo en Basra o tirarlo al mar o a las arenas del desierto.

El caso adquirió tal importancia que al final resultó imposible traer los restos a Najaf, y Siyyid Asadu'lláh tuvo que llevarlos hasta Baghdád. Aquí, igualmente, no había lugar de enterramiento donde el cuerpo del Afnán pudiera estar a salvo de vejaciones a manos del enemigo. Finalmente el Siyyid decidió llevarlo al santuario del persa Salmán el Puro,¹¹ a unos cinco farsakhs de Baghdád, y enterrarlo en Ctesifonte cerca de la tumba de Salmán, al lado del palacio de los reyes Sásáníyán. El cuerpo fue llevado allí y aquel fideicomiso de Dios fue, con toda reverencia, depositado en un lugar de reposo seguro, junto al palacio de Nawshíraván.

Y así quiso el destino que, después de un lapso de mil trescientos años -desde la época en que la ciudad sede del trono de los antiguos reyes de Persia fuera pisoteada y no quedara traza de ella, excepto grava y montones de arena, y el mismo techo del palacio se hubiera agrietado y partido de tal modo que la mitad de él se vino abajo-, este edificio recuperase la pompa y el esplendor real de sus antiguos días. Es, en verdad, un arco imponente. El ancho de la entrada es de cincuenta y dos pasos y se eleva a gran altura.

Así rodearon la gracia y el favor de Dios a los persas de un tiempo ya muy lejano, haciendo que su capital en ruinas fuera reconstruida y volviera a florecer. Con este fin, y con la ayuda de Dios, se sucedieron los acontecimientos que dieron lugar a que el Afnán fuera sepultado aquí; y no hay duda que en este sitio se levantará una ciudad grandiosa. Escribí muchas cartas sobre esto, hasta que al fin se pudo depositar el polvo sagrado para su reposo en este lugar. Siyyid Asadu'lláh me escribía desde Basra y yo le respondía. Uno de los funcionarios públicos de allí nos profesaba una lealtad absoluta y yo le di instrucciones para que hiciera todo lo que pudiera. Siyyid Asadu'lláh me informó desde Baghdád que ya estaba al borde de la desesperación y no tenía idea de donde podría sepultar este cuerpo. "Dondequiera que lo entierre", escribía él, "volverán a desenterrarlo."

Por fin, alabado sea Dios, fue depositado en el mismo sitio al cual la Bendita Belleza había acudido una y otra vez; en aquel lugar honrado por sus pasos, donde había revelado Tablas, donde los creyentes de Baghdád habían estado en Su compañía; aquel mismo lugar donde el Más Grande Nombre gustaba de pasear. ¿Cómo llegó a suceder esto? Fue a causa de la pureza de corazón del Afnán. Sin esto nunca habría sido posible que todos aquellos esfuerzos dieran su fruto. En verdad, Dios es el que mueve todo en el cielo y en la tierra.

Yo quería mucho al Afnán. Era fuente de regocijo para mí. Escribí una larga Tabla de Visitación para él y la envié junto con otros papeles a Persia. El emplazamiento de su tumba es uno de los lugares santos donde debe levantarse un magnífico Mashriqu'l-Adhkár. Si es posible, debería restaurarse el arco original del palacio real y convertirse en Casa de Adoración. Igualmente deberían erigirse aquí los edificios auxiliares de la Casa de Adoración: el hospital, las escuelas y la universidad, la escuela elemental, el refugio para los pobres e indigentes; también el asilo para los huérfanos y los abandonados, y el hospicio para viajeros.

¡Por la gracia de Dios! Aquel regio edificio estuvo en otro tiempo espléndidamente decorado y bello. Pero hoy hay telas de araña allí donde colgaban las cortinas con bordados de oro, y donde redoblaban los tambores del rey y sus músicos tocaban, el único sonido son los ásperos graznidos de los milanos y los cuervos. "Ésta es realmente la capital del reino de los búhos, donde no oirás sonido alguno salvo el eco de sus continuas llamadas." Así eran los cuarteles cuando llegamos a 'Akká. Había algunos árboles dentro de los muros, y en sus ramas, igual que en lo alto de las almenas, los búhos chillaban toda la noche. ¡Qué inquietante es el ulular de un búho! ¡Cómo entristece el corazón!

Desde sus años de juventud hasta que se vio anciano y desvalido, aquella bendita rama del Árbol Sagrado, con su rostro sonriente, brilló como una lámpara en medio de todos. Entonces dio un salto y se remontó hacia la gloria inmortal y se sumergió en el Océano de Luz. Sobre él soplen los hálitos de su Señor, el Todomisericordioso. Sobre él, envuelto en las aguas de gracia y perdón, sean la misericordia y el favor de Dios.

Hájí Mírzá Hasan, el Afnán

ENTRE los más eminentes de los que abandonaron su tierra natal para unirse a Bahá'u'lláh estaba Mírzá Hasan, el gran Afnán, que durante los últimos días alcanzó el honor de emigrar y recibir el favor de su Señor y convertirse en compañero suyo. El Afnán, emparentado con el Báb, fue mencionado

específicamente por la Pluma Suprema como vástago del Árbol Sagrado. Cuando era aún un niño pequeño, recibió su porción de las munificencias del Báb, y mostró un extraordinario cariño a aquella deslumbrante Belleza. No siendo todavía un adolescente, frecuentaba la compañía de los eruditos y empezó a estudiar ciencias y artes. Reflexionaba noche y día sobre las cuestiones espirituales más abstrusas, y contemplaba maravillado los poderosos signos de Dios tal como están escritos en el Libro de la Vida. Llegó a conocer a fondo incluso ciencias tan materiales como las matemáticas, geometría y geografía; en resumen, estaba bien versado en muchos campos, y plenamente informado del pensamiento de los tiempos antiguos y modernos.

Mercader de profesión, pasaba solamente un breve periodo de la mañana y la tarde en su negocio, dedicando la mayor parte del tiempo a la conversación y la investigación. Era verdaderamente erudito, dando gran honor a la Causa de Dios entre los estudiosos más importantes. Con unas frases concisas, era capaz de resolver cuestiones que mantenían perplejos a todos. Su manera de hablar era lacónica, pero en sí misma como un milagro.

Aunque se convirtió en creyente en los tiempos del Báb, fue durante los días de Bahá'u'lláh cuando el fuego prendió en él. Entonces su amor a Dios quemó todo velo interpuesto y todo pensamiento ocioso. Hizo todo lo que pudo para extender la Fe de Dios, llegando a ser conocido en todas partes por su ardiente amor a Bahá'u'lláh.

Perdido voy, amor; cautivo y hechizado,
en todas partes soy el bobo enamorado.
De locos y dementes me dicen primero,
aun cuando en tiempos fui por mis dotes señoero...

Tras la ascensión del Báb, tuvo el gran honor de servir y velar por la venerada y santa consorte del bendito Señor. Estaba en Persia, lamentando su separación de Bahá'u'lláh, cuando su distinguido hijo se convirtió, por matrimonio, en miembro de la Sagrada Familia. Por ello, el Afnán se regocijó. Partió de Persia y marchó velozmente hacia el favor protector de su Bienamado. Era un hombre asombroso

de contemplar, de rostro tan luminoso que aun los que no eran creyentes solían decir que de su frente irradiaba una luz celestial.

Se marchó durante un tiempo y residió en Beirut, donde conoció al reputado erudito Khájih Findík. Este personaje alabó calurosamente la erudición del gran Afnán en diversos círculos, afirmando que un individuo con tan amplios y diversos conocimientos era raro en Oriente. Más tarde, el Afnán regresó a Tierra Santa, estableciéndose cerca de la Mansión de Bahjí y dirigiendo todos sus pensamientos hacia aspectos de la cultura humana. Gran parte del tiempo se ocupaba en descubrir los secretos de los cielos, contemplando con detalle los movimientos de las estrellas. Tenía un telescopio con el que hacía cada noche sus observaciones. Vivía una vida feliz, libre de preocupaciones y con alegría en su corazón. En la cercanía de Bahá'u'lláh sus días eran una delicia, sus noches claras como la primera mañana de la primavera.

Mas entonces llegó la partida de este mundo del Amado. La paz del Afnán quedó hecha pedazos, su alegría se tornó en pesar. La Suprema Aflicción cayó sobre nosotros, la separación nos consumía, los días otrora radiantes se volvieron negros como la noche, y todas aquellas rosas de otras horas eran ahora polvo y escombros. Siguió viviendo poco tiempo más, abrasándose su corazón, sus ojos derramando lágrimas. Pero no pudo soportar el anhelo por su Bienamado, y al poco tiempo su alma abandonó esta vida y huyó hacia la vida eterna; pasó al Cielo de la reunión imperecedera y se sumergió bajo un océano de Luz. Sobre él sea la misericordia más grande, munificencia plena y toda bendición, mientras las edades y ciclos sigan su curso. Su muy honrada tumba está en 'Akká en el Manshíyyih.

Muhammad-'Alí-i-Isfáhání

MUHAMMAD-'ALÍ de Isfáhán estuvo entre los primeros creyentes, guiado a la Fe desde su mismo comienzo. Era uno de los místicos; su casa era lugar de reunión para ellos y para los filósofos. Noble, de sentimientos elevados, era uno de los ciudadanos más respetados de Isfáhán, y servía de anfitrión, y su casa como

refugio a todo forastero, rico o pobre. Tenía entusiasmo, una disposición excelente; era paciente, afable, generoso, un compañero alegre; y era sabido por toda la ciudad que disfrutaba de la vida.

Entonces fue guiado a abrazar la Fe y en él prendió el fuego del Árbol del Sinaí. Su casa se convirtió en un centro de enseñanza, dedicado a la Gloria de Dios. Día y noche los creyentes acudían allí en tropel, como hacia una lámpara encendida por el amor celestial. Durante un largo periodo se recitaban en aquella casa los Versos sagrados y se exponían claras pruebas. Aunque esto era sabido por todos, Muhammad-'Alí no se veía importunado, porque era familiar del Imám-Jum'ih de Isfáhán. Finalmente, sin embargo, las cosas llegaron a tal punto que el propio Imám-Jum'ih lo despidió diciéndole: "Ya no puedo protegerte más. Estás en grave peligro. Lo mejor para ti es marcharte de aquí y salir de viaje."

Dejó entonces su casa, marchó a 'Iráq y llegó a la presencia del Deseado del mundo. Pasó allí algún tiempo, progresando cada día; tenía poco para subsistir, pero estaba feliz y contento. Un hombre de disposición excelente, congeniaba por igual con los creyentes y con los demás.

Cuando Bahá'u'lláh y Su comitiva abandonaron Baghdád para ir a Constantinopla, Muhammad-'Alí estaba en Su compañía y siguió con Él hasta la Tierra del Misterio, Adrianópolis. No siendo alguien dado a la inconstancia, mantenía su característica inmutabilidad de corazón. Ocurriera lo que ocurriera, no se alteraba. En Adrianópolis también sus días pasaban felizmente, bajo la protección de Bahá'u'lláh. Llevaba a cabo algún negocio que, aun siendo insignificante, le proporcionaba ingresos sorprendentemente abundantes.

Desde Adrianópolis, Muhammad-'Alí acompañó a Bahá'u'lláh hasta la fortaleza de 'Akká; fue encerrado allí en la cárcel y contado entre los cautivos compañeros de Bahá'u'lláh para el resto de su vida, logrando la más importante de las distinciones: la de estar en prisión junto a la Bendita Belleza.

Pasaba los días en completo arrobamiento. Aquí también llevaba un pequeño negocio que le ocupaba desde la mañana al mediodía. Por las tardes cogía su samovar, lo envolvía en una bolsa de colores oscuros hecha de unas alforjas, y salía a algún lugar, un jardín o una pradera, o a las afueras en medio del campo, y tomaba el té. A veces se le encontraba en la finca de Mazra'ih, o en el Jardín de Ridván, o en la Mansión, donde tenía el honor de servir a Bahá'u'lláh.

Muhammad-'Alí valoraba cuidadosamente cada una de las bendiciones que se le presentaban en su camino. "¡Qué delicioso está hoy el té!", comentaba. "¡Qué perfume, qué color! ¡Qué hermosa es esta pradera!; y las flores, ¡qué alegres!" Solía decir que todo, incluso el aire y el agua, tenía su propia fragancia especial. Para él los días pasaban en medio de un deleite indescriptible. Ni los reyes eran tan felices como este anciano, decía la gente. "Está completamente libre del mundo", declaraban. "Vive en un puro gozo." También coincidía que su comida era lo mejor de lo mejor, y que su casa estaba situada en la mejor parte de 'Akká. ¡Por la gracia de Dios! Ahí estaba, un prisionero, y sin embargo experimentando placer, paz y alegría.

Muhammad-'Alí tenía más de ochenta años cuando finalmente partió hacia la Luz eterna. Había sido el destinatario de muchas Tablas de Bahá'u'lláh y de infinitas bendiciones en todas las condiciones. Sobre él sea la Gloria de Dios, el Más Glorioso. Sobre él sean miríadas de bendiciones celestiales; que Dios le favorezca con la alegría por siempre jamás. Su luminoso sepulcro está en 'Akká.

'Abdu'l Sálíh, el jardinero

ENTRE los que emigraron y fueron compañeros en la Más Grande Prisión estaba 'Áqá 'Abdu'l Sálíh. Esta alma excelente, hijo de creyentes de los primeros tiempos, era de Isfáhán. Su padre, de noble corazón, murió y este niño creció siendo huérfano. No tenía quien le criara o cuidara de él y era presa de quien quisiera hacerle daño. Al final llegó a la adolescencia y, siendo ya mayor, fue en busca de su Bienamado. Emigró a la Más Grande Prisión, y aquí, en el Ridván, alcanzó el honor de ser nombrado jardinero. En esta tarea no iba a la zaga a nadie. En su fe, asimismo, era firme, leal, digno de confianza; en cuanto a su carácter, era la encarnación del sagrado verso "De noble naturaleza eres tú".¹² Así es como logró la distinción de ser jardinero en el Ridván y de recibir con ello la mayor bendición de todas: casi diariamente él entraba a Presencia de Bahá'u'lláh.

Era el caso que el Más Grande Nombre estuvo prisionero y confinado nueve años en la ciudad-fortaleza de 'Akká, y en todo momento, tanto dentro de los cuarteles como después, desde fuera de la casa, la policía y los farráshes Le tenían bajo vigilancia constante. La Bendita Belleza vivía en una casa muy pequeña, y nunca ponía el pie fuera de aquella estrecha morada, porque Sus opresores montaban guardia continuamente a la puerta. Sin embargo, transcurridos nueve años, concluyó el periodo de tiempo fijado y predeterminado; y en ese momento, contra la rencorosa voluntad del tirano 'Abdu'l-Hamíd y de todos sus validos, Bahá'u'lláh salió de la fortaleza con autoridad y poder y estableció Su hogar en una mansión real fuera de la ciudad.

Aunque la política del Sultán 'Abdu'l-Hamíd era más severa que nunca, aunque insistía constantemente en el estricto confinamiento de su Cautivo, aun así, la Bendita Belleza vivía ahora, como todo el mundo sabe, con todo poder y gloria. Bahá'u'lláh pasaba parte del tiempo en la Mansión, y también en la finca de Mazra'ih; durante algún tiempo residía en Haifa y, ocasionalmente, Su tienda era levantada en las alturas del Monte Carmelo. Se presentaban amigos de todas partes y conseguían una audiencia. La gente y las autoridades del gobierno presenciaban todo esto, mas ninguno se atrevía a pronunciar palabra. Y éste es uno de los mayores milagros de Bahá'u'lláh: que Él, un cautivo, se rodeara de panoplia y ejerciera poder. La prisión se tornó en palacio, la cárcel misma se convirtió en un Jardín del Edén. Nunca antes en la historia ha ocurrido cosa semejante; ninguna época anterior ha visto cosa igual: que un hombre confinado en prisión se moviera libremente con autoridad y poder; que alguien encadenado llevara la fama de la Causa de Dios a lo alto del cielo, ganara magníficas victorias tanto en Oriente como en Occidente, y que, por medio de Su Pluma todopoderosa, dominara al mundo. Tal es la característica distintiva de esta suprema Teofanía.

Un día vinieron a la Mansión los líderes del gobierno, los pilares del país, los 'ulamás de la ciudad y místicos e intelectuales destacados. La Bendita Belleza no les prestó la menor atención. No fueron admitidos a Su Presencia, ni Él preguntó por ninguno de ellos. Yo me senté con ellos y estuve en su compañía durante unas horas, después de lo cual regresaron a donde habían venido. Aunque el farmán real específicamente decretaba que Bahá'u'lláh debía estar incomunicado dentro de la fortaleza de 'Akká en una celda, siempre bajo guardia; que nunca había de poner un pie fuera; que nunca debía ver ni siquiera a alguno de los creyentes, a pesar de tal

farmán, de orden tan drástica, Su tienda se levantó con majestad en las alturas del Monte Carmelo. ¡Qué mayor demostración de poder podría darse que ésta, que desde la misma prisión la bandera del Señor fuera izada en alto y ondeara para que todo el mundo la viera! ¡Alabado sea el Poseedor de tal majestad y poder; alabado sea Él, armado con el Poder y la Gloria; alabado sea Él, quien derrotó a Sus enemigos mientras yacía cautivo en la prisión de 'Akká.

Para resumir: 'Abdu'l Sálíh vivió bajo una estrella afortunada, pues regularmente entraba a Presencia de Bahá'u'lláh. Disfrutó de la distinción de servir como jardinero durante muchos años y fue en todo momento leal, veraz y de fe sólida. Era humilde en presencia de cada uno de los creyentes, en todo aquel tiempo jamás hirió ni ofendió a nadie. Y al final dejó su jardín y se apresuró hacia la merced de Dios que todo lo abarca.

La Antigua Belleza estaba muy contenta con 'Abdu'l-Sálíh, y tras Su ascensión reveló una Tabla de Visitación en su honor, pronunciando también unas palabras sobre él, que fueron registradas y publicadas junto con otras Escrituras.

¡Sobre él sea la Gloria del Todoglorioso! Sobre él sean la Bondad y el Favor de Dios en el Reino Exaltado.

Ustád Ismá'íl

OTRO más de entre aquella bendita compañía fue Ustád Ismá'íl, el constructor. Era el supervisor de construcción de Farrukh Khán (Amínu'd-Dawlih) en Teherán, viviendo felizmente y con prosperidad, un hombre de elevada posición, bien considerado por todos. Pero entregó su corazón a la Fe y fue cautivado por ella, hasta que esta pasión santa consumió todos los velos interpuestos. Entonces dejó de lado la prudencia y por todo Teherán fue conocido como un pilar de los bahá'ís.

Farrukh Khán le defendió hábilmente al principio. Pero al pasar el tiempo le hizo llamar y le dijo: "Ustád, eres muy querido para mí y te he dado mi protección y te he apoyado lo mejor que he podido. Pero el Sháh está informado sobre ti y ya

sabes que es un tirano sediento de sangre. Temo que te prenda sin previo aviso y te cuelgue. Lo mejor para ti es marcharte de viaje. Abandona este país, vete a otro lugar y escapa de este peligro."

Sereno, feliz, Ustád dejó su trabajo, cerró los ojos a sus posesiones y marchó hacia 'Iráq, donde vivió en la pobreza. Había tomado esposa recientemente, y la amaba sin medida. Llegó su madre y, mediante un subterfugio, obtuvo su permiso para llevar a su hija de regreso a Teherán, pretendidamente de visita. En cuanto llegó a Kirmánsháh, se presentó ante el mujtahid y le dijo que ya que su yerno había abandonado su religión, su hija no podía seguir siendo su esposa legítima. El mujtahid dispuso el divorcio y casó a la chica con otro hombre. Cuando llegaron a Baghdád estas noticias, Ismá'íl, firme como nunca, solamente se rió. "¡Alabado sea Dios!", dijo. "Ya no me queda nada en este sendero. Lo he perdido todo, incluyendo a mi esposa. He sido capaz de darle a Él todo lo que poseía."

Cuando Bahá'u'lláh partió de Baghdád y viajó a Rumelia, no le acompañaron los amigos. Los habitantes de Baghdád, entonces, se levantaron contra aquellos creyentes indefensos, enviándoles como cautivos a Mosul. Ustád era mayor y estaba débil, pero marchó a pie, sin provisiones para el viaje; atravesó montañas y desiertos, valles y colinas, y al final llegó a la Más Grande Prisión. En una ocasión Bahá'u'lláh había escrito una oda de Rumí para él, y le había dicho que volviera su rostro hacia el Báb y cantara esas palabras con una cierta melodía. Y así, mientras vagaba en las largas y oscuras noches, Ustád cantaba estas líneas:

Perdido voy, amor; cautivo y hechizado,
en todas partes soy el bobo enamorado.
De locos y dementes me dicen primero,
aun cuando en tiempos fui, por mis dotes, señero.

Amor que a venderme vienes tan dulce vino,¹³
Amor por quien mis entrañas devora el fuego,
Amor por quien lloro y peno por mi camino -
flautista que das sonido a éste junco ciego.

Si en mí tú quisieras ver que la vida nace,
infunde en todo mi ser tu sagrado aliento.
Tu mano, como Jesús, pon sobre quien yace
sumido en pesada muerte meses sin cuento.

Amado que Principio y Fin contiene,
oh Tú, que dentro y fuera eres hallado -
oculto de los ojos permaneces,
de todos siendo el morador callado.

Era como un pájaro con las alas rotas, pero tenía la canción, y ésta le hacía seguir adelante hacia su único Amor verdadero. Sigilosamente se acercó y entró en la Fortaleza, pero se encontraba exhausto, agotado. Permaneció unos días y entró a Presencia de Bahá'u'lláh, tras lo cual se le ordenó buscar alojamiento en Haifa. Se desplazó a Haifa, pero no encontró allí refugio, no halló nido ni agujero, ni agua, ni un grano de maíz. Finalmente fijó su hogar en una cueva fuera de la ciudad. Consiguió una pequeña bandeja y sobre ella ponía anillos de cerámica y algunos dedales, alfileres y otras baratijas. Todos los días, desde la mañana al mediodía, iba de un lado a otro vendiendo estas cosas. Algunos días sus ganancias ascendían a veinte paras,¹⁴ otros a treinta; y cuarenta en los mejores días. Entonces marchaba a su casa en la cueva y se contentaba con un trozo de pan. Siempre estaba expresando su gratitud, siempre diciendo: "Alabado sea Dios, porque he alcanzado tal favor y gracia; porque he sido separado tanto de amigos como de extraños, y he buscado refugio en esta cueva. Ahora soy de aquellos que lo dieron todo para comprar al divino José en la plaza del mercado. ¿Podría haber mayor bendición que ésta?"

Ésta era su condición cuando murió. Muchísimas veces se oyó a Bahá'u'lláh expresar Su satisfacción con Ustád Ismá'íl. Estuvo rodeado de bendiciones y con la mirada de Dios puesta sobre él. Saluciones para él, y alabanza. Sobre él sea la Gloria del Todoglorioso.

Nabíl-i-Zarandí

OTRO más de los que emigraron de su tierra natal para estar cerca de Bahá'u'lláh fue el gran Nabíl.¹⁵ En la flor de su juventud se despidió de su familia de Zarand y con la ayuda divina comenzó a enseñar la Fe. Se convirtió en un comandante del ejército de los amantes, y en su búsqueda abandonó el 'Iráq presa para ir a Mesopotamia, pero no pudo encontrar a Aquel que buscaba. Pues el Bienamado estaba entonces en Kurdistán, viviendo en una cueva en Sar-Galú; y allí, enteramente solo en aquella tierra yerma, sin compañeros, sin amigos, sin un alma que Le escuchara, Él comulgaba con la belleza que moraba en Su propio corazón. Dejaron de llegar noticias sobre Él por completo; 'Iráq estaba eclipsada y de luto.

Cuando Nabíl descubrió que la llama que en otro tiempo fuera allí encendida y mantenida estaba casi apagada, que los creyentes eran pocos, que Yahyá¹⁶ se había arrastrado hasta un agujero secreto en el que yacía aletargado e inactivo, y que un frío invernal se había apoderado de todo, se vio obligado a marcharse, con gran amargura, a Karbilá. Allí permaneció hasta que la Bendita Belleza regresó de Kurdistán, dirigiéndose a Baghdád. En aquel periodo el júbilo no tenía límites; cada uno de los creyentes del país volvió a la vida; entre ellos estaba Nabíl, que acudió presuroso a la Presencia de Bahá'u'lláh y llegó a ser receptor de grandes dones. Pasó ahora sus días con alegría, escribiendo odas para celebrar las alabanzas de su Señor. Era un poeta con talento, y su lengua de gran elocuencia; un hombre valeroso, encendido por un amor apasionado.

Después de un tiempo regresó a Karbilá, luego volvió a Baghdád y de allí siguió hasta Persia. Su relación con Siyyid Muhammad le indujo a caer en el error y a sufrir severas pruebas y aflicciones; pero, al igual que las estrellas fugaces, se volvió como un proyectil que dispersó las imaginaciones satánicas,¹⁷ rechazó a los perversos murmuradores y volvió a Baghdád, donde encontró descanso a la sombra del Árbol Sagrado. Más tarde recibió instrucciones de visitar Kirmánsháh. Regresó de nuevo, y en cada viaje se le permitió rendir un servicio.

Bahá'u'lláh y su comitiva partieron entonces de Baghdád, la "Morada de Paz", hacia Constantinopla, la "Ciudad del Islam". Tras Su partida Nabíl vistió como un derviche, y salió a pie, alcanzando al convoy en el camino. En Constantinopla recibió instrucciones de volver a Persia y allí enseñar la Causa de Dios, también de viajar por todo el país, y poner al corriente a los creyentes de ciudades y pueblos de todo lo que había pasado. Cuando esta misión fue cumplida, y se extendió el redoblar de los tambores de "*¿No soy Yo tu Señor?*" -pues era el año ochenta¹⁸-, Nabíl se apresuró hacia Adrianópolis, gritando mientras marchaba: "¡Sí, verdaderamente Tú eres! ¡Sí, verdaderamente!", y "¡Señor, Señor, aquí estoy!"

Entró a Presencia de Bahá'u'lláh y bebió del rojo vino de la lealtad y el homenaje. Recibió entonces órdenes específicas de viajar por todas partes, y de alzar por todas las regiones el llamamiento de que Dios ya se había hecho manifiesto, difundiendo las maravillosas nuevas de que el Sol de la Verdad había amanecido. Estaba de verdad encendido, impulsado por un amor impaciente. Con gran fervor atravesaba un país llevando este el mejor de los mensajes y haciendo revivir los corazones. Lameaba como una antorcha en presencia de todos, era la estrella de toda reunión, a todos los que venían les ofrecía la copa embriagadora. Viajó al son de los tambores y al final llegó a la fortaleza de 'Akká.

En aquellos días las restricciones eran excepcionalmente severas. Las puertas estaban cerradas, las vías de acceso cortadas. Disfrazado, Nabíl llegó a la puerta de 'Akká. Siyyid Muhammad y su despreciable cómplice fueron corriendo inmediatamente a la sede del Gobierno y denunciaron al viajero. "Es persa", informaron. "No es, como aparenta, un hombre de Bukhárá. Ha venido aquí en busca de noticias de Bahá'u'lláh." Las autoridades le expulsaron inmediatamente.

Nabíl, desesperado, se retiró a la ciudad de Safad. Más adelante vino hasta Haifa, donde estableció su hogar en una cueva en el Monte Carmelo. Vivió apartado tanto de amigos como de extraños, lamentándose noche y día, gimiendo y recitando oraciones. Allí permaneció como un recluso, y esperó a que las puertas se abrieran. Cuando el tiempo de cautividad predestinado hubo concluido y las puertas se abrieron de par en par y el Agraviado salió con toda Su belleza, majestad y gloria, Nabíl se apresuró hacia Él con el corazón lleno de alegría. Entonces fue como una vela, consumiéndose en el amor de Dios. Día y noche cantaba las alabanzas del Amado de ambos mundos y de aquellos que están alrededor de Su umbral,

escribiendo versos en pentámetros y hexámetros, componiendo canciones y largas odas. Casi diariamente era admitido ante la Presencia de la Manifestación.¹⁹

Esto continuó hasta el día en que Bahá'u'lláh ascendió. En aquella suprema aflicción, aquella demoledora calamidad, Nabíl sollozó y tembló y clamó al Cielo. Descubrió que el valor numérico de la palabra "shidád" -año de dificultades- era 309, y así se hizo evidente que Bahá'u'lláh predijo lo que ahora había sucedido.²⁰

Totalmente desanimado, desesperado por la separación de Bahá'u'lláh, en estado febril, derramando lágrimas, Nabíl vivía en tal angustia que cualquiera que le veía quedaba perplejo. Luchó y luchó, pero el único deseo que tenía era entregar su vida. No podía sufrir más; su anhelo le abrasaba; ya no podía aguantar más el ardiente dolor. Y así se convirtió en el rey de las cohortes del amor, y se abalanzó al mar.

Antes de aquel día en que se ofreció a sí mismo, dejó escrito el año de su muerte en una palabra: "Ahogado".²¹ Entonces abandonó su vida por el Bienamado, y fue liberado de su desesperación y dejó para siempre su encierro.

Este hombre distinguido era erudito, sabio y de hablar elocuente. Su talento innato era pura inspiración, sus dotes poéticas como una corriente cristalina. En particular su oda ¡Bahá, Bahá! fue escrita en completo éxtasis. Durante toda su vida, desde su más tierna juventud hasta que estuvo débil y viejo, empleó su tiempo en servir y adorar al Señor. Soportó penalidades, vivió en medio de desgracias, sufrió aflicciones. De los labios de la Manifestación oyó cosas maravillosas. Le fueron mostradas las luces del Paraíso; logró su más caro deseo. Y al final, cuando se puso el Lucero del mundo, no pudo soportar más y se arrojó al mar. Las aguas del sacrificio le envolvieron; pereció ahogado, y llegó, al fin, al Más Alto.

Sobre él sean bendiciones abundantes; sobre él sean tiernas mercedes. Que pueda lograr una gran victoria y una manifiesta gracia en el Reino de Dios.

Darvish Sidq-'Alí

AQÁ SIDQ-'ALÍ fue otro de aquellos que dejaron su tierra natal, viajaron hacia Bahá'u'lláh y fueron encerrados en la Prisión. Era un derviche; un hombre que vivía libre y desligado de amigos y extraños por igual. Pertenecía al mundo de los místicos y era un hombre de letras. Durante un tiempo vistió el traje de la pobreza, bebiendo el vino de la Regla y recorriendo el Sendero,²² pero a diferencia de los demás sufís él no vivía entregado al polvoriento hachís; al contrario, se limpió de las vanas imaginaciones de aquellos y solamente buscaba a Dios, hablaba de Dios y seguía el Sendero de Dios.

Tenía excelentes dotes poéticas y escribía odas para cantar las alabanzas de Aquel a quien el mundo ha agraviado y rechazado. Entre ellas está un poema escrito mientras estuvo prisionero en los cuarteles de 'Akká, cuyo principal pareado dice:

Un centenar de corazones tus bucles rizados tienen presos,
Y llueven corazones cuando Tú agitas y mueves tus cabellos.

Aquel alma libre e independiente descubrió en Baghdád un rastro del Amado cuya senda nadie puede rastrear. Fue testigo del alborear de la Estrella de la Mañana sobre el horizonte de 'Iráq, y recibió la bendición de aquel amanecer. Cayó bajo el hechizo de Bahá'u'lláh y quedó embelesado por aquel amoroso Compañero. Aunque era hombre tranquilo, alguien que mantenía la calma, sus propios miembros eran como una multitud de lenguas gritando su mensaje. Cuando la comitiva de Bahá'u'lláh estaba a punto de abandonar Baghdád imploró permiso para seguirles como mozo de caballos. Todo el día caminaba junto al convoy, y cuando llegaba la noche se ocupaba de los caballos. Trabajaba de todo corazón. Sólo pasada la medianoche buscaba la cama y se echaba a descansar; su cama, sin embargo, era su manto, y su almohada un ladrillo secado al sol.

Mientras viajaba, lleno de anhelante amor, cantaba poemas. Agradaba sobremanera a los amigos. En él, el nombre²³ definía al hombre; era puro candor y verdad; era el amor mismo; era casto de corazón, y enamorado de Bahá'u'lláh. En su elevada posición, la de caballero, reinaba como un rey; en verdad se gloriaba sobre los soberanos de la tierra. Se mostraba siempre solícito al servicio de Bahá'u'lláh; en todas las cosas recto y veraz.

El convoy de los amantes siguió su curso; llegó a Constantinopla; continuó a Adrianópolis y finalmente a la prisión de 'Akká. Sidq-'Alí estuvo presente de principio a fin, sirviendo fielmente a su Comandante.

Estando en los cuarteles, Bahá'u'lláh reservó una noche especial y la dedicó al Derviche Sidq-'Alí. Escribió que cada año en aquella noche los derviches deberían engalanar un lugar de reunión, que debería ser en un jardín de flores, y congregarse allí para hacer mención de Dios. Siguió diciendo que "derviche" no denota a aquellas personas que vagan sin rumbo, pasando días y noches envueltos en disputas y desatinos; más bien, dijo Él, el término designa a quienes están completamente separados de todo excepto de Dios, que se adhieren a sus leyes, son firmes en su Fe, leales a su Alianza y constantes en la adoración. No es, como dicen los persas, un nombre para los que andan por las calles como vagabundos, llenos de confusión y mentalmente inestables, siendo una carga para los demás, y los más toscos y maleducados de toda la humanidad.

Este derviche eminente pasó la totalidad de su vida bajo el amparo protector de Dios. Estaba completamente desprendido de las cosas mundanas. Era solícito en el servicio, y atendía a los creyentes con todo su corazón. Era un sirviente para todos ellos, y fiel al Sagrado Umbral.

Entonces llegó aquella hora en la que, no lejos de su Señor, se despojó de la túnica de la vida, y a los ojos físicos entró en el mundo de las sombras, mas a los ojos de la mente se dirigió hacia lo que es claro como el día; y allí encontró asiento en un Trono de Gloria perdurable. Escapó de la prisión de este mundo y acampó en un terreno amplio y espacioso. Que Dios le mantenga siempre cerca y le bendiga en aquel místico Reino con la reunión perpetua y la visión beatífica; que le envuelvan haces de luz. Sobre él sea la Gloria de Dios, el Todoglorioso. Su tumba está en 'Akká.

Áqá Mírzá Mahmúd y Áqá Ridá

ESTAS dos almas benditas, Mírzá Mahmúd de Káshán y Áqá Ridá de Shíráz, eran como dos lámparas encendidas por el amor de Dios, ardiendo con el aceite de Su conocimiento. Rodeadas desde su infancia por las Dádivas divinas, lograron prestar todo tipo de servicios durante cincuenta y cinco años. Sus servicios fueron incontables, más de lo que se podría relatar.

Cuando el séquito de Bahá'u'lláh partió de Baghdád hacia Constantinopla, fue acompañado por una gran multitud de gente. A lo largo del camino hubo momentos en que pasaron hambre. Estas dos almas continuaron avanzando a pie, por delante del palanquín en que iba montado Bahá'u'lláh, y cubrían una distancia de siete u ocho farsakhs cada día. Agotados por la marcha y desfallecidos, llegaban al lugar de parada; y todavía, cansados como estaban, se ponían inmediatamente a preparar y cocinar la comida, y se encargaban de la comodidad de los creyentes. Los esfuerzos que hacían eran verdaderamente más de lo que la carne puede soportar. Había momentos en los que, de las veinticuatro horas del día, no tenían más de dos o tres horas para dormir; porque, una vez que los amigos habían tomado la comida, ellos dos se ocupaban de recoger y lavar los platos y utensilios de cocina; esto les llevaba hasta la medianoche, y sólo entonces descansaban. Al alba se levantaban, recogían todo y se ponían de nuevo en marcha, por delante del palanquín de Bahá'u'lláh. Ved qué servicio tan vital fueron capaces de prestar, y para qué bendición fueron escogidos: desde el comienzo del viaje, en Baghdád, hasta la llegada a Constantinopla, caminaron muy cerca de Bahá'u'lláh; hicieron felices a cada uno de los amigos; trajeron descanso y comodidad a todos; preparaban todo lo que cada uno pedía.

Áqá Ridá y Mírzá Mahmúd eran la misma esencia del amor a Dios, completamente separados de todo menos de Dios. En todo aquel tiempo nadie les oyó levantar ni una sola vez la voz. Jamás hirieron ni ofendieron a nadie. Eran dignos de confianza, leales, veraces. Bahá'u'lláh derramó bendiciones sobre ellos. Continuamente entraban a Su Presencia y Él expresaba Su satisfacción con ellos.

Mírzá Mahmúd era joven cuando llegó a Baghdád desde Káshán. Áqá Ridá se convirtió a la Fe en Baghdád. La condición espiritual de los dos era indescriptible. Había en Baghdád un grupo de siete creyentes destacados que vivían en una sola habitación sencilla y pequeña porque estaban en la miseria. Apenas podían mantener cuerpo y alma unidos, pero eran tan espirituales, tan benditos, que creían que estaban en el Cielo. A veces cantaban oraciones durante toda la noche, hasta

que rompía el alba. Algunos días salían a trabajar, y a la caída de la noche uno había ganado diez paras, otro quizá veinte paras; otros, cuarenta o cincuenta. Estas cantidades se gastaban en la comida de la noche. Un cierto día uno ganó veinte paras, mientras que los demás no consiguieron absolutamente nada. El que tenía el dinero compró unos dátiles y los compartió con los demás; aquella fue la cena para siete personas. Pero estaban perfectamente contentos con su vida frugal, en una felicidad suprema.

Estos hombres honorables dedicaron sus días a todo lo que es mejor en la vida humana: tenían ojos que veían; eran atentos y despiertos; tenían oídos que oían, y eran de elocuente expresión. Su único deseo era agradar a Bahá'u'lláh. Para ellos no había mayor bendición que servir ante Su Sagrado Umbral. Tras la hora de la Suprema aflicción, se consumieron de pena, como velas que tiemblan al apagarse; anhelaban la muerte, y permanecieron firmes en la Alianza y trabajaron con empeño para difundir la Fe de aquel Lucero del Alba. Eran compañeros íntimos y de confianza de 'Abdu'l-Bahá, con los que se podía contar para todo. Siempre eran modestos, humildes, discretos, evanescentes. En todo aquel largo periodo, jamás pronunciaron una palabra que tuviera que ver con sí mismos.

Y al final, durante la ausencia de 'Abdu'l-Bahá, emprendieron el vuelo hacia el Reino de la Gloria imperecedera. Sentí mucho no haber estado con ellos cuando murieron. Aunque ausente físicamente, estaba allí con el corazón, llorando por ello; pero en apariencia exterior yo no les di el último adiós; esto es lo que me apena.

Sobre ambos sean saluciones y alabanzas; sobre ellos sean la compasión y la gloria. Que Dios les dé un hogar en el Paraíso, bajo la sombra del Árbol del Loto. Que se vean inmersos en olas de luz, muy cerca de su Señor, el Fuerte, el Todopoderoso.

Pidar-Ján de Qazvín

EL DIFUNTO Pidar-Ján estaba entre aquellos creyentes que emigraron a Baghdád. Era un anciano piadoso, enamorado del Bienamado; en el Jardín del Amor divino era una rosa en plena flor. Llegó allí, a Baghdád, y pasó los días y las noches comulgando con Dios y cantando oraciones; y aunque caminaba sobre la tierra, viajaba por las alturas del Cielo.

Para obedecer la ley de Dios tomó un oficio, pues no tenía nada. Hacía un fajo con unos cuantos pares de calcetines bajo el brazo y los vendía mientras recorría las calles y bazares, y los ladrones solían robarle su mercancía. Finalmente se vio obligado a poner los calcetines extendidos sobre sus palmas abiertas conforme andaba. Pero se ponía a cantar una oración, y un día, para su sorpresa, se encontró con que le habían robado ante sus ojos los calcetines que estaban expuestos en sus manos. Su consciencia de este mundo estaba nublada, pues él viajaba por otro. Moraba en el éxtasis; era un hombre embriagado, cegado.

Durante un tiempo, así es como vivió en 'Iráq. Casi diariamente era admitido a Presencia de Bahá'u'lláh. Su nombre era 'Abdu'lláh, pero los amigos le confirieron el título de Pidar-Ján -Padre Querido-, pues era un padre amoroso para todos ellos. Por fin, bajo el cuidado protector de Bahá'u'lláh, alzó el vuelo hacia la "Morada de la Verdad, en Presencia del potente Rey."²⁴

Que Dios haga fragante su sepulcro con las lluvias abundantes de Su misericordia y dirija sobre él el ojo de la Compasión divina. Saluciones sean sobre él, y alabanzas.

Shaykh Sádiq-i-Yazdí

OTRO DE los que emigraron a Baghdád fue Shaykh Sádiq de Yazd, un hombre estimado y recto como su nombre, Sádiq.²⁵ Era una encumbrada palmera en los jardines del Cielo, una estrella llameando en los cielos del amor de Dios.

Fue durante el periodo de 'Iráq cuando se apresuró a llegar a Presencia de Bahá'u'lláh. Su desprendimiento de las cosas de este mundo y su apego a la vida

del espíritu son indescriptibles. Era el amor encarnado, la ternura personificada. Día y noche conmemoraba a Dios. Completamente inconsciente de este mundo y de todo lo que hay en él, moraba continuamente en Dios, manteniéndose sumergido en súplicas y oraciones. La mayoría del tiempo sus ojos vertían lágrimas. La Bendita Belleza le escogió para un favor especial, y cuando quiera que Él volvía Su atención hacia Sádiq, se apreciaba claramente su amorosa bondad.

Un cierto día llegó la noticia de que Sádiq estaba al borde de la muerte. Fui a su cabecera y le encontré exhalando su último aliento. Padecía íleo, una dolorosa hinchazón. Fui corriendo hacia Bahá'u'lláh y describí su condición.

"Ve", dijo. "Pon tu mano sobre la zona inflamada y pronuncia las palabras: '¡Oh Tú el Sanador!'"²⁶

Regresé. Vi que la parte afectada se había hinchado hasta alcanzar el tamaño de una manzana; estaba dura como una piedra, en constante movimiento, retorciéndose y enroscándose como una serpiente. Puse la mano sobre ella; me volví hacia Dios y, suplicándole humildemente, repetí las palabras "¡Oh Tú el Sanador!" Instantáneamente el enfermo se levantó. El íleo se desvaneció; la hinchazón desapareció.

Este espíritu personificado vivió en puro contento en 'Iráq hasta el día que la caravana de Bahá'u'lláh abandonó Baghdád. Como se le había ordenado, Sádiq permaneció en aquella ciudad. Pero su ansia latía tan apasionadamente en su interior que tras la llegada de Bahá'u'lláh a Mosul ya no pudo soportar más la separación. Descalzo, con la cabeza descubierta, salió corriendo junto al correo en dirección a Mosul; corrió y corrió hasta que, en aquella llanura desolada, rodeado completamente por la misericordia, halló descanso.

Que Dios le dé a beber de "una copa de vino atemperado en la fuente del alcanfor,"²⁷ y haga descender aguas cristalinas sobre su tumba; que Dios perfume con almizcle su polvo que está en aquel lugar desierto, y haga descender sobre él oleadas de luz.

Sháh-Muhammad-Amín

SHÁH-MUHAMMAD, que tenía el título de Amín, persona de confianza, se contaba entre los creyentes más antiguos y los más profundamente enamorados. Había escuchado la Llamada divina en la flor de su juventud y había vuelto su rostro hacia el Reino. Había rasgado los velos de las suposiciones ociosas que se interponían ante sus ojos y había alcanzado el deseo de su corazón; ni las fantasías que imperaban entre la gente ni los reproches de los que fue objeto le hicieron volverse atrás. Inconmovible, permaneció firme y se enfrentó a un mar de dificultades; inquebrantable gracias a la fuerza del Día del Advenimiento, hizo frente a quienes intentaron frustrarle y bloquear su camino. Cuanto más buscaban infundir dudas en su mente, más fuerte se volvía; cuanto más le atormentaban, más progresos hacía. Era un cautivo del Rostro de Dios, esclavizado por la Belleza del Todoglorioso; una llama del Amor de Dios, una fuente desbordante del Conocimiento de Él.

El amor ardía en su corazón, por lo que no tenía paz; y cuando ya no pudo soportar más la ausencia del Bienamado dejó su tierra natal, la provincia de Yazd. Las arenas del desierto le parecieron seda bajo sus pies; ligero como un soplo de viento, subió montañas y cruzó inacabables llanuras, hasta que se encontró a la puerta de su Amor. Se había liberado del cepo de la separación, y en 'Iráq entró a Presencia de Bahá'u'lláh.

Una vez que hubo recorrido el camino hasta el hogar del Querido de la humanidad, se vació de todo pensamiento, se liberó de toda preocupación y se convirtió en el recipiente de ilimitado favor y gracia. Pasó unos días en 'Iráq y se le ordenó volver a Persia. Allí permaneció un tiempo, visitando frecuentemente a los creyentes, y su aliento puro despertó de nuevo a cada uno de ellos, llenándose de anhelos hacia la Fe y volviéndose más inquietos, más impacientes que antes.

Más adelante llegó a la Más Grande Prisión con Mírzá Abu'l-Hasan, el segundo Amín. En este viaje se enfrentó a severas penalidades, pues era extremadamente difícil encontrar el modo de entrar a la prisión. Finalmente fue recibido por Bahá'u'lláh en los baños públicos. Mírzá Abu'l-Hasan estaba tan sobrecogido por la majestuosa Presencia de su Señor que se estremeció, tropezó y cayó al suelo; se hizo una herida en la cabeza y brotó sangre de ella.

Amín, es decir Sháh-Muhammad, fue honrado con el título de persona de confianza, y llovieron sobre él las bendiciones. Lleno de ansia y amor, llevando consigo Tablas de Bahá'u'lláh, volvió presuroso a Persia, donde trabajó por la Causa, permaneciendo en todo momento digno de confianza. Sus servicios fueron sobresalientes, y fue un consuelo para los corazones de los creyentes. No había quien pudiera compararse con él en energía, entusiasmo y celo, y no había hombre cuyos servicios pudieran igualar los suyos. Era un refugio entre la gente, conocido en todas partes por su devoción al Sagrado Umbral, aclamado por los amigos en general.

Jamás descansó un momento. No pasó una sola noche en el lecho de la tranquilidad, nunca posó la cabeza sobre la almohada de la comodidad. Continuamente estaba en vuelo, remontándose como los pájaros, corriendo como un ciervo, un huésped en el desierto de la unicidad, solo y veloz. Llevaba alegría a todos los creyentes; para todos, su llegada era una buena noticia; para todo buscador él era un signo y una señal. Estaba enamorado de Dios, un vagabundo en el desierto del amor de Dios. Como el viento, recorría la superficie de las llanuras y se encontraba en desasosiego en lo alto de las colinas. Cada día se encontraba en un país diferente, y al caer la noche en otra tierra distinta. Nunca descansó, nunca estuvo inmóvil. Estuvo constantemente levantándose para servir.

Pero entonces le cogieron prisionero en Ádhirbáyján, en la ciudad de Míyándu'áb. Cayó presa de unos kurdos despiadados, una banda hostil que no quisieron preguntar nada al inocente e indefenso hombre. Creyendo que este extraño, como otros extranjeros, tenía malas intenciones hacia el pueblo kurdo y, tomándole por un cualquiera, le mataron.

Cuando la noticia de su martirio llegó a la Prisión, todos los cautivos se apenaron y derramaron lágrimas por él, resignado a Dios e indefenso como estuvo en su hora final. Incluso en el semblante de Bahá'u'lláh hubo señales visibles de pena. La Pluma Suprema reveló una Tabla de infinita ternura conmemorando al hombre que murió en aquella llanura calamitosa, y muchas más Tablas acerca de él fueron reveladas.

Hoy, a la sombra de la misericordia de Dios, mora en los resplandecientes Cielos. Comulga con los pájaros de santidad, y en la asamblea de esplendores está

sumergido en Luz. Hasta el fin de los tiempos, la memoria y alabanza de él permanecerán en las páginas de los libros y en las lenguas y labios de los hombres.

Sobre él sean saluciones y alabanzas; sobre él sea la Gloria del Todoglorioso; sobre él sea la Más Grande Misericordia de Dios.

Mashhadí Fattáh

MASHHADÍ Fattáh era el espíritu personificado. Era la devoción misma. Hermano de Hájí 'Alí-'Askar -del mismo puro linaje-, llegó a la Fe por medio de él. Como los gemelos Cástor y Pólux, se mantuvieron los dos unidos en el mismo lugar, y ambos fueron iluminados por la luz de la creencia.

En todas las cosas los dos estaban unidos como una pareja; compartían la misma certeza y fe, la misma consciencia, e hicieron el camino de Ádhirbáyján a Adrianópolis emigrando al mismo tiempo. En todas las circunstancias de su vida vivían como un solo individuo; su disposición, sus miras, su religión, carácter, comportamiento, fe, certeza, conocimiento, eran uno. Incluso en la Más Grande Prisión estaban constantemente juntos.

Mashhadí Fattáh contaba con algunas mercancías; esto era todo lo que poseía en el mundo. Se lo había confiado a algunas personas en Adrianópolis, pero tiempo después aquella mala gente dilapidó sus bienes. Así, en el sendero de Dios perdió todo lo que poseía. Pasó sus días perfectamente contento en la Más Grande Prisión. Era la abnegación completa; de él nadie oyó jamás una sílaba que indicara su existencia. Estaba siempre en una cierta esquina de la prisión meditando en silencio, ocupado en recordar a Dios; espiritualmente alerta y atento en todo momento, viviendo en estado de súplica.

Entonces llegó la Suprema Aflicción. No pudo tolerar la angustia de separarse de Bahá'u'lláh, y tras el fallecimiento de Bahá'u'lláh murió de pena. Bendito sea él; una vez más, bendito sea él. Sobre él sean las Buenas Nuevas; una vez más, sobre él sean las Buenas Nuevas. Sobre él sea la Gloria del Todoglorioso.

Nabíl de Qá'in

ESTE HOMBRE distinguido, Mullá Muhammad-'Alí,²⁸ fue uno de aquellos cuyos corazones fueron atraídos hacia Bahá'u'lláh antes de la Declaración del Báb; fue entonces cuando bebió el rojo vino del conocimiento de las manos del Copero de la gracia. Sucedió que un príncipe, que era hijo de Mír Asadu'lláh Khán, príncipe de Qá'in, recibió orden de permanecer como rehén político en Teherán. Era joven, estaba muy lejos de su amoroso padre, y Mullá Muhammad-'Alí era su tutor y guardián. Como el joven era un extraño en Teherán, la Bendita Belleza le mostró especial amabilidad. Muchas noches el joven príncipe era invitado de Bahá'u'lláh en la mansión, y Mullá Muhammad-'Alí le acompañaba. Esto fue antes de la Declaración del Báb.

Fue entonces cuando éste, el amigo de confianza por excelencia, fue cautivado por Bahá'u'lláh, y adondequiera que iba, esparcía cariñosas alabanzas sobre Él. Siguiendo el camino del Islam, también relataba los grandes milagros que él, con sus propios ojos, había visto realizar a Bahá'u'lláh, y las maravillas que había escuchado. Estaba en éxtasis, ardiendo de amor. En aquella condición regresó a Qá'in con el príncipe.

Más adelante, aquel eminente estudioso, Áqá Muhammad de Qá'in (cuyo título era Nabíl-i-Akbar), fue nombrado mujtahid, doctor en leyes religiosas, por el difunto Shaykh Murtadá; partió entonces hacia Baghdád, se convirtió en un fervoroso seguidor de Bahá'u'lláh y se apresuró a volver a Persia. Los teólogos y mujtahids preeminentes conocían bien y reconocían sus inmensas dotes como erudito, la amplitud de su saber y su elevado rango. Cuando llegó a Qá'in empezó a difundir abiertamente la nueva Fe. En el momento que Mullá Muhammad-'Alí oyó el nombre de la Bendita Belleza, aceptó inmediatamente al Báb. "Tuve el honor", dijo, "de conocer a la Bendita Belleza en Teherán. En el instante en que Le vi, me convertí en esclavo suyo."

En su pueblo de Sar-Cháh, este hombre, de talento innato y de elevados sentimientos, empezó a enseñar la Fe. Guió a su propia familia y miró también por los demás, llevando a una gran multitud a entrar bajo la ley del amor de Dios, conduciendo a cada uno de ellos al Sendero de salvación.

Hasta aquel momento había sido siempre un íntimo compañero de Mír 'Alam Khán, el Gobernador de Qá'in; le había rendido servicios importantes y había disfrutado del respeto y confianza del Gobernador. Ahora aquel príncipe desvergonzado se volvió contra él hecho una furia a causa de su religión, se apoderó de su propiedad y la saqueó; pues el Amír sentía terror de Násiri'd-Dín Sháh. Desterró a Nabíl-i-Akbar y arruinó a Nabíl de Qá'in. Tras arrojarle a la prisión y torturarlo, le echó, dejándolo sin hogar como a un vagabundo.

Para Nabíl, la repentina calamidad fue una bendición, el saqueo de sus bienes materiales y la expulsión en medio del desierto fueron una corona real y el mayor favor que Dios podía otorgarle. Durante un tiempo permaneció en Teherán como un mendigo, sin morada fija a los ojos de los demás, pero en su interior regocijándose; pues ésta es la característica de toda alma que es firme en la Alianza.

Tenía acceso al círculo de la gente importante y conocía la condición de los diversos príncipes. Así pues, frecuentaba a algunos de ellos y les daba el mensaje. Era un consuelo para los corazones de los creyentes y como una espada desenvainada para los enemigos de Bahá'u'lláh. Era uno de quienes se dice en el Corán: "Por la Causa de Dios se empeñarán con esfuerzo; las acusaciones del acusador no temerán."²⁹ Día y noche se afanaba en promover la Fe, y con todas sus fuerzas esparcía por todas partes los claros signos de Dios. Bebía una y otra vez del vino del Amor de Dios, era clamoroso como las nubes de tormenta, inquieto como las olas del mar.

Entonces le llegó el permiso para visitar la Más Grande Prisión; pues en Teherán, como creyente, había llegado a ser un hombre marcado. Todos conocían su conversión; no tenía cautela, ni paciencia, ni reservas; no se preocupaba de ser reticente, ni de disimular. Era absolutamente intrépido, aun hallándose en terrible peligro.

Cuando llegó a la Más Grande Prisión, los hostiles vigilantes le expulsaron y, a pesar de todos sus intentos, no encontró manera de entrar. Se vio obligado a

marcharse a Nazaret, donde vivió un tiempo como un forastero, solo con sus dos hijos, Áqá Qulám-Husayn y Áqá 'Alí-Akbar, doliéndose y orando. Por fin se ideó un plan para introducirle dentro de la fortaleza y fue llamado a la prisión donde habían encerrado a los inocentes. Vino en un éxtasis indescriptible, y fue admitido a Presencia de Bahá'u'lláh. Cuando entró allí y alzó los ojos hacia la Bendita Belleza se estremeció y tembló, cayendo al suelo inconsciente. Bahá'u'lláh le dirigió palabras llenas de amorosa bondad y él se levantó de nuevo. Pasó algunos días oculto en los cuarteles, tras lo cual regresó a Nazaret.

Los habitantes de Nazaret se preguntaban muchas cosas sobre él. Se decían uno a otro que obviamente él era un hombre importante y distinguido en su propio país, notable y de elevado rango; y se preguntaban entre sí por qué habría elegido un rincón tan perdido del mundo como Nazaret y cómo podía contentarse con tal pobreza y penalidades.

Cuando, en cumplimiento de la promesa del Más Grande Nombre, las puertas de la Prisión se abrieron de par en par, y todos los amigos y viajeros pudieron entrar y salir de la ciudad-fortaleza en paz y con respeto, Nabíl de Qá'in solía desplazarse para ver a Bahá'u'lláh una vez al mes. Sin embargo, tal como Él le ordenó, continuó viviendo en Nazaret, donde convirtió a un cierto número de cristianos a la Fe; y allí lloraba de día y de noche, por los agravios que Le eran infligidos a Bahá'u'lláh.

Su medio de subsistencia era su asociación comercial conmigo. Esto es, yo le proporcioné un capital de tres krans;³⁰ con él compró agujas, y ésta era su mercancía. Las mujeres de Nazaret le daban huevos a cambio de las agujas y de esta manera obtenía treinta o cuarenta huevos al día: tres agujas por huevo. Entonces vendía los huevos y vivía de los ingresos. Como había una caravana diaria entre 'Akká y Nazaret, acudía a Áqá Ridá cada día para obtener más agujas. ¡Gloria sea a Dios! Sobrevivió durante dos años a partir de aquel desembolso inicial de capital; y en todo momento daba gracias por ello. Hay un hecho que revela lo desapegado que estaba de las cosas de este mundo: los nazarenos solían decir que, viendo las maneras y el comportamiento del anciano, era evidente que era muy rico, y que si vivía tan modestamente era sólo porque era un forastero en un lugar extraño -ocultando su riqueza estableciéndose como comerciante de agujas.

Siempre que acudía a Presencia de Bahá'u'lláh recibía aún más evidencias de favor y amor. En todos los periodos fue un amigo y compañero íntimo para mí. Cuando las tristezas me asaltaban enviaba en su busca, y entonces, sólo de volverle a ver, me llenaba de alegría. ¡Qué maravillosa era su conversación, qué atractiva su compañía! Era de rostro radiante; libre de corazón; liberado de todas las ataduras terrenales, siempre en las alturas. Hacia el final de su vida estableció su hogar en la Más Grande Prisión, y todos los días entraba a Presencia de Bahá'u'lláh.

Cierto día, caminando por el bazar con sus amigos, se encontró con un enterrador llamado Hájí Ahmad. Aunque rebosante de salud, se dirigió al enterrador y riendo le dijo: "Vente conmigo." Acompañado por los creyentes y el enterrador se dirigió hacia Nabíyu'lláh Sálíh. Aquí dijo: "Oh Hájí Ahmad, tengo una petición que hacerte: cuando traslade mi hogar de este mundo al venidero, excava aquí mi tumba, al lado de la Más Pura Rama.³¹ Éste es el favor que te pido." Diciendo esto, dio al hombre una suma de dinero.

Aquella misma tarde, poco después de la puesta de sol, se corrió la voz de que Nabíl de Qá'in había caído enfermo. Fui a su casa al instante. Estaba sentado y conversando. Estaba radiante, riéndose, bromeando, pero por alguna razón que no era aparente el sudor corría por su rostro - estaba chorreando. Aparte de esto, no le pasaba nada. La sudoración continuó más y más; se debilitó, se echó en la cama y, hacia la mañana, murió.

Bahá'u'lláh solía referirse a él con infinita gracia y amorosa bondad, y reveló varias Tablas en su nombre. La Bendita Belleza acostumbraba recordar, tras el fallecimiento de Nabíl, aquel ardor, el poder de aquella fe, y comentar que en él había un hombre que Le había reconocido, con anterioridad al advenimiento del Báb.

Aclamado sea por esta merced maravillosa. "La bienaventuranza le aguarda, y un hogar hermoso... Y Dios distinguirá con Su misericordia a quienquiera Él desee."³²

Siyid Muhammad-Taquí Manshádí

MUHAMMAD-TAQÍ era del pueblo de Manshád. Era joven aún cuando tuvo noticia de la Fe de Dios. En sagrado éxtasis su mente se volvió hacia el Cielo y su corazón se inundó de luz. La gracia divina descendió sobre él; la llamada de Dios le cautivó hasta tal punto que arrojó al viento la paz de Manshád. Dejando a sus familiares e hijos, se puso en marcha a través de montañas y desérticas llanuras, fue de un lugar de parada a otro, llegó a la costa, cruzó el mar y por fin llegó a la ciudad de Haifa. Desde allí siguió veloz su camino hacia 'Akká y entró a Presencia de Bahá'u'lláh.

Al principio abrió una pequeña tienda en Haifa y llevó adelante un negocio muy modesto. Las bendiciones de Dios descendieron sobre éste, y prosperó. Aquel pequeño rincón se convirtió en el refugio de los peregrinos. Cuando llegaban, y también a su partida, eran huéspedes del noble y generoso Muhammad-Taqí. También ayudaba a administrar los asuntos de los creyentes, y se ocupaba de sus medios de transporte. Demostró ser infaliblemente honesto, leal y digno de confianza. Finalmente se convirtió en el intermediario a través del cual se podían enviar las Tablas y el correo de los creyentes podía entrar a la prisión. Desempeñó este servicio con perfecta seriedad, realizándolo de manera harto satisfactoria, despachando y recibiendo escrupulosamente la correspondencia en todo momento. Gozando de la confianza de todos, llegó a ser conocido en muchas partes del mundo y recibió innumerables bendiciones de Bahá'u'lláh. Era un tesoro de justicia y rectitud, enteramente libre de cualquier apego a cosas mundanas. Se había acostumbrado a una forma de vida muy frugal, completamente despreocupado de la comida o el sueño, la comodidad o la paz. Vivía totalmente solo en una habitación sencilla, pasaba las noches sobre un lecho de ramas de palmera, y dormía en un rincón. Pero para los viajeros era un manantial en el desierto; para ellos, él proporcionaba la más blanda de las almohadas y la mejor mesa que se podía permitir. Tenía un rostro sonriente y era espiritual y sereno por naturaleza.

Tras haberse puesto el Lucero del Concurso Supremo, Siyyid Manshádí permaneció fiel a la Alianza cual afilada espada, enfrentándose a los violadores. Probaron todas las tretas posibles, todos los engaños, todos sus más sutiles recursos; no es posible imaginar cómo se volcaron en favores sobre él y los honores que le rindieron, las fiestas que le prepararon, los placeres que le ofrecieron, todo ello para provocar una brecha en su fe. Sin embargo, cada día se

hizo más fuerte aún, siguió siendo firme y veraz, se mantuvo libre de todo pensamiento indecoroso, y rehuyó todo lo que fuera contrario a la Alianza de Dios. Cuando finalmente desesperaron de poder conmover su resolución, le atormentaron de todas las formas posibles y tramaron su ruina económica. Sin embargo, él permaneció siendo la quintaesencia de la constancia y la confianza.

Cuando, por instigación de los violadores, 'Abdu'l-Hámíd empezó a actuar contra mí, me vi obligado a enviar a Manshádí a Port Said, porque era muy conocido entre la gente por ser el que distribuía nuestro correo. Entonces tuve que hacerle llegar la correspondencia a través de intermediarios que no eran conocidos, y él enviaba las cartas igual que antes. De esta forma, los traidores y los hostiles no fueron capaces de hacerse con el correo. Durante los últimos días de 'Abdu'l-Hámíd, cuando llegó una comisión de investigación e, incitados por aquellos amigos ahora convertidos en enemigos, hicieron planes para arrancar el Árbol Sagrado de raíz; cuando decidieron arrojarme a las profundidades del océano o desterrarme al Fezzan, y ésta era su firme intención; y cuando la comisión consecuentemente trató por todos los medios de hacerse con algún documento, fracasaron. En medio de toda aquella agitación, con todas las presiones y restricciones, y los sórdidos ataques de aquellas personas tan despiadadas como Yazíd,³³ el correo aún siguió circulando.

Durante largos años, Siyyid Manshádí desempeñó dignamente este servicio en Port Said. Los amigos estaban uniformemente satisfechos con él. En aquella ciudad se ganó la gratitud de los viajeros, se hizo acreedor al agradecimiento de todos los que habían emigrado, y trajo alegría a los creyentes locales. Entonces el agobiante calor de Egipto resultó demasiado para él; cayó en cama y, con una tremenda fiebre, arrojó la vestidura de la vida. Abandonó Port Said para ir al Reino de los Cielos, y se elevó hasta las mansiones del Señor.

Siyyid Manshádí era la esencia de la virtud y el intelecto. Eran tales sus cualidades y conocimientos que asombrarían a las mentes más dotadas. No tenía otro pensamiento que no fuera el de Dios, ninguna esperanza más que alcanzar la complacencia de Dios. Era la encarnación de "Haz de todo mi canto una única alabanza de Ti; mantenme firme para siempre en Tu servicio."

Que Dios refresque su febril dolor con la gracia de la reunión en el Reino, y sane su enfermedad con el bálsamo de la cercanía a Él en el Reino del Más Bello. Sea sobre él la gloria de Dios el Más Glorioso.

Muhammad-'Alí Sabbáq de Yazd

EN SU temprana juventud, Muhammad-'Alí Sabbáq se convirtió a la Fe en 'Iráq. Desgarró los velos y dudas que le estorbaban, escapó de sus delirios y fue presuroso bajo el acogedor cobijo del Señor de Señores. En apariencia un hombre sin educación, pues no sabía leer ni escribir, era de aguda inteligencia y un amigo digno de confianza. Por medio de uno de los creyentes fue llevado a Presencia de Bahá'u'lláh, y pronto fue públicamente conocido como discípulo. Encontró un rincón donde vivir, muy próximo a la casa de la Antigua Belleza, y solía entrar a Presencia de Bahá'u'lláh cada mañana y cada noche. Durante un tiempo fue extremadamente feliz.

Cuando Bahá'u'lláh y su séquito abandonaron Baghdád para ir a Constantinopla, Áqá Muhammad-'Alí estaba entre aquella compañía enardecido por el amor de Dios. Llegamos a Constantinopla; y como el Gobierno nos obligó a establecernos en Adrianópolis, dejamos a Muhammad-'Alí en la capital turca para que ayudase a los creyentes que iban y venían por aquella ciudad. Entonces nosotros seguimos viaje hacia Adrianópolis. Este hombre se quedó solo y pasó serios apuros, pues no tenía amigo ni compañero ni quien se ocupara de él.

Después de dos años en tal situación vino a Adrianópolis en busca de refugio bajo la amorosa bondad de Bahá'u'lláh. Fue allí a trabajar de vendedor ambulante, y cuando empezó la gran rebelión³⁴ y los opresores llevaron a los amigos al límite de la adversidad, él se encontraba también entre los prisioneros y fue exiliado junto con nosotros a la fortaleza de 'Akká.

Pasó un tiempo considerable en la Más Grande Prisión, tras el cual Bahá'u'lláh expresó su deseo de que marchara hacia Sidón, donde se dedicó a un oficio. A veces regresaba y era recibido por Bahá'u'lláh, pero salvo en estas ocasiones

permaneció en Sidón. Inspiraba respeto y confianza, y era motivo de orgullo para todos. Cuando nos sobrevino la Suprema Aflicción, regresó a 'Akká y pasó lo que restaba de sus días cerca de la Sagrada Tumba.

Los amigos, todos y cada uno de ellos, estaban encantados con él, y era apreciado ante el Sagrado Umbral; en este estado se remontó hacia la gloria permanente, dejando a sus semejantes llorando su pérdida. Era un hombre amable, excelente: contento con la Voluntad de Dios para él, agradecido, un hombre de dignidad, abnegado. Sea sobre él la Gloria del Todoglorioso. Que Dios haga descender sobre su fragante tumba en 'Akká rayos de luz celestial.

'Abdu'l-Ghaffár de Isfáhán

OTRO DE los que dejaron su tierra natal para convertirse en vecinos nuestros y compañeros de prisión fue 'Abdu'l-Ghaffár de Isfáhán. Era un individuo altamente perspicaz que, por asuntos comerciales, había viajado por Asia Menor durante muchos años. Hizo un viaje a 'Iráq, donde Áqá Muhammad-'Alí de Sád (Isfáhán) le condujo bajo el cobijo de la Fe. En seguida se deshizo del vendaje de las ilusiones que había cegado sus ojos anteriormente, y se alzó volando hacia la salvación en el Cielo del amor divino. En su caso, el velo había sido delgado, casi transparente, y por este motivo, en cuanto se le comunicaron las primeras Palabras, fue liberado inmediatamente del mundo de las imaginaciones ociosas y se aferró a Aquel que puede verse claramente.

En el trayecto de 'Iráq a la Gran Ciudad, Constantinopla, 'Abdu'l-Ghaffár fue un compañero íntimo y agradable. Sirvió de intérprete a todo el grupo, pues hablaba excelente turco, un idioma en el que ninguno de los amigos era diestro. El viaje llegó pacíficamente a su fin y entonces, en la Gran Ciudad, continuó siendo nuestro compañero y amigo. Lo mismo sucedió en Adrianópolis y también cuando nos acompañó a la ciudad de Haifa como uno de los prisioneros.

Aquí, los opresores tomaron la determinación de enviarle a Chipre. Él estaba aterrorizado y gritaba pidiendo ayuda, pues ansiaba estar con nosotros en la Más Grande Prisión.³⁵ Cuando le llevaron por la fuerza, desde lo alto del barco se lanzó al mar. Esto no produjo ningún efecto en los brutales funcionarios. Tras sacarlo fuera del agua le retuvieron como prisionero en el barco, sujetándole cruelmente, y llevándose por la fuerza a Chipre. Fue encarcelado en Famagusta, pero de una manera u otra consiguió escapar y fue apresuradamente a 'Akká. Aquí, protegiéndose de la maldad de nuestros opresores, se cambió el nombre por el de 'Abdu'lláh. Arropado bajo la amorosa bondad de Bahá'u'lláh, pasó sus días tranquilo y feliz.

Pero al ponerse la Gran Luz del mundo, para brillar para siempre desde el Horizonte Más Luminoso, 'Abdu'l-Ghaffár estaba fuera de sí, presa de la angustia. Ya no tenía hogar. Partió hacia Damasco y allí pasó algún tiempo, encerrado en su tristeza, lamentándose día y noche. Fue debilitándose cada vez más. Enviamos allí a Hájí 'Abbás para que le cuidara y le diera tratamiento y atención, y para que enviara noticias de él todos los días. Pero 'Abdu'l-Ghaffár no hacía más que hablar incesantemente, en todo momento, con su cuidador y decirle cuánto anhelaba seguir su camino hacia el misterioso país del más allá. Al final, lejos de su hogar, exiliado de su Amor, partió hacia el Sagrado Umbral de Bahá'u'lláh.

Era verdaderamente un hombre abnegado y apacible; un hombre de buen carácter, buenos actos y palabras bondadosas. Saludos y alabanza sean sobre él, y la Gloria del Todoglorioso. Su tumba, de suave fragancia, está en Damasco.

'Alí Najaf-Ábádí

TAMBIÉN entre los emigrantes y más allegados estaba Áqá 'Alí Najaf-Ábádí. Cuando este joven espiritual escuchó por primera vez la Llamada de Dios llevó sus labios hacia la copa sagrada y contempló la gloria de Aquel que habló en el Monte. Y cuando, por gracia de la Luz, alcanzó el verdadero Conocimiento, hizo el viaje

hasta la Más Grande Prisión, donde reconoció la sustancia del conocimiento mismo, y llegó a la elevada posición de la Verdad indudable.

Permaneció mucho tiempo en la sagrada ciudad y sus cercanías; se convirtió en el conocido Habíbu'lláh el Mercader, y pasó sus días confiando en Dios, en súplica y oración. Era un hombre manso, tranquilo, resignado, constante; en todas las cosas era agradable, digno de alabanza. Se ganó la aprobación de todos los amigos y fue aceptado y bienvenido ante el Sagrado Umbral. Durante sus últimos días, cuando sintió que le estaba reservado un final feliz, se presentó de nuevo en la ciudad santa de la Más Grande Prisión. A su llegada se sintió enfermo, se debilitó, y pasó las horas suplicando a Dios. El aliento de vida cesó en él, las puertas de la huida al Reino supremo se abrieron de par en par, apartó sus ojos de este mundo del polvo y marchó adelante hacia el Lugar Sagrado.

'Alí Najaf-Ábádí era tierno y sensible de corazón, en todo momento consciente de Dios y pendiente de recordarle. Hacia el fin de su vida era desprendido, sin mancha, y libre del contagio de este mundo. Dulcemente renunció a su rincón de esta tierra e instaló su tienda en el Dominio del más allá. Que Dios envíe sobre él los puros aromas del perdón, ilumine sus ojos con la contemplación de la Divina Belleza en el Reino de los Esplendores, y refresque su espíritu con los vientos perfumados de almizcle que soplan desde el Reino de Abhá. Sobre él sean salutación y alabanza. Su polvo agradable y santo yace en 'Akká.

Mashhadí Æusayn y Mashhadí Muḩammad-i-Ádhirbáyjání

MASHHADÍ Husayn y Mashhadí Muhammad eran los dos de la provincia de Ádhirbáyján. Eran almas puras que dieron el gran paso estando en su propio país: se liberaron tanto de amigos como de extraños, escaparon de las supersticiones que les habían cegado anteriormente, fortalecieron su resolución y se inclinaron ante la gracia de Dios, el Señor de la Vida. Eran almas benditas, leales, inmaculadas en su fe; evanescentes, sumisas, pobres, contentas con la Voluntad de Dios, enamoradas de su Luz de guía, llenas de regocijo por el gran Mensaje. Abandonaron su

provincia y viajaron a Adrianópolis. Aquí, al lado de la ciudad santa, vivieron durante algún tiempo en la aldea de Qumruq-Kilísá. De día suplicaban a Dios y comulgaban con Él; de noche, lloraban, gimiendo por la dolorosa condición de Aquel a Quien el mundo ha agraviado.

Cuando tuvo lugar el exilio a 'Akká, no se encontraban en la ciudad y por ello no fueron arrestados. Con el corazón oprimido, continuaron en aquella zona, vertiendo sus lágrimas. Cuando obtuvieron información segura de 'Akká, dejaron Rumelia y vinieron aquí; dos almas excelentes, leales siervos de la Bendita Belleza. Es imposible decir cuán translúcidos eran de corazón, cuán firmes en su fe.

Vivían fuera de 'Akká, en Bágh-i-Firdaws, trabajaban en el campo y pasaban los días dando gracias a Dios porque una vez más habían logrado llegar a las cercanías de la gracia y el amor. Pero eran nativos de Ádhirbáyján, acostumbrados al frío, y no podían soportar el calor local. Por añadidura, esto sucedía durante nuestros primeros días en 'Akká, cuando el aire era nocivo, y el agua insalubre en extremo. Ambos cayeron enfermos con fiebres altas y crónicas. Lo soportaron animosos, con asombrosa paciencia. Durante sus días de enfermedad, a pesar de los ataques de fiebre, la violencia de su mal, la sed ardiente y el desasosiego, permanecieron en paz interiormente, regocijándose por las divinas Buenas Nuevas. Y en un momento en el que estaban ofreciendo gracias de todo corazón, partieron velozmente de este mundo y entraron en el otro; escaparon de esta jaula y fueron liberados en el Jardín de la Inmortalidad. Sea sobre ellos la Misericordia de Dios, y que Él esté satisfecho de ellos. Sobre ellos sean saluciones y alabanza. Que Dios les conduzca al Reino que permanece para siempre, para que se deleiten en la reunión con Él; para que disfruten en el Reino de los Esplendores. Sus dos luminosas tumbas están en 'Akká.

Hájí 'Abdu'r-Rahím-i-Yazdí

HÁJÍ 'ABDU'R-RAHÍM de Yazd era un alma preciosa, desde sus primeros años virtuoso y temeroso de Dios, y conocido entre la gente como un hombre santo, sin

par en la observancia de sus deberes religiosos y consciente de sus actos. Su firme fe religiosa era un hecho incuestionable. Servía y adoraba a Dios día y noche, era sensato, apacible, compasivo, un amigo leal.

Como estaba completamente preparado, en el mismo momento en que escuchó la llamada desde el Supremo Horizonte, no bien oyó el retumbar de "*¿No soy Yo tu Señor?*", instantáneamente gritó: "¡Sí, verdaderamente!" Con todo su ser se enamoró de los esplendores derramados por la Luz del Mundo. Abierta y audazmente empezó a confirmar a su familia y amigos. En seguida este hecho se difundió por toda la ciudad; a los ojos de los malvados 'ulamás, era ahora objeto de odio y desprecio. Despertó su ira y fue desdeñado por aquellos que eran criaturas de sus bajas pasiones. Le importunaron y acosaron; los habitantes creaban tumulto, y los malvados 'ulamás tramaban su muerte. Las autoridades del Gobierno se volvieron también contra él, fueron en su captura y llegaron incluso a torturarlo. Le golpearon con palos, y le azotaron. Todo esto continuó día y noche, durante un cierto tiempo.

Entonces fue obligado a abandonar su hogar y salir de la ciudad, como un vagabundo, subiendo las montañas, cruzando a través de las llanuras, hasta que llegó a la Tierra Santa. Pero se encontraba tan débil y tan extenuado que cualquiera que le veía pensaba que estaba exhalando su último suspiro; cuando llegó a Haifa, Nabíl de Qá'in fue a toda prisa a 'Akká y me expresó su deseo de que hiciera llamar en seguida al Hájí, porque estaba agonizando de muerte y se debilitaba rápidamente.

"Déjeme ir a la Mansión", dije, "para pedir el permiso."

"Tardaría demasiado", dijo él. "Y entonces 'Abdu'r-Rahím nunca vería 'Akká. Ansío que él pueda tener esta bendición; que tan sólo vea 'Akká, y luego muera. ¡Os lo suplico, envidad por él inmediatamente!"

Cumpliendo con su deseo, hice llamar a 'Abdu'r-Rahím. Cuando vino, apenas pude detectar en él un soplo de vida. En algunos momentos abría los ojos, pero no decía palabra. Sin embargo, los dulces aromas de la Más Grande Prisión restauraron la chispa de la vida, y su anhelo de ver a Bahá'u'lláh le infundió vida de nuevo. Le visité a la mañana siguiente y le encontré animado y recuperado. Pidió permiso para ponerse al servicio de Bahá'u'lláh. "Depende", respondí, "de si Él le concede permiso. Si Dios quiere, será distinguido con este acariciado don."

Unos días más tarde llegó el permiso, y él se apresuró a Presencia de Bahá'u'lláh. Cuando 'Abdu'r-Rahím entró allí, le fue insuflado el Espíritu de vida. A su regreso, era evidente que este Hájí se había convertido en un Hájí totalmente diferente: Estaba rebosante de salud. Nabíl se quedó estupefacto, y dijo: "¡Cuán vivificante es, para el verdadero creyente, el aire de esta prisión!"

Durante un tiempo, 'Abdu'r-Rahím vivió próximo a nosotros. Pasaba el tiempo recordando y alabando a Dios; cantaba oraciones, y cumplía cuidadosamente sus deberes religiosos. Por esta razón veía a poca gente. Este siervo prestó atención especial a sus necesidades, y pidió que se le diera una dieta ligera. Pero todo llegó a su fin con la Suprema Aflicción, la ascensión de Bahá'u'lláh. Entonces fue el tiempo de la angustia y del resonar de fuertes llantos. Ardiéndole el corazón, lloviendo lágrimas de sus ojos, luchaba con sus pocas fuerzas por seguir adelante; así fueron pasando los días, y siempre anhelaba hallar la salida de este montón de basura que es el mundo. Al fin se liberó del tormento de aquella pérdida, marchó apresuradamente hacia el Reino de Dios, y llegó a la asamblea del divino Esplendor en el Reino de las Luces.

Sobre él sean saluciones y alabanza, y misericordia inefable. Que Dios derrame sobre su lugar de reposo rayos provenientes del Reino misterioso.

Hájí 'Abdu'lláh Najáf-Ábádí

TAN PRONTO como se convirtió a la Fe, Hájí 'Abdu'lláh dejó su Persia natal, fue raudo a la Tierra Santa y, bajo la gracia protectora de Bahá'u'lláh, encontró la paz de corazón. Era un hombre lleno de confianza, constante y firme; seguro de las múltiples bendiciones de Dios; de una disposición y carácter excelentes.

Pasó los días en amistosa asociación con los demás creyentes. Después, durante un tiempo fue a Ghawr, cerca de Tiberíades, donde trabajó en el campo, ocupado en la labranza del suelo y también dedicando buena parte de su tiempo a suplicar y comulgar con Dios. Era un hombre excelente, noble e inmaculado.

Más tarde regresó de Ghawr, se estableció cerca de Bahá'u'lláh en Junayna, y acudió a menudo a Su Presencia. Sus ojos estaban fijos en el Reino de Abhá; a veces vertía lágrimas y gemía, luego otra vez sentía regocijo, contento por haber alcanzado su deseo supremo. Estaba completamente desligado de todo menos de Dios, feliz en la gracia de Dios. Solía mantenerse en vigilia la mayor parte de la noche, permaneciendo en estado de oración. Entonces llegó la muerte a la hora designada y ascendió bajo la sombra protectora de Bahá'u'lláh, partió aprisa de este mundo de polvo hacia el elevado Firmamento y se remontó a las alturas hacia la Tierra Secreta. Sobre él sean saluciones, misericordia y alabanza, cerca de su exaltado Señor.

Muhammad-Hadíy-i-Sahháf

Y OTRO MÁS de entre los que emigraron y vinieron a establecerse cerca de Bahá'u'lláh fue el encuadernador Muhammad-Hadí. Este hombre notable era de Isfáhán, y como encuadernador e iluminador de libros no tenía igual. Cuando se entregó al amor de Dios estaba alerta en el sendero y libre de temores. Abandonó su hogar y empezó un viaje terrible, pasando de un país a otro con extremas penalidades hasta que llegó a Tierra Santa y se convirtió en prisionero. Se apostó él mismo junto al Sagrado Umbral, barriéndolo cuidadosamente y haciendo guardia. Gracias a sus constantes esfuerzos, la plaza que se encontraba delante de la casa de Bahá'u'lláh estaba siempre barrida, regada e inmaculada.

Bahá'u'lláh a menudo observaba aquel trozo de tierra y entonces sonreía y decía: "Muhammad-Hadí ha convertido la plaza de delante de Nuestra prisión en la cámara nupcial de un palacio. Ha sido fuente de satisfacción para todos los vecinos y se ha ganado su agradecimiento."

Cuando terminaba de barrer, regar y arreglarlo todo, se ponía a trabajar en la iluminación y encuadernación de los diversos libros y Tablas. Así iban pasando los días, con el corazón contento por estar en la Presencia del Bienamado de la

humanidad. Era un alma excelente, recta, veraz, digna de la bendición de estar unida a su Señor, y libre del contagio del mundo.

Un día se presentó ante mí y se quejó de una dolencia crónica. "Llevo dos años con fiebres y escalofríos", dijo. "Los médicos me han recetado un purgante y quinina. La fiebre se va durante unos días; después vuelve. Me dan más quinina, pero la fiebre vuelve otra vez. Estoy hastiado de esta vida, y ya no soy capaz de hacer mi trabajo. ¡Sálveme!"

"¿Qué comida es la que más disfrutarías?", le pregunté. "¿Qué comerías con gran apetito?"

"No sé", me dijo.

En tono de broma, fui nombrando los distintos platos. Cuando llegué a la sopa de cebada con suero (ásh-i-kashk), dijo: "¡Buenísima! Pero siempre que lleve ajo cocido."

Mandé que se lo prepararan, y me marché. Al día siguiente se presentó y me dijo: "Me tomé todo un tazón de sopa. Luego eché la cabeza sobre la almohada y me dormí plácidamente hasta esta mañana."

Para resumir, a partir de entonces se encontró perfectamente bien durante unos dos años.

Un día vino a mí un creyente y me dijo: "Muhammad-Hádí está ardiendo de fiebre." Fui corriendo a su lado y le encontré con una fiebre de 42° centígrados. Apenas estaba consciente. "¿Qué ha hecho?", pregunté. "Cuando le entró la fiebre", fue la respuesta, "dijo que sabía por experiencia lo que tenía que hacer. Entonces se tomó su ración de sopa de cebada con suero y ajo cocido, y éste fue el resultado."

Me quedé impresionado por los manejos del destino. Les dije: "Como hace dos años, había estado purgándose intensivamente y su organismo estaba limpio; debido a que le apetecía de veras tomarlo, y puesto que su dolencia era fiebre con escalofríos, le receté la sopa de cebada. Pero esta vez, con todas las comidas diferentes que se ha tomado, sin apetito, y especialmente con una fiebre alta, no había razón para diagnosticar el estado crónico anterior. ¡Cómo pudo tomarse la sopa!" Ellos contestaron: "Fue el destino." Las cosas habían ido demasiado lejos; Muhammad-Hádí ya no tenía remedio.

Era un hombre de baja estatura y de elevada posición y mente. Su corazón era puro; su alma, luminosa. Durante todos aquellos días en los que sirvió al Sagrado Umbral, era querido por los amigos y favorecido por Dios. De vez en cuando, con una sonrisa en los labios, la Bendita Belleza hablaba con él, expresándole amabilidad y gracia.

Muhammad-Hádí fue siempre leal, y para él todo lo que no fuera la complacencia de Dios era ficción y fábula, nada más. Bendito sea por este don a él concedido, buenas nuevas para él por el lugar al que será conducido; que le haga bien esta Copa de Vino atemperada en la fuente de alcanfor, y que todos sus esfuerzos le sean reconocidos y sean aceptados por Dios.³⁶

Mírzá Muhammad-Qulí

Jináb-i-Mírzá Muhammad-Qulí³⁷ era un leal hermano de la Bendita Belleza. Este gran hombre fue conocido incluso desde su infancia por su nobleza de alma. Era un recién nacido cuando su distinguido padre falleció, y fue así que desde el principio al fin de sus días pasó su vida en los brazos protectores de Bahá'u'lláh. Estaba desapegado de todo pensamiento egoísta y evitaba la mención de cualquier cosa excepto lo que se refiriera a la Sagrada Causa. Fue criado en Persia bajo el cuidado de Bahá'u'lláh, y también en 'Iráq, favorecido especialmente por Él. En presencia de Bahá'u'lláh era él el que servía el té; y él atendía a su Hermano en todo momento, de día y de noche. Siempre estaba callado. Siempre se asió firmemente a la Alianza de "¿No soy Yo tu Señor?" Le rodeaban la amorosa bondad y la munificencia; día y noche tenía acceso a la Presencia de Bahá'u'lláh; era, invariablemente, paciente y abnegado, hasta que al fin alcanzó las cumbres mismas del favor y aceptación divinos.

Fue siempre fiel a su propia forma de ser. Viajó en compañía de Bahá'u'lláh; desde 'Iráq hasta Constantinopla estuvo en el convoy, y en las paradas era tarea suya levantar las tiendas. Servía con la mayor diligencia, y no conocía el significado del

letargo o la fatiga. En Constantinopla asimismo, y más adelante en la Tierra del Misterio, Adrianópolis, continuó igual, en aquella misma invariable condición.

Junto a su incomparable Señor, fue entonces exiliado a la fortaleza de 'Akká, condenado por orden del Sultán a ser encarcelado para siempre.³⁸ Pero él aceptó con el mismo espíritu todo lo que le sobrevino en su camino: la comodidad y el tormento, los sufrimientos y los momentos de alivio, la enfermedad y la salud; elocuentemente, daba gracias a la Bendita Belleza por Sus bendiciones, pronunciando alabanzas con un corazón sincero y un rostro que brillaba como el sol. Cada mañana y cada tarde atendía a Bahá'u'lláh, deleitándose en Su Presencia y sostenido por ella, y la mayor parte del tiempo permanecía callado.

Cuando el Bienamado de toda la humanidad ascendió al Reino de los Esplendores, Mírzá Muhammad-Qulí se mantuvo firme en a la Alianza, esquivando las astucias, la malicia y la hipocresía que aparecieron entonces, dedicándose enteramente a Dios, suplicando y orando. A quienes estaban dispuestos a escuchar les daba sabios consejos; y rememoraba los días de la Bendita Belleza y se lamentaba del hecho de que él siguiera viviendo. Tras la partida de Bahá'u'lláh nada fue ya grato para él; nunca buscaba la compañía de otros, sino que permanecía solo la mayor parte del tiempo, en su pequeño refugio, ardiendo con el fuego de la separación. Día a día fue encontrándose cada vez más débil, más imposibilitado, hasta que al fin se remontó a las alturas hacia el mundo de Dios. Sobre él sea la paz; sobre él sean alabanza y misericordia, en los jardines del Cielo. Su luminoso sepulcro está en Naqíb, junto al Tiberíades.

Ustád Báqir y Ustád Ahmad

Y ASIMISMO entre aquellos que abandonaron su tierra natal estaban dos carpinteros, Ustád Báqir y Ustád Ahmad. Estos dos eran hermanos, de noble linaje y nativos de Káshán. Desde el momento en que se convirtieron a la Fe cada uno fue un apoyo incondicional para el otro. Escucharon la Voz de Dios, y a Su Llamada de "¿No soy Yo tu Señor?" replicaron: "¡Sí, verdaderamente!"

Durante un tiempo permanecieron en su propio país ocupados en recordar a Dios, caracterizándose por su fe y conocimiento, siendo igualmente respetados por amigos y extraños, de todos conocidos por su rectitud y honestidad, y por su austeridad de vida y temor de Dios. Cuando el opresor alzó su mano contra ellos y les atormentó más allá de lo que es posible soportar, emigraron a 'Iráq, al cuidado protector de Bahá'u'lláh. Eran dos almas sumamente benditas. Permanecieron un tiempo en 'Iráq orando con toda humildad y suplicando a Dios.

Entonces Ustád Ahmad partió hacia Adrianópolis, mientras que Ustád Báqir se quedó en 'Iráq y fue llevado como prisionero a Mosul. Ustád Ahmad siguió junto al grupo que iba con Bahá'u'lláh hasta la Más Grande Prisión, y Ustád Báqir emigró de Mosul a 'Akká. Los dos hermanos estuvieron bajo la protección de Dios y libres de cualquier lazo terrenal. En la prisión trabajaban en su oficio, ocupándose de sus asuntos, apartados tanto de amigos como de extraños. Tranquilos, dignos, seguros, fuertes en su fe y cobijados por el Todomisericordioso, pasaban felizmente sus días. Ustád Báqir fue el primero en morir, y un tiempo después su hermano le siguió.

Los dos eran creyentes firmes, leales, pacientes, agradecidos en todas las ocasiones, en todo momento suplicando a Dios con humildad, con los rostros vueltos en dirección a Él. Durante aquella larga estancia en la prisión jamás descuidaron un deber, nunca fallaron. Estaban constantemente alegres, pues habían bebido profusamente de la Copa sagrada; y cuando se remontaron hacia lo Alto, fuera del mundo, los amigos lloraron por ellos y pidieron que, por la gracia de Bahá'u'lláh, fueran favorecidos y perdonados. Ambos fueron rodeados por la Munificencia y sostenidos por la Divinidad, y la Bendita Belleza estaba sumamente contenta con los dos; con esta provisión para su viaje, partieron hacia el mundo venidero. Sobre ellos sea la Gloria de Dios, el Todoglorioso; y dispóngase para cada uno de ellos, en el Reino de los Esplendores, una morada de la Verdad.³⁹

Muhammad Haná-Sáb

ESTE HOMBRE de dignidad y rango, Áqá Muhammad, fue otro más entre aquellos que abandonaron su hogar, y uno de los primeros creyentes. Desde el despuntar del alba fue generalmente conocido como un amante de la Más Grande Luz. Estaba entonces en Isfáhán, y cerró los ojos a este mundo, y también al venidero,⁴⁰ y los abrió a la belleza de Aquel Quien es la encarnación de todo lo que es digno de amor.⁴¹

Áqá Muhammad ya no podía hallar descanso, pues había sido vivificado por los hálitos almizclados de Dios; su corazón estaba encendido, inhalaba la Fragancia sagrada, tenía un ojo para ver, un oído para escuchar. Guió a algunas almas, manteniéndose veraz y leal a la gran Causa. Soportó persecuciones y tormentos horribles, pero no vaciló. Entonces halló favor a los ojos del Rey de los Mártires y se convirtió en un asistente de confianza del Amado de los mártires,⁴² sirviéndole durante algunos años. Fue confirmado en su trabajo, de manera que en muchas ocasiones el Rey de los mártires expresaba su satisfacción con él, diciendo: "Este hombre es una de esas almas que están en paz, está verdaderamente complacido con su Señor, y su Señor con Él.⁴³ Su fe es pura, ama a Dios, tiene buen carácter y lleva una vida honrada. Es también un compañero agradable y elocuente."

Después de que dieran muerte al Rey de los mártires, Áqá Muhammad permaneció un tiempo en Isfáhán, consumiéndose en lamentaciones por él. Finalmente emigró a la Más Grande Prisión, donde fue recibido por Bahá'u'lláh, y alcanzó el elevado honor de barrer el suelo que rodeaba el Umbral. Era paciente, abnegado, un amigo y compañero verdadero. Luego, la Suprema Aflicción se cernió sobre nosotros y Áqá Muhammad se llenó de tal angustia que no fue capaz de descansar ni un momento. Cada amanecer se levantaba y barría el suelo que rodeaba la casa de Bahá'u'lláh, bañados en lágrimas sus ojos, cantando oraciones al tiempo que trabajaba.

¡Qué ser tan santo era, qué hombre tan grande! No pudo aguantar la separación por mucho tiempo; murió y marchó a toda prisa hacia el mundo de las Luces, hacia la asamblea donde la Belleza de Dios está desvelada. Que Dios derrame sobre su sepulcro rayos del Reino del perdón, y acune su espíritu en el corazón del Paraíso. Que Dios exalte su posición en los Jardines de lo Alto. Su resplandeciente tumba está en 'Akká.

Hájí Faraju'lláh Tafríshí

Y OTRO MÁS de los que salieron de su tierra natal para vivir en la cercanía de Bahá'u'lláh fue Faraju'lláh de Tafrísh. Este individuo bendito fue, desde su más temprana juventud, sirviente de Bahá'u'lláh, y con su estimado padre, Áqá Lutfu'lláh, emigró de Persia a Adrianópolis. Áqá Lutfu'lláh era un creyente leal, dedicado amorosamente a la Bendita Belleza. Paciente, sufrido, completamente indiferente a este mundo y sus vanidades, vivía contento cerca de Bahá'u'lláh; y entonces, humilde ante el Umbral, con corazón contrito, abandonó esta vida fugaz y se remontó hacia el ilimitado reino del más allá. Su polvo de suave fragancia está en Adrianópolis.

En cuanto a Hájí Farajulláh, siguió viviendo en aquella ciudad hasta el día en que opresores inmisericordes desterraron a Bahá'u'lláh a 'Akká, y en Su compañía el Hájí vino aquí a la Más Grande Prisión. Más adelante, cuando las penalidades dieron paso a la tranquilidad, se dedicó al comercio, convirtiéndose en socio de Muhammad-'Alí de Isfáhán. Durante un tiempo prosperó y fue feliz. Entonces recibió permiso para marcharse, y viajó a la India, donde pasó un largo periodo antes de despegar hacia los Jardines del perdón y entrar dentro de los Recintos de la Merced inefable.

Este siervo de la Bendita Belleza estuvo al lado de los creyentes en sus aflicciones y calamidades, compartiendo su angustia. Los favores de Bahá'u'lláh le rodearon, y él se regocijaba por aquella gracia sin límites. Se contaba entre los compañeros, mantenía una estrecha asociación con los amigos, y tenía un corazón dócil. Aunque su cuerpo era delgado y enfermizo, él era agradecido, lo aceptaba, era paciente, y soportó las pruebas del Sendero de Dios. Sobre él sean saludos y alabanza; que reciba dones y bendiciones del Cielo; sobre él sea la Gloria de Dios, el Todoglorioso. Su puro sepulcro está en Bombay, India.

Áqá Ibráhím-i-Isfáhání y sus hermanos

Y ENTRE AQUELLOS que emigraron y vinieron a establecerse en la Tierra Santa estuvo Áqá Ibráhím, uno de cuatro honorables hermanos: Muhammad-Sádiq, Muhammad-Ibráhím, Áqá Habíbu'lláh y Muhammad-'Alí. Los cuatro vivían en Baghdád con su tío paterno Áqá Muhammad-Ridá, conocido como 'Aríd. Vivían todos en la misma casa y estaban juntos día y noche. Cual pájaros, compartían un mismo nido, y estaban siempre frescos y llenos de gracia, como flores en un macizo.

Cuando la Antigua Belleza llegó a 'Iráq, su casa estaba próxima a la de Él, y así tuvieron el gozo de verle cuando iba y venía. Poco a poco las maneras de aquel Señor de los corazones, lo que hacía y lo que no hacía, y la visión de Su amoroso Rostro, tuvieron su efecto; empezaron a tener sed de la Fe y a buscar Su gracia y favor. Se presentaron ante la puerta de Su casa, como si fuesen flores que estuvieran floreciendo allí, y pronto estuvieron enamorados de la Luz que resplandecía desde Su frente, cautivos de la belleza de aquel querido Compañero. Entonces no necesitaron maestro; por sí mismos vieron a través de los velos que les habían cegado, y alcanzaron el deseo supremo de su corazón.

Como ordenara la Bendita Belleza, Mírzá Javád de Turshíz fue a casa de ellos una noche. Apenas había abierto la boca Mírzá Javád cuando ellos aceptaron la Fe. No dudaron ni por un instante, pues tenían una asombrosa receptividad. Esto es lo que significa el verso coránico: "¡... cuyo aceite casi brillaría aunque el fuego ni lo tocara! Es luz sobre luz."⁴⁴ Es decir, este aceite está tan completamente preparado, tan dispuesto para ser encendido, que casi prende fuego por sí solo, aunque no halla llama alguna en torno a él, lo cual significa que la capacidad para la fe, y el merecerla, pueden ser tan grandes que, sin la comunicación de una sola palabra, la luz se enciende. Así es como ocurrió con estos hombres de corazón puro. En verdad eran leales, firmes y dedicados a Dios.

El hermano mayor, Muhammad-Sádiq, acompañó a Bahá'u'lláh desde 'Iráq a Constantinopla, y de allí a Adrianópolis, donde vivió feliz por un tiempo cerca de su Señor. Era humilde, paciente en los sufrimientos, agradecido; siempre había una

sonrisa en sus labios; era de corazón alegre, y su alma estaba enamorada de Bahá'u'lláh. Más adelante recibió permiso para regresar a 'Iráq, pues su familia estaba allí, y permaneció un tiempo en aquella ciudad soñando y recordando.

Entonces ocurrió una gran calamidad en 'Iráq, y los cuatro hermanos, junto con su tío, fueron hechos prisioneros. Torturados y cautivos, fueron llevados a Mosul. El tío, Áqá Muhammad-Ridá, era un hombre mayor, de mente iluminada, de corazón espiritual, un hombre desligado de todas las cosas mundanas. Había sido extremadamente rico en 'Iráq, disfrutando de placeres y comodidades, pero ahora en Hadbá -Mosul- se convirtió en la víctima más señalada entre los prisioneros, y pasó extrema necesidad. Estaba desposeído, pero se mantuvo digno, paciente, contento y agradecido. Permanecía a solas en un lugar apartado, alabando a Dios día y noche hasta que murió. Entregó su corazón al Amor de su corazón, se escapó de los cepos de este mundo inconstante y ascendió al Reino que perdura para siempre. Que Dios le sumerja en las aguas del perdón, le haga entrar en el jardín de Su compasión y beneplácito, y le mantenga en el Paraíso hasta el fin del tiempo.

En cuanto a Muhammad-Sádiq, fue también, en Mosul, sometido a duras pruebas en el sendero de Dios. También era un alma en paz, complacido con su Señor y su Señor con Él. Al final, también replicó a la voz del Rey de la Gloria: "¡Señor, aquí estoy yo!", y llegó a cumplir los versículos: "Oh tú, alma que estás en paz, regresa a tu Señor complacida con Él y Él contigo. Entra entre Mis siervos; entra Tú en mi Paraíso."⁴⁵

Y Muhammad-'Alí, una vez liberado de su cautividad, fue veloz de Mosul a la Tierra Santa, a los recintos de gracia inextinguible. Aquí vive aún. Aunque sufre penalidades, su corazón se encuentra en paz. En cuanto a su hermano Ibráhím, al que nos referimos anteriormente, también vino desde Mosul a 'Akká, pero a una región cercana. Allí, con paciencia, calma y satisfacción, pero con dificultad, se dedicó al comercio, sollozando, mientras tanto, día y noche por la ascensión de Bahá'u'lláh. Humilde y contrito, con el rostro vuelto hacia los misteriosos Reinos de Dios, fue pasando su vida. Al final, consumido por los años, casi incapaz de moverse, vino a Haifa, donde encontró un rincón del hospicio para viajeros donde poder vivir, y pasó el tiempo acordándose humildemente de Dios, suplicándole y ofreciéndole alabanzas. Poco a poco, desgastado por la edad, su persona comenzó su disolución, y al final se despojó del atuendo de la carne y, con su desvestido espíritu, emprendió el vuelo hacia el reino del Todomisericordioso. Fue

transportado desde esta vida oscura hacia el aire resplandeciente, y se zambulló en un mar de Luces. Que Dios ilumine su sepulcro con rayos que brillen en todas direcciones, y acune su espíritu con las Brisas de la divina Compasión. Sobre él sea la misericordia de Dios, y Su complacencia.

En cuanto a Áqá Habíbu'lláh, también fue hecho cautivo en 'Iráq y desterrado a Mosul. Durante mucho tiempo vivió en aquella ciudad sometido a duras pruebas pero permaneciendo contento y aumentando su fe día a día. Cuando el hambre llegó a Mosul la vida se hizo más dura que nunca para los forasteros, pero recordando a Dios sus corazones estaban en paz,⁴⁶ y sus almas comían del alimento del Cielo. Así lo soportaron todo con increíble paciencia, y la gente se maravillaba de estos extranjeros que vivían entre ellos, que no estaban aterrorizados ni angustiados como los demás, y que continuaban ofreciendo alabanzas día y noche. "¡Qué asombrosa confianza tienen en Dios!", decía la gente.

Habíb era un hombre con una gran reserva de paciencia y un corazón jubiloso. Se acostumbró al exilio y vivió en un estado de amor anhelante. Tras la partida de Baghdád, los prisioneros de Mosul eran constantemente mencionados por Bahá'u'lláh; con relación a ellos, Él expresó Su infinito favor. Unos años más tarde, Habíb se apresuró hacia la misericordia de Dios que todo lo abarca, y encontró nido y refugio en las ramas del Árbol celestial. Allí, en el Paraíso de todas las delicias, con maravillosas canciones, derramó su alabanza al Señor munífico.

Áqá Muhammad-Ibráhím

MUHAMMAD-IBRÁHÍM, que portaba el título de Mansúr -Victorioso-, era calderero y trabajaba el cobre. Este hombre de Dios, uno más entre los emigrantes y colonos, era natural de Káshán. En los primeros días de su juventud reconoció la Luz recién nacida y bebió abundantemente de la Copa sagrada que ha sido "atemperada en la fuente del alcanfor."⁴⁷ Era un hombre de disposición agradable, lleno de vigor y alegría de vivir. Tan pronto como la luz de la fe se encendió en su

corazón, abandonó Káshán, viajó a Baghdád y tuvo el honor de llegar a Presencia de Bahá'u'lláh.

Áqá Muhammad tenía estupendas dotes poéticas y creaba versos como perlas engarzadas. En Zawrá -es decir, Baghdád, la Morada de Paz- tenía relaciones amistosas con amigos y extraños por igual, esforzándose en todo momento por mostrar su amorosa bondad a todos. Trajo a sus hermanos de Persia a Baghdád, y abrió una tienda de artes y oficios, aplicándose en lograr el bienestar de otros. Fue también hecho prisionero y exiliado de Baghdád a Mosul, después de lo cual viajó a Haifa, donde día y noche, sumiso y humilde, cantaba oraciones y súplicas y centraba sus pensamientos en Dios.

Permaneció largo tiempo en Haifa sirviendo allí satisfactoriamente a los creyentes y velando por las necesidades de los viajeros con la mayor humildad y discreción. Se casó en aquella ciudad y fue padre de niños excelentes. Para él cada día era una nueva vida y una nueva alegría, y todo el dinero que ganaba lo gastaba en amigos y extraños. Tras el asesinato del Rey de los Mártires, escribió una elegía para honrar la memoria de aquel creyente que había caído en el campo de la angustia, y recitó su oda en presencia de Bahá'u'lláh; los versos eran en extremo conmovedores, a tal punto que todos los que se encontraban allí vertieron lágrimas y se elevaron voces de dolor.

Áqá Muhammad continuó viviendo su vida elevado en sus intenciones, invariable en su condición interior, con fervor y amor. Entonces dio la bienvenida a la muerte, riendo como una rosa repentinamente abierta, y gritando: "¡Aquí estoy!" Así dejó Haifa, cambiándola por el mundo de lo Alto. De esta estrecha franja de tierra se elevó presuroso hacia el Bienamado, se remontó de este montón de polvo para plantar su tienda en un lugar claro y brillante. Sobre él sean bendiciones y un hogar hermoso.⁴⁸ Que Dios le preserve dentro de Su misericordia; que descanse bajo los tabernáculos del perdón y sea conducido a los jardines del Cielo.

Zaynu'l-'Ábidín Yazdí

UNO DE LOS emigrantes que murió en el camino a Tierra Santa fue Zaynu'l-'Ábidín de Yazd. Cuando, en Manshád, este hombre devoto oyó por primera vez la llamada de Dios, despertó a una vida sin descanso. Una pasión santa le conmovió, su alma fue creada de nuevo. La luz de guía llameaba desde la lámpara de su corazón; el amor de Dios hizo estallar una revolución en el país de su ser interior. Arrastrado por el amor hacia la belleza del Amado, dejó el hogar querido y partió hacia la Tierra Deseada.

Al viajar con sus dos hijos, alegre con la esperanza de la reunión que le aguardaba, se detenía en cada alto, en cada llanura, aldea o caserío para visitar a los amigos. Pero la gran distancia que se extendía ante él se convirtió en un mar de dificultades, y aunque su espíritu ansiaba, su cuerpo se debilitaba y al final enfermó y quedó incapacitado; todo esto sucedió cuando no tenía hogar.

Enfermo como estaba, no renunció al viaje, ni cejó en su resolución; tenía una asombrosa fuerza de voluntad y estaba decidido a seguir adelante; pero la enfermedad empeoraba cada día que pasaba, hasta que al final abrió las alas para encaminarse a la misericordia de Dios, y rindió su alma con su anhelo incumplido.

Aunque ante los ojos de los demás jamás apuró la copa de la reunión, y nunca posó su mirada sobre la belleza de Bahá'u'lláh, aun así él alcanzó el espíritu mismo de la comunión espiritual; es contado como uno de los que alcanzaron la Presencia, y para él ha sido ordenada y fijada la recompensa de quienes llegaron a aquella Presencia. Era un alma impoluta, fiel, devota y veraz. Jamás vivió un solo instante sin rectitud, y su único deseo era adorar a su Señor. Anduvo por los senderos del amor; todos le conocían por su lealtad firme y pura intención. Que Dios llene para él la copa de la reunión en un país hermoso, le haga entrar al Reino imperecedero, y consuele sus ojos con la contemplación de las luces de aquel misterioso Reino.

Hájí Mullá Mihdíy-i-Yazdí

OTRO MÁS de los que dejaron su tierra natal fue Mullá Mihdí de Yazd. Aunque, según todas las apariencias, este hombre excelente no era de la clase de los eruditos, era un experto en el campo de las tradiciones sagradas musulmanas y un intérprete elocuente de los textos transmitidos oralmente. Perseverante en sus devociones, conocido por sus prácticas piadosas y vigilias en comunión con Dios, su corazón estaba iluminado, y era de mente y alma espirituales. Pasaba la mayoría de su tiempo haciendo oración, cumpliendo las oraciones obligatorias, confesando sus faltas y suplicando al Señor. Era uno de los que penetran los misterios, y era un confidente de los justos. Como maestro de la Fe nunca le faltaban palabras, olvidando, mientras enseñaba, toda restricción, vertiendo tradiciones y textos sagrados uno tras otro.

Cuando las noticias sobre él se difundieron por toda la ciudad y en todas partes fue acusado, por mendigos y príncipes por igual, de llevar este nuevo nombre, declaró libremente su adhesión y por este motivo cayó públicamente en desgracia. Entonces se alzaron los malvados 'ulamás de Yazd, promulgando un decreto de que debía morir. Como el mujtahid Mullá Báqir de Ardikán se negó a confirmar la sentencia de aquellos siniestros teólogos, Mullá Mihdí siguió vivo, pero se vio obligado a dejar su tierra natal. Con sus dos hijos, uno el que habría de ser el gran mártir Jináb-i-Varqá, y el otro Jináb-i-Husayn, partió hacia el país de su Bienamado. En cada ciudad y aldea del camino difundió la Fe hábilmente, aduciendo claros argumentos y pruebas, citando e interpretando las tradiciones sagradas y los signos evidentes.⁴⁹ No descansó un momento; por todas partes derramó el attar del amor de Dios, y difundió los dulces hálitos de la santidad. E inspiró a los amigos, haciendo que a su vez ellos se volvieran impacientes por enseñar a otros y por destacar en conocimiento.

Era un alma eminente, con el corazón fijo en la belleza de Dios. Desde el día que fue creado y vino a este mundo, centró todos sus esfuerzos en adquirir gracia para el día en que habría de nacer al mundo venidero.⁵⁰ Su corazón estaba iluminado; su mente era espiritual; su alma, llena de aspiraciones; su destino, el Cielo. En su camino sufrió encarcelamiento; y mientras cruzaba los desiertos y subía y descendía las laderas de las montañas soportó terribles e incontables pruebas. Pero la luz de la fe brillaba desde su frente, y en su pecho ardía el anhelo, y así, lleno de gozo y alegría, traspasó las fronteras hasta que al fin llegó a Beirut. En aquella ciudad, enfermo, inquieto, agotada su paciencia, pasó algunos días. Su ansia

aumentaba, y su agitación era tal que, débil y enfermo como estaba, no pudo esperar más.

Partió a pie hacia la casa de Bahá'u'lláh. Como carecía de zapatos adecuados para el viaje, sus pies se llenaron de cardenales y heridas; su enfermedad empeoró; apenas podía moverse, pero aun así siguió adelante; de algún modo llegó a la aldea de Mazra'ih, y aquí, al lado de la Mansión, murió. Su corazón halló a su Bienamado, cuando ya no podía soportar más la separación. Que su historia sea una advertencia para los amantes; que sepan cómo él se jugó la vida y la perdió por su ansia de la Luz del Mundo. Que Dios le dé de beber de una copa rebotante en los Jardines imperecederos; en la Suprema Asamblea, que Dios derrame sobre su rostro rayos de luz. Sobre él sea la Gloria del Señor. Su santificada tumba está en Mazra'ih, al lado de 'Akká.

Su Eminencia Kalím (Mírzá Músá)

JINÁB-I-MÍRZÁ MÚSÁ fue el verdadero hermano de Bahá'u'lláh. Desde su más tierna infancia fue criado bajo el abrazo protector del Más Grande Nombre. Bebió del amor de Dios con la leche de su madre; cuando aún era un lactante, mostró una atracción extraordinaria hacia la Bendita Belleza. En todo momento fue objeto de la gracia divina, de su favor y amorosa bondad. Después de morir su distinguido padre, Mírzá Músá fue educado por Bahá'u'lláh, creciendo hasta su madurez dentro del refugio de su cuidado. Día a día, la devoción y disposición del joven para servir se incrementaban. En todos los aspectos vivía según los mandatos, y estaba completamente apartado de cualquier pensamiento de este mundo.

Como una lámpara brillante, resplandecía en aquella Casa. No deseaba rango ni ministerio, ni tenía objetivos mundanos en lo más mínimo. Su único deseo supremo era servir a Bahá'u'lláh, y por esta razón nunca se separaba de la presencia de su Hermano. Cualesquiera que fueran los tormentos que los demás infligieran, su lealtad igualaba la crueldad del resto, pues había bebido del vino del amor no adulterado.

Entonces se oyó la voz clamando desde Shíráz, y por una sola declaración de Bahá'u'lláh su corazón se llenó de luz, y de una sola ráfaga que sopló sobre los jardines de la fe él captó la fragancia. Inmediatamente empezó a servir a los amigos. Tenía un afecto extraordinario por mí, y en todo momento estaba preocupado por mi bienestar. En Teherán se ocupaba día y noche de la propagación de la Fe y gradualmente llegó a ser conocido por todos; habitualmente pasaba el tiempo en compañía de almas benditas.

Bahá'u'lláh dejó entonces Teherán, viajando a 'Iráq, y de entre Sus hermanos los dos que le acompañaron fueron Áqáy-i-Kalím⁵¹ y Mírzá Muhammad-Qulí. Ellos apartaron su rostro de Persia y los persas, y cerraron sus ojos a la comodidad y la paz; en el sendero del Amado escogieron de todo corazón soportar cualquier calamidad que les cayera en suerte.

Así llegaron a 'Iráq. Durante los días en que Bahá'u'lláh había desaparecido de su vista, es decir, cuando estuvo de viaje en Kurdistán, Áqáy-i-Kalím vivía al borde del abismo; su vida estaba en constante peligro, y cada día que pasaba era peor que el anterior; aun así, él lo soportó todo, y no temió nada. Cuando al fin la Bendita Belleza regresó de Kurdistán, Áqáy-i-Kalím volvió a ocupar su puesto junto al Umbral Sagrado, prestando cualquier servicio que estuviera a su alcance. Debido a esto su fama se extendió por todas partes. En el tiempo en que Bahá'u'lláh abandonó Baghdád para ir a Constantinopla, Áqáy-i-Kalím estuvo con Él y continuó sirviendo durante el camino, al igual que haría en el viaje posterior de Constantinopla a Adrianópolis.

Fue durante la estancia en esta última ciudad cuando detectó en Mírzá Yahyá el olor de la rebelión. Día y noche trató de que rectificara, pero todo fue inútil. Al contrario, fue sorprendente cómo, al igual que un veneno mortal, las tentaciones y sugerencias satánicas de Siyyid Muhammad influyeron sobre Mírzá Yahyá, de modo que Áqáy-i-Kalím abandonó finalmente toda esperanza. Incluso entonces no dejó de intentarlo, pensando que quizá, de alguna manera, podría detener la tempestad y rescatar a Mírzá Yahyá del abismo. Su corazón estaba destrozado por la desesperación y la pena. Intentó todo lo que sabía. Al final tuvo que admitir la verdad de estas palabras de Saná'í:

Si a un tonto ofrecerías mi conocimiento,

o piensas que pudieran mis secretos contarse
a quien no es sabio,
entonces ve ante el sordo con un arpa y canta,
o pon a quien es ciego
un espejo ante sus ojos.

Cuando desapareció toda esperanza, terminó con la relación, diciendo: "Oh hermano mío, si otros tienen dudas sobre este asunto, tú y yo sabemos la verdad. ¿Has olvidado la amorosa bondad de Bahá'u'lláh, y cómo Él nos enseñó a los dos? Qué cuidado puso en tus clases y tu escritura; cómo constantemente velaba por tu ortografía y redacción, y te estimulaba a practicar los diferentes estilos de caligrafía; incluso guiaba tu mano al copiar con Sus propios dedos benditos. Quién no sabe cómo derramó favores sobre ti, cómo te crió dentro del refugio de Su regazo. ¿Es éste tu agradecimiento por toda Su ternura, que tú conspires con Siyyid Muhammad y desertes del abrigo de Bahá'u'lláh? ¿Es ésta tu lealtad? ¿Es éste el pago debido por todo Su amor?" Las palabras no tuvieron efecto ninguno; al contrario, cada día que pasaba, Mírzá Yahyá iba dejando ver en mayor medida sus ocultas intenciones. Entonces, al fin, tuvo lugar la ruptura final.

Desde Adrianópolis, Áqáy-i-Kalím siguió con el convoy de Bahá'u'lláh hasta la fortaleza de 'Akká. Su nombre fue anotado específicamente en el decreto del Sultán, y fue condenado a destierro perpetuo.⁵² En la Más Grande Prisión dedicó todo el tiempo a servir a Bahá'u'lláh, y tuvo el honor de estar continuamente en presencia de su Hermano, gozando también de la compañía de los creyentes; hasta que al fin abandonó este mundo de polvo y se dirigió presuroso al sagrado mundo de lo Alto, muriendo con humildad y contrición, mientras suplicaba a su Señor.

Sucedió que durante el periodo de Baghdád, el conocido Ílkhání, hijo de Músá Khán-i-Qazvíní, obtuvo por medio de Siyyid Javád-i-Tabátabá'í una audiencia con Bahá'u'lláh. Siyyid Javád en aquella ocasión hizo una petición en nombre del Ílkhání, diciendo: "Este Ílkhání, 'Alí-Qulí Khán, aunque pecador y siervo de sus pasiones de por vida, se ha arrepentido ahora. Se presenta ante Vos lamentando su anterior proceder, y a partir de este momento no hará, ni por un instante, nada que

podiera ser contrario a Vuestra complacencia. Os suplico aceptéis su arrepentimiento y le hagáis el objeto de Vuestra gracia y favor."

Bahá'u'lláh replicó: "Ya que os ha escogido como intercesor, Yo ocultaré sus pecados, y haré lo necesario para que reciba consuelo y tranquilidad de espíritu."

El Ílkhání había sido un hombre de riqueza sin límite, pero lo había derrochado todo siguiendo los deseos de la carne. Ahora se encontraba en la miseria, hasta el punto de que ni se atrevía a poner el pie fuera de casa, pues los acreedores estaban esperando para caer sobre él. Bahá'u'lláh le mandó ir a 'Umar Páshá, el Gobernador de Damasco, y obtener de él una carta de recomendación para Constantinopla. El Ílkhání lo hizo, y recibió todo tipo de ayuda del Gobernador de Baghdád. Después de estar totalmente desesperado, comenzó a tener esperanza de nuevo, y partió hacia Constantinopla. Cuando llegó a Díyárbakr⁵³ escribió una carta en nombre de dos mercaderes armenios. "Estos dos están a punto de partir hacia Baghdád", decía su carta. "Me han mostrado la mayor cortesía, y también me han pedido que les haga una presentación. No tenía refugio ni abrigo salvo Vuestra generosidad; así pues, os suplico que les mostréis favor." La inscripción, es decir, la dirección que había escrito en el sobre, era: "A Su Eminencia Bahá'u'lláh, Líder de los Bábís." Los mercaderes presentaron esta carta a Bahá'u'lláh en la entrada del puente, y cuando Bahá'u'lláh preguntó sobre ella, su respuesta fue: "En Díyárbakr, el Ílkhání nos dio información sobre esta Causa." Entonces Le acompañaron a Su casa.

Cuando la Bendita Belleza entró en los apartamentos de la familia, Áqáy-i-Kalím estaba allí para recibirle. Bahá'u'lláh exclamó: "¡Kalím, Kalím! La fama de la Causa de Dios ha llegado nada menos que hasta Díyárbakr!" Y estaba sonriente, jubiloso.

Mírzá Músá fue en verdad un verdadero hermano para la Bendita Belleza; por esta razón permaneció firme, en todas las condiciones, hasta el final. Sobre él sean alabanza y saluciones, y el hálito de vida, y gloria; sobre él sean misericordia y gracia.

Hájí Muhammad Khán

OTRO DE aquellos que abandonaron sus hogares y vinieron a establecerse en la cercanía de Bahá'u'lláh fue Hájí Muhammad Khán. Este hombre distinguido, nativo de Sístán, era un Balúch. Cuando era muy joven, prendió el fuego en él y se convirtió en un místico, un 'áríf, o adepto. Como un derviche errante, completamente olvidado de sí, marchó de su casa y, siguiendo la regla de los derviches, viajó por aquí y por allá en busca de su murshid, su líder perfecto. Pues él anhelaba, como dirían los derviches Qalandar, descubrir a aquel "sacerdote de los Magos", o guía espiritual.

Siguió su búsqueda por todas partes. Hablaba con todo aquel que encontraba en su camino. Pero lo que ansiaba era la suave fragancia del amor de Dios, y esto no pudo detectarlo en nadie, ya fuera un gnóstico o un filósofo, o un miembro de la secta Shaykhí. Todo lo que pudo ver en los derviches fueron sus barbas largas y puntiagudas y su religión de manos extendidas y mendicidad. Eran "derviches" - pobres en todo lo que no fuera Dios- sólo de nombre; lo único que les importaba, le parecía, era lo que les cayera en sus manos. Tampoco entre los Illuminati halló iluminación; no escuchó de ellos otra cosa más que ociosas discusiones. Observó que su grandilocuencia no era elocuencia y que sus sutilezas no eran más que pomposas figuras retóricas. No se encontraba allí la Verdad; la esencia de los significados ocultos estaba ausente. Pues la verdadera filosofía es aquella que produce recompensas de excelencia, y entre estos hombres ilustrados no había forma de encontrar tal fruto; en la cumbre de sus logros, se convirtieron en esclavos del vicio, llevaban una vida despreocupada y se entregaban a características personales merecedoras de censura. Para él, estaban privados de todo lo que constituye la cualidad más elevada que distingue a los seres humanos.

En cuanto al grupo de los Shaykhíes, su esencia se había perdido, sólo quedaban los posos; la sustancia que había en ellos había desaparecido, dejando sólo la cáscara; la mayor parte de su dialéctica ya era inservible y superflua para aquel entonces.

Así fue que en el mismo momento en que oyó la llamada desde el Reino de Dios, él gritó: "¡Sí, verdaderamente!", y voló como el viento del desierto. Viajó recorriendo largas distancias, llegó a la Más Grande Prisión y alcanzó la Presencia de Bahá'u'lláh. Cuando sus ojos se posaron sobre aquel radiante Semblante quedó

cautivado al instante. Regresó a Persia para poder encontrarse con aquellas personas que profesaban estar siguiendo el Sendero, aquellos amigos de días pasados que estaban buscando la Verdad, y obrar con ellos como su lealtad y deber requerían.

Tanto a la ida como a su regreso, el Hájí se presentó ante cada uno de sus amigos, se reunió con ellos e hizo saber a cada uno de ellos la nueva canción venida del Cielo. Llegó a su tierra natal y puso en orden los asuntos de su familia, ocupándose de todos, velando por la seguridad, felicidad y comodidad de cada uno de ellos. Después de esto, se despidió de todos. A sus parientes, su mujer, sus hijos, a los suyos, él les dijo: "Ya no me busquéis más; no esperéis mi regreso."

Tomó un bastón y caminó sin rumbo; fue por las montañas y cruzó las llanuras, buscando y hallando a los místicos, sus amigos. En su primer viaje, fue adonde el difunto Mírzá Yúsuf Khán (Mustawfíyu'l-Mamálik), en Teherán. Cuando acabó lo que quería decir, Yúsuf Khán expresó un deseo, y declaró que si éste se cumpliera, él creería; el deseo era que se le diera un hijo. Si fuera suya tal bendición, Yúsuf Khán sería conquistado. El Hájí transmitió esto a Bahá'u'lláh, y recibió una firme promesa en respuesta. Por consiguiente, cuando el Hájí se encontró con Yúsuf Khán en su segundo viaje, le encontró con un niño en sus brazos. "Mírzá", exclamó el Hájí, "¡alabado sea Dios! Vuestra prueba ha demostrado la Verdad. Atrapaste el pájaro de tus deseos." "Sí", respondió Yúsuf Khán, "la prueba es clara. Estoy convencido. Este año, cuando vayas ante Bahá'u'lláh, di que imploro Su gracia y favor para este niño, para que pueda ser mantenido a salvo bajo el cuidado protector de Dios."

Hájí Muhammad fue entonces ante el bienaventurado futuro mártir, el Rey de los Mártires, y le pidió que intercediera, para que se le permitiera a él, el Hájí, ser el guardián del portal de Bahá'u'lláh. El Rey de los Mártires envió esta petición por carta, después de lo cual Hájí Khán llegó, en efecto, a la Más Grande Prisión y estableció su hogar en la cercanía de su amoroso Amigo. Disfrutó de este honor durante mucho tiempo, y más adelante, en el jardín de Mazra'ih, también estuvo con mucha frecuencia en la Presencia de Bahá'u'lláh. Después de que el Amado ascendiera, Hájí Khán se mantuvo firme en la Alianza y Testamento, rehuendo a los hipócritas. Al fin, cuando este siervo estaba ausente por sus viajes a Europa y América, el Hájí se dirigió al hospicio para viajeros en el Hazíratu'l-Quds; y aquí, al lado del Santuario del Báb, emprendió el vuelo hacia el mundo de lo Alto.

Que Dios refresque su espíritu con el aire perfumado de almizcle del Paraíso de Abhá, y con los suaves aromas de santidad que soplan desde el más elevado Cielo. Sobre él sean saludos y alabanza. Su radiante tumba está en Haifa.

Áqá Muhammad-Ibráhím Amír

MUHAMMAD-IBRÁHÍM AMÍR era de Nayríz. Era una bendita persona; semejava una copa llena con el vino rojo de la fe. En la época en que fue cautivado por vez primera por el afectuoso Amado, estaba en la flor de su juventud. Entonces cayó presa de los opresores, y tras los violentos acontecimientos de Nayríz y todo aquel sufrimiento, sus perseguidores le prendieron. Tres farráshes le sujetaron de los brazos y le ataron las manos a la espalda; pero el Amír, gracias a su gran fuerza, rompió sus ligaduras, arrebató un puñal del cinturón de un farrásh, se liberó y escapó a 'Iráq. Allí se dedicó a poner por escrito los Versos sagrados y más tarde alcanzó el honor de servir ante el Sagrado Umbral. Constante y firme, permaneció día y noche ocupado en sus deberes. Durante el viaje de Baghdád a Constantinopla, de allí a Adrianópolis, y de allí a la Más Grande Prisión, estuvo siempre dispuesto para servir. Se casó con la sierva de Dios Habíbih, que también sirvió ante el Umbral, y su hija Badí'ih se convirtió en la compañera del difunto Husayn-Áqá Qahvih-chí.

Así, el Amír fue firme en el servicio durante toda su vida; pero tras la ascensión de Bahá'u'lláh su salud fue empeorando cada vez más, y al final abandonó tras de sí este mundo de polvo y se apresuró hacia el inmaculado mundo de lo alto. Que Dios ilumine el lugar donde él descansa con rayos del más elevado Reino. Sobre él sean saluciones y alabanzas. Su radiante santuario está en 'Akká.

Mírzá Mihdíy-i-Káshaní

Este hombre respetado, Mírzá Mihdí, era de Káshán. Siendo muy joven, bajo la tutela de su padre, había estudiado ciencias y artes, y había adquirido gran destreza en la composición tanto en prosa como en verso, al igual que en la escritura caligráfica en el estilo conocido como shikastih.⁵⁴ Se distinguió entre sus compañeros, aventajando sobremanera a todos ellos. Siendo aún niño, oyó de la Venida del Señor, se encendió con la chispa del amor y se convirtió en uno de aquellos que "lo dieron todo para comprar a José." Era el primero entre los buscadores anhelantes, el señor de los amantes; con elocuencia, empezó a enseñar la Fe y a demostrar la validez de la Manifestación.

Logró conversos, y, debido a su anhelo de Dios, se convirtió en el hazmerreír de Káshán, denigrado por amigos y extraños, expuesto a la mofa de sus desleales compañeros. Uno de ellos decía: "Ha perdido la cabeza." Y otro: "Es una desgracia pública. La suerte se ha vuelto contra él. Está acabado." Los matones se burlaban de él y no le ahorraron ningún sufrimiento. Cuando la vida llegó a hacerse insoportable y estalló una guerra abierta, abandonó su tierra natal y viajó a 'Iráq, el centro focal de la nueva Luz, donde alcanzó la presencia del Amado de toda la humanidad.

Pasó allí un tiempo, en compañía de los amigos, componiendo versos que cantaban las alabanzas de Bahá'u'lláh. Más adelante recibió permiso para volver a casa, y regresó para vivir una temporada en Káshán. Mas de nuevo fue atormentado por un amor anhelante y no pudo soportar más la separación. Regresó, por tanto, a Baghdád, llevando con él a su respetada hermana, la tercera consorte.

Aquí permaneció, bajo la generosa protección de Bahá'u'lláh, hasta que el convoy abandonó 'Iráq para ir a Constantinopla, momento en que se le ordenó a Mírzá Mihdí quedarse y guardar la Santa Casa. Incapaz de sosegar, consumido por el ansia, permaneció allí. Cuando los amigos fueron desterrados a Mosul, él estaba entre los prisioneros, otra víctima junto a los demás. Con grandes sufrimientos llegó a Mosul, y allí nuevas calamidades le aguardaban; estaba enfermo casi todo el tiempo, era un proscrito y un indigente. Aun así lo soportó durante un periodo considerable, fue paciente, mantuvo la dignidad, y ofrecía gracias continuamente. Al final ya no pudo soportar más la ausencia de Bahá'u'lláh. Solicitó el permiso, se le otorgó licencia para ir y partió hacia la Más Grande Prisión.

Debido a que el trayecto fue largo y duro y sufrió cruelmente durante el viaje, cuando finalmente alcanzó la prisión de 'Akká estaba casi incapacitado para valerse por sí mismo, y completamente extenuado. Era durante la época en la que la Bendita Belleza estaba encarcelada dentro de la ciudadela, en el centro de los cuarteles. A pesar de las terribles penalidades, Mírzá Mihdí pasó allí unos días con gran alegría. Para él las calamidades eran favores, las tribulaciones eran Providencia Divina, y el castigo gracia abundante; pues él estaba soportando todo esto en el sendero de Dios y procurando ganarse Su beneplácito. Su enfermedad empeoró, se debilitaba de día en día; entonces por fin, bajo la gracia protectora, emprendió su vuelo hacia la inagotable misericordia del Señor.

Este noble personaje había sido reverenciado entre los hombres, pero por el amor de Dios perdió tanto el nombre como la fama. Padeció múltiples desgracias sin una sola queja. Estaba contento con los decretos de Dios, y caminaba por las sendas de la resignación. La mirada de favor de Bahá'u'lláh estaba puesta sobre él; estaba cerca del Umbral Divino. Así, desde el comienzo de su vida hasta el final, su estado interior permaneció inalterable: sumergido en un océano de sumisión y consentimiento. "Oh mi Señor, llévame, llévame!", gritaba, hasta que al fin se remontó hacia el mundo que ningún hombre ve.

Que Dios le haga inhalar el suave perfume de santidad en el más elevado Paraíso, y le refresque con la cristalina copa de vino, atemperada en la fuente de alcanfor.⁵⁵ Sobre él sean saluciones y alabanza. Su fragante tumba está en 'Akká.

Mishkín-Qalam

ENTRE LOS exiliados, vecinos y prisioneros había también un segundo Mir 'Imád,⁵⁶ el eminente calígrafo, Mishkín-Qalam.⁵⁷ Manejaba una pluma negra como el almizcle, y su frente resplandecía con fe. Estaba entre los más reconocidos místicos y tenía una mente ingeniosa y sutil. La fama de este caminante espiritual llegó a todas partes. Era el calígrafo más destacado de Persia y muy conocido entre los poderosos; disfrutaba de una posición especial entre los ministros de la corte de Teherán, y tenía una sólida reputación entre ellos.⁵⁸ Gozaba de fama por toda el

Asia Menor; su pluma era el asombro de todos los calígrafos, pues era experto en todos los estilos caligráficos. Era, además, un cualificado astrónomo.

Este hombre tan versado supo por primera vez de la Causa de Dios en Isfáhán, y el resultado fue que se puso en camino para encontrar a Bahá'u'lláh. Cruzó grandes distancias, dejando atrás millas sin cuento, escalando montañas, atravesando desiertos y cruzando el mar, hasta que al fin llegó a Adrianópolis. Aquí alcanzó las alturas de la fe y la certidumbre; aquí bebió el vino de la certeza. Respondió a la llamada de Dios, alcanzó la presencia de Bahá'u'lláh, ascendió a ese punto del apogeo en el que fue recibido y aceptado. Para entonces andaba tambaleándose como un borracho en su amor a Dios, y, debido a su violento deseo y anhelo, su mente parecía divagar. Era levantado y luego arrojado al suelo de nuevo; estaba como aturdido. Pasó un tiempo bajo el cuidado protector de Bahá'u'lláh, y cada día se derramaban sobre él nuevas bendiciones. Mientras tanto, creaba sus espléndidas caligrafías; copiaba el Más Grande Nombre, Yá Bahá'u'l-Abhá, Oh Tú, Gloria del Todoglorioso, con maravillosa habilidad, en muchas formas diferentes, y las enviaba a todas partes.⁵⁹

Se le ordenó entonces ir de viaje a Constantinopla y ponerse en camino con Jináb-i-Sayyáh. Cuando llegó a esa Gran Ciudad, los persas y turcos importantes le recibieron al principio con todos los honores y quedaron cautivados por su arte caligráfico, negro como el azabache. Él, sin embargo, empezó a enseñar la Fe con osadía y elocuencia. El embajador persa le tendió una emboscada; dirigiéndose a los visires del Sultán, difamó a Mishkín-Qalam. "Este hombre es un agitador", les dijo el embajador, "enviado aquí por Bahá'u'lláh para provocar conflictos y cometer fechorías en esta Gran Ciudad. Ya ha ganado para sí a un gran grupo de personas, y pretende subyugar a más. Estos bahá'ís revolucionaron toda Persia; ahora han empezado en la capital de Turquía. El Gobierno de Persia pasó a 20.000 de ellos por la espada, esperando con esta táctica sofocar el fuego de la sedición. Ustedes deberían ser conscientes del peligro; pronto esta cosa perversa prenderá también aquí. Consumirá la cosecha de su vida; quemará el mundo entero. Entonces no podrán hacer nada, pues será demasiado tarde."

En realidad, aquel hombre apacible y sumiso, en aquella ciudad, trono de Asia Menor, se ocupaba únicamente en la caligrafía y la adoración a Dios. Estaba esforzándose para producir camaradería y paz, no sedición. Pretendía reconciliar a los seguidores de los diferentes credos, no dividirlos aún más. Prestaba sus

servicios a los forasteros y estaba ayudando a educar a la gente de allí. Era un refugio para los desventurados y para los pobres como el cuerno de la abundancia. Invitaba a todos los que acudían a él a la unidad de la humanidad; evitaba la hostilidad y la malicia.

El embajador persa, sin embargo, ejercía un poder enorme y había mantenido lazos estrechos con los ministros durante mucho tiempo. Persuadió a una serie de personas para que se introdujeran en diversas reuniones y allí hicieran todo tipo de falsas acusaciones contra los creyentes. Incitados por los opresores, los espías empezaron a rodear a Mishkín-Qalam. Entonces, siguiendo las instrucciones del embajador, presentaron informes ante el Primer Ministro, afirmando que el individuo en cuestión estaba creando complicaciones día y noche, que era un elemento perturbador, un rebelde y un criminal. Como resultado, le encarcelaron y le expulsaron a Gallípoli, donde se unió a nuestro grupo de víctimas. A él le despacharon a Chipre y a nosotros a la prisión de 'Akká. En la isla de Chipre, Jináb-i-Mishkín estuvo prisionero en la ciudadela de Famagusta, y en dicha ciudad permaneció cautivo desde el año 85 hasta el 94.

Cuando Chipre quedó fuera del dominio de los turcos, Mishkín-Qalam fue liberado y se dirigió hacia su Bienamado en la ciudad de 'Akká, y aquí vivió rodeado por la gracia de Bahá'u'lláh, realizando sus maravillosas obras de caligrafía y enviándolas a diversos lugares. En todo momento mostraba un espíritu alegre, estaba radiante por el amor de Dios, consumiendo su vida como una vela, y era un consuelo para todos los creyentes.

Tras la ascensión de Bahá'u'lláh, Mishkín-Qalam permaneció leal, sólidamente establecido en la Alianza. Hizo frente a los violadores como una espada desenvainada. En ningún momento quiso saber nada con ellos; no temía a nadie más que a Dios; ni por un momento titubeó, ni jamás flaqueó en el servicio.

Con posterioridad a la ascensión hizo un viaje a la India, donde se asoció con los amantes de la verdad. Pasó allí un tiempo, haciendo nuevos esfuerzos cada día. Cuando me enteré que cada vez podía valerse menos por sí mismo, envié por él en seguida y volvió a esta Más Grande Prisión, para gozo de los creyentes, que se sentían bendecidos por tenerle aquí de nuevo. Era en todo momento mi íntimo compañero. Tenía un brío asombroso, un amor intenso. Era un compendio de perfecciones: creyente, confiado, sereno, desligado del mundo; un compañero sin

par, ingenioso, y su carácter era como un jardín en todo su esplendor. Por el amor de Dios, dejó tras de sí todas las cosas buenas; cerró los ojos al éxito, no quería comodidad ni descanso, no buscaba riquezas, sólo deseaba estar libre de la corrupción del mundo. Nada le ataba a esta vida, sino que pasaba sus días y noches suplicando y comulgando con Dios. Siempre estaba sonriente, lleno de vida; era el espíritu personificado, la encarnación del amor. En sinceridad y lealtad no tenía igual, ni en paciencia y calma interior. Era puro olvido de sí mismo, viviendo de los hálitos del espíritu.

Si no hubiera estado enamorado de la Bendita Belleza, si no hubiera puesto su corazón en el Reino de Gloria, todos los placeres mundanos podrían haber sido suyos. Allí donde iba, sus muchos estilos caligráficos eran un capital sustancial, y su gran talento le reportó atención y respeto de ricos y pobres por igual. Pero estaba perdidamente enamorado del único verdadero Amor del hombre, y por ello estaba libre de todas las demás ataduras y podía ondear y remontarse en el cielo infinito del espíritu.

Finalmente, estando yo ausente, abandonó este mundo oscuro y estrecho y se alejó velozmente hacia la tierra de las luces. Allí, en el refugio de la misericordia ilimitada de Dios, halló recompensas infinitas. Sobre él sean alabanza y salutación, y la gracia afectuosa del Supremo Compañero.

Ustád 'Alí-Akbar-i-Najjár

USTÁD 'ALÍ-AKBAR, el constructor de armarios,⁶⁰ se contaba entre los justos, un príncipe de los rectos. Fue uno de los primeros creyentes de Persia y miembro destacado de aquella compañía. Un confidente seguro desde el comienzo de la Causa, desató su lengua para proclamar la Fe. Se informó acerca de sus pruebas y estudió a fondo sus Escrituras. Era también un poeta de talento, y escribía odas elogiando a Bahá'u'lláh.

Excepcionalmente diestro en su oficio, Ustád realizaba obras de gran ingenio, dando forma a piezas de carpintería que, por su complejidad y precisión, semejaban un mosaico. Era también experto en matemáticas, y resolvía y explicaba problemas difíciles.

De Yazd, este reverenciado hombre viajó a 'Iráq, donde alcanzó el honor de entrar a presencia de Bahá'u'lláh, y recibió abundante gracia. La Bendita Belleza derramó favores sobre Ustád 'Alí, que entraba a su presencia casi todos los días. Fue uno de los que marcharon exiliados de Baghdád a Mosul, y allí soportó severas tribulaciones. Permaneció largo tiempo en Mosul, en circunstancias sumamente apuradas, pero resignado a la voluntad de Dios, siempre en oración y súplica y expresando agradecimiento.

Finalmente vino desde Mosul al Santuario Sagrado, y aquí, junto a la tumba de Bahá'u'lláh, solía meditar y orar. En la oscuridad de la noche, inquieto y desasosegado, se lamentaba y clamaba; cuando estaba suplicando a Dios su corazón ardía dentro de él; sus ojos vertían lágrimas mientras alzaba su voz y recitaba. Estaba completamente separado de este montón de polvo, este mundo mortal. Lo rehuía, pedía tan sólo una cosa: remontarse hacia lo alto; y esperaba la llegada de la recompensa prometida. No podía soportar que la Luz del Mundo hubiera desaparecido, ya sólo buscaba el paraíso de la reunión con Él y sus ojos estaban hambrientos de contemplar la gloria del Reino de Abhá. Por fin su oración obtuvo respuesta y se elevó hacia lo alto al mundo de Dios, hacia el lugar de reunión de los esplendores del Señor de los Señores.

Sobre él sean las bendiciones de Dios y alabanzas, y que Dios le lleve a la morada de paz, pues Él ha escrito en Su libro: "Para ellos es una morada de paz con su Señor."⁶¹ "Y hacia aquellos que Le sirven, Dios está lleno de amabilidad."⁶²

Shaykh 'Alí-Akbar-i-Mázgání

ESTE LÍDER de las almas libres, de los que vagan sin rumbo en busca del amor de Dios, era sólo un infante cuando, en Mázgán, fue amamantado en el pecho de la gracia. Era hijo del eminente estudioso Shaykh-i-Mázhání; su noble padre era uno de los ciudadanos destacados de Qamsar, cerca de Káshán, y en piedad, santidad y temor de Dios no tenía igual. Este padre encarnaba todas las cualidades que son dignas de alabanza; además, sus maneras eran agradables, su disposición buena; era un excelente compañero, y por todas estas cosas era bien conocido. Cuando se liberó de toda traba y se declaró abiertamente como creyente, los infieles, amigos o enemigos, le dieron la espalda y comenzaron a tramar su muerte. Mas él continuó promoviendo la Causa, despertando los corazones de las personas y dando la bienvenida a los recién llegados tan generosamente como siempre. Así, en Káshán la fama de su sólida fe llegó tan alto como la Vía Láctea. Entonces los despiadados agresores se levantaron, saquearon sus posesiones y le mataron.

'Alí-Akbar, el hijo de aquel que había dado su vida en el sendero de Dios, ya no podía vivir en aquel lugar. Si se hubiera quedado, a él también, como a su padre, le habrían pasado por la espada. Permaneció un tiempo en 'Irág y recibió el honor de estar en presencia de Bahá'u'lláh. Entonces regresó a Persia, pero de nuevo anhelaba contemplar a Bahá'u'lláh y, junto a su mujer, se puso en marcha, recorriendo desiertos y montañas, a veces cabalgando, a veces de pie, dejando atrás millas sin cuento, yendo de una costa a otra, llegando por fin al Lugar Sagrado y hallando seguridad y paz a la sombra del Divino Árbol del Loto.

Después de que la Belleza del Deseado desapareciera de este mundo, 'Alí-Akbar permaneció leal a la Alianza y prosperó bajo la gracia de Dios. Por inclinación y por el intenso amor que sentía, anhelaba escribir poesía, componer odas y ghazals, pero le faltaban tanto el metro como la rima:

Imaginé un poema, pero mi amado me dijo:

"Sólo has de imaginar esto: que tus ojos Me contemplen."

Extasiado en su anhelo, su corazón deseaba los reinos de su compasivo Señor; consumido por un amor ardiente, dejó al fin este mundo y acampó en el mundo de lo alto. Que Dios haga descender sobre su sepultura, desde el Reino de Su perdón,

una abundante lluvia⁶³ de bendiciones, le confiera una gran victoria y le otorgue mercedes, fluyendo en abundancia, en los retiros del cielo.

Mírzá Muhammad, el siervo del Hospicio para Viajeros

ESTE JOVEN de Dios era de Isfáhán, y desde temprana edad era conocido por los teólogos más importantes, por su excelente intelecto. Era de noble cuna; su familia era conocida y respetada, y él era un erudito consumado. Había aprovechado por igual de la filosofía y la historia, de las ciencias y las letras, pero él estaba sediento del secreto de la realidad y anhelaba el conocimiento de Dios. Su sed febril no era aquietada por las letras o las ciencias, por límpidas que fueran aquellas aguas. Continuó buscando y buscando, sosteniendo debates en reuniones de hombres ilustrados, hasta que al fin descubrió el significado de su sueño anhelante y el enigma, el inviolable secreto, quedó al descubierto ante él. De repente sintió el aroma de flores frescas viniendo de los jardines del esplendor de Dios, y su corazón brilló por un rayo del Sol de la Verdad. Mientras que antes era como un pez fuera del agua, ahora había llegado a la fuente de vida eterna; antes era una polilla en constante búsqueda; ahora había encontrado la llama de la vela. Buscador verdadero de la verdad, fue revivido al instante por las supremas Buenas Nuevas; el ojo de su corazón fue iluminado por el nuevo amanecer de la guía. Tan cegador era el fuego del amor divino, que él dejó de mirar por su propia vida, su paz y sus bendiciones y partió hacia la Más Grande Prisión.

En Isfáhán había disfrutado de todas las comodidades, y el mundo era bueno para él. Ahora, su anhelo por Bahá'u'lláh le liberó de todas las demás ataduras. Recorrió largas distancias, sufrió intensas penalidades, cambió un palacio por una prisión, y en la fortaleza de 'Akká ayudó a los creyentes y se ocupó de atender y servir a Bahá'u'lláh. Aquel a quien habían servido, ahora servía a otros; quien fuera señor, era ahora sirviente; aquel que una vez fue jefe era ahora cautivo. No tenía descanso ni ocio, de día ni de noche. Para los viajeros era un refugio de confianza; para los residentes, un compañero sin par. Sirvió más allá de sus fuerzas, pues estaba lleno

de amor por los amigos. Los viajeros sentían devoción por él, y los residentes, gratitud. Y por estar continuamente ocupado, se mantenía en silencio a todas horas.

Entonces la Suprema Aflicción cayó sobre nosotros, y la ausencia de Bahá'u'lláh no habría de ser soportada. Mírzá Muhammad no podía permanecer tranquilo ni de noche ni de día. Se consumía como una vela ardiendo hasta extinguirse; por la intensidad de la angustia su hígado y corazón se inflamaron, y su cuerpo era incapaz de soportar más. Lloraba y suplicaba día y noche, ansiando remontarse a aquel país no descubierto. "Señor, libérame, libérame de esta ausencia", solía clamar, "permíteme beber de la copa de la reunión, busca para mí una habitación al amparo de tu misericordia, ¡Señor de Señores!"

Al fin abandonó este montón de polvo, la tierra, y emprendió el vuelo hacia el mundo que no tiene fin. Que le haga bien esa copa rebosante de la gracia de Dios, que coma con saludable fruición de esa comida que da vida a alma y corazón. Que Dios le conduzca hacia ese feliz final de viaje y le otorgue una porción abundante de los dones que entonces serán derramados.⁶⁴

Mírzá Muhammad-i-Vakíl

UNO DE los cautivos que fueron enviados de Baghdád a Mosul fue Mírzá Muhammad-i-Vakíl. Esta alma virtuosa estaba entre los que se convirtieron a la Fe en Baghdád. Fue allí donde bebió de la copa de la resignación a la voluntad de Dios y buscó descanso a la sombra del Árbol celestial. Era un hombre noble y digno de confianza. Asimismo, en asuntos de importancia era un administrador sumamente capaz y enérgico, famoso en 'Iráq por la sabiduría de sus consejos. Tras convertirse a la Fe, fue distinguido con el título de Vakíl, representante. Fue así como sucedió:

Había en Baghdád un hombre notable, de nombre Hájí Mírzá Hádí, joyero. Tenía un hijo muy distinguido, Áqá Mírzá Músá, que había recibido de Bahá'u'lláh el título de "Letra de la Eternidad". Este hijo se había convertido en un creyente firme

y leal. En cuanto a su padre, el Hájí, era un hombre magnánimo, conocido por ser pródigo en su generosidad no sólo en Persia e 'Iráq sino hasta en la India. Al comienzo había sido un visir persa, pero cuando vio con qué avidez miraba el difunto Fath-'Alí Sháh las riquezas mundanas, en especial las riquezas mundanas de los visires persas, y de qué modo se apoderaba de todo lo que éstos hubieran acumulado, y cómo, no contento con confiscar sus costosas posesiones mundanas, les castigaba y torturaba por doquier, llamándolo pena legal, el Hájí temió ser también catapultado hacia el abismo. Abandonó su posición como visir, y su mansión, y huyó a Baghdád. Fath-'Alí Sháh exigió que el Gobernador de Baghdád, Dávúd Páshá, le hiciera volver allí, pero el Páshá era un hombre de gran valor y el Hájí tenía fama por sus dotes intelectuales. En consecuencia, el Páshá le respetaba y ayudaba, y el Hájí se estableció en los negocios como joyero. Vivía con pompa y esplendor como un gran príncipe. Era uno de los hombres más extraordinarios de su tiempo, pues dentro de su palacio llevaba una vida de gratificación y opulencia, pero abandonó su pompa, su estilo y su séquito, se ocupó de los asuntos de su negocio y logró grandes beneficios.

La puerta de su casa estaba siempre abierta. Turcos y persas, vecinos, forasteros de lugares lejanos, todos ellos eran honrados como huéspedes. La mayoría de los grandes de Persia, cuando venían de peregrinaje a los Santuarios Sagrados, se detenían en su casa, donde encontraban dispuesto un banquete y todos los lujos a su alcance. El Hájí era, en verdad, más distinguido que el Gran Visir de Persia; eclipsaba a todos los visires en magnificencia, y, conforme pasaban los días, dispensaba aún mayor prodigalidad a todos los que iban y venían. Era el orgullo de los persas de todo 'Iráq, la gloria de sus compatriotas. Incluso a los visires y ministros turcos y a la nobleza de Baghdád otorgaba regalos y favores; y su inteligencia y percepción no tenían par.

Debido a la avanzada edad del Hájí, hacia el final de su vida sus negocios empeoraron. Aun así, no hizo cambio alguno en su manera de vivir. Exactamente igual que antes, continuó viviendo con elegancia. Personas destacadas le pedían grandes préstamos y nunca los devolvían. Uno de ellos, la madre de Áqá Khán Mahallátí, le pidió prestados 100.000 tumanes⁶⁵ y no devolvió ni un céntimo pues murió poco después. El Íl-Khán, 'Alí-Qulí Khán fue otro deudor; otro fue Sayfu'd-Dawlih, hijo de Fath-'Alí Sháh; otra, Válíyyih, hija de Fath-'Alí Sháh; éstos son sólo algunos ejemplos tomados del montón, de entre los emires turcos y los

grandes de Persia e 'Iráq. Todas estas deudas quedaron impagadas e irrecuperables. A pesar de todo ello, aquel hombre eminente y magnífico siguió viviendo exactamente igual que antes

Hacia el fin de su vida nació en él un extraordinario amor por Bahá'u'lláh, y con la mayor humildad acudía a Su presencia. Recuerdo cómo un día le dijo a la Bendita Belleza que en el año 1250, y algo más tarde, Mírzá Mawkab, el afamado astrólogo, visitó los Santuarios. "Un día me dijo", siguió el Hájí: "Mírzá, veo una conjunción de las estrellas extraña y singular. Nunca antes ha ocurrido. Demuestra que está pronto a suceder un acontecimiento trascendental, y estoy seguro de que este acontecimiento no puede ser menos que el Advenimiento del prometido Qá'im."

Tal era la situación de aquel príncipe ilustre cuando falleció, dejando por herederos a un hijo y dos hijas. Creyéndole tan rico como siempre, la gente pensó que sus herederos heredarían millones, pues todo el mundo conocía su forma de vida. El representante diplomático persa, los mujtahids del momento, y el descreído juez, todos ellos afilaron sus colmillos. Provocaron una disputa entre los herederos para que de la confusión resultante ellos mismos pudieran obtener ganancias sustanciosas. Con esto en mente, hicieron cuanto pudieron para arruinar a los herederos, siendo la idea despojarles por completo, mientras que el diplomático persa, los mujtahids y el juez acumularían el botín.

Mírzá Músá era un creyente firme; sus hermanas, en cambio, eran de otra madre y no sabían nada de la Causa. Un día las dos hermanas, acompañadas por el yerno del difunto Mírzá Siyyid Ridá, vinieron a la casa de Bahá'u'lláh. Las dos hermanas entraron en los cuartos reservados para la familia, mientras que el yerno se aposentó en las habitaciones para recibir a las visitas. Las dos jóvenes dijeron entonces a Bahá'u'lláh: "El enviado persa, el juez y los descreídos mujtahids nos han destruido. Hacia el fin de su vida, el difunto Hájí no confiaba en nadie más que en Usted. Nosotras por nuestra parte hemos sido remisas y deberíamos haber buscado Su protección antes; en cualquier caso, venimos ahora para implorar Su perdón y ayuda. Es nuestra esperanza que Usted no nos dejará marchar desesperadas, y que mediante Su favor y apoyo nos veremos salvadas. Dígnese, pues, prestar Su atención a este asunto y pasar por alto nuestros errores pasados."

En respuesta, la Bendita Belleza declaró resueltamente que intervenir en asuntos de esta clase era algo que detestaba. Sin embargo, continuaron suplicándole. Se quedaron toda una semana en las habitaciones de la familia, clamando cada mañana y cada tarde favor y gracia. "No levantaremos la cabeza de este Umbral", dijeron. "Haremos de esta casa nuestro refugio; permaneceremos aquí, junto a la puerta de Quien guarda a los ángeles, hasta que Él se digne volver Su vista hacia nuestras preocupaciones y salvarnos de nuestros opresores."

Un día tras otro, Bahá'u'lláh les aconsejaba, diciendo: "Este tipo de cuestiones están en manos de los mujtahids y de las autoridades del Gobierno. Nosotros no interferimos en tales asuntos." Pero siguieron importunando, insistiendo, implorando, suplicando ayuda. Sucedió que la casa de Bahá'u'lláh estaba desprovista de bienes materiales y estas señoras, acostumbradas a lo mejor, apenas podían sentirse satisfechas con pan y agua. Había que conseguir comida para ellas a crédito. En resumen, había problemas por todas partes.

Finalmente Bahá'u'lláh me llamó un día a Su presencia. "Estas estimadas señoras", dijo, "con todas sus exigencias, Nos han causado molestias considerables. No hay más remedio, tendrás que atender su caso. Pero debes resolver toda esta complicada cuestión en un solo día."

A la mañana siguiente, acompañado por Áqáy-i-Kalím, fui a la casa del difunto Hájí. Llamamos a unos tasadores y llevaron todas las joyas a un cuarto de arriba. Los libros de cuentas que tenían que ver con las propiedades fueron colocados en una segunda habitación; el costoso mobiliario y los objetos de arte de la casa, en una tercera. Vinieron entonces varios joyeros a trabajar para fijar el valor de las joyas. Otros expertos tasaron la casa, las tiendas, los jardines y los baños. Tan pronto empezaron su trabajo salí y dejé alguien encargado en cada habitación para que los tasadores pudieran terminar debidamente sus tareas. Para entonces era ya casi mediodía. Tomamos entonces el almuerzo, después de lo cual se ordenó a los tasadores que lo dividieran todo en dos partes iguales para que se hiciera el reparto de lotes; una parte sería la de las hijas y otra la del hijo, Mírzá Músá.⁶⁶ Me fui entonces a la cama, pues estaba enfermo. Por la tarde me levanté, tomé té y me dirigí a las habitaciones familiares de la mansión. Aquí observé que los bienes habían sido divididos en tres partes. Les dije: "Mis instrucciones fueron que todo se dividiera en dos partes. ¿Cómo es que hay tres?" Los herederos y otros parientes contestaron al unísono: "Desde luego, hay que separar una tercera parte. Por este

motivo lo hemos dividido todo en tres. Una parte es para Mírzá Músá, otra para las dos hijas, y la tercera la ponemos a Su disposición; ésta es la porción de los fallecidos, y Usted ha de gastarla de cualquier forma que crea apropiada."

Muy disgustados, les dijimos: "Tal cosa está fuera de lugar. No deben ustedes pedir esto, pues no se puede cumplir. Dimos nuestra palabra a Bahá'u'lláh de que no se aceptaría ni tan siquiera una moneda de cobre." Pero ellos, también, prometieron bajo juramento que había de ser como ellos deseaban, que no aceptarían que fuese de otra forma. Este siervo respondió: "Vamos a dejar esta cuestión por el momento. ¿Queda alguna discrepancia entre ustedes?" "Sí", dijo Mírzá Músá: "¿qué ha sido del dinero que quedó?" Cuando se le preguntó la cantidad, respondió: "Trescientos mil tumanes." Las hijas dijeron: "Hay dos posibilidades: o bien este dinero está aquí en la casa, en algún arca, o enterrado en las proximidades, o si no, está en otras manos. Nosotras le entregaremos la casa y todo lo que hay en ella a Mírzá Músá. Las dos dejaremos la casa sin llevar más que nuestros velos. Si aparece algo, nosotras, desde ahora, se lo adjudicamos voluntariamente a él. Si el dinero está en algún otro sitio, sin duda habrá sido depositado al cuidado de alguien; y esa persona, conociendo el incumplimiento del fideicomiso, será difícil que se presente, actúe honradamente con nosotros y lo devuelva; al contrario, se quedará con todo. Mírzá Músá debe ofrecer una prueba satisfactoria de lo que dice; su demanda no es evidencia por sí sola." Mírzá Músá replicó: "Todas las propiedades estaban en sus manos; yo no sabía nada de lo que estaba pasando, no tenía ni idea. Hicieron todo lo que les pareció."

En pocas palabras, Mírzá Músá no tenía pruebas claras de lo que reclamaba. Sólo pudo preguntar: "¿Es posible algo semejante, que el difunto Hájí no tuviera fondos disponibles?" Puesto que la demanda no se sostenía, me pareció que seguir adelante con ella conduciría a un escándalo y no produciría nada provechoso. En consecuencia, les mandé: "Repartan los lotes". En cuanto a la tercera parte, hice que la pusieran en un cuarto aparte, lo cerraran y sellaran la puerta. La llave se la traje a Bahá'u'lláh. "La tarea está cumplida", dije. "Se realizó sólo gracias a Vuestras confirmaciones. Si no, no se habría podido terminar en un año. Sin embargo, ha surgido una dificultad." Describí en detalle las demandas de Mírzá Músá y la ausencia de pruebas. Entonces dije: "Mírzá Músá está fuertemente endeudado. Incluso desembolsando todo lo que tiene, aun así no podría pagar a sus acreedores. Es mejor, por tanto, que Usted Mismo acepte la petición de los

herederos, ya que persisten en su ofrecimiento, y le otorgue esa parte a Mírzá Músá. Entonces podría al menos liberarse de sus deudas y que aún le quedara algo."

Al día siguiente aparecieron los herederos e imploraron a la Bendita Belleza que me hiciera aceptar la tercera parte. "Eso está fuera de lugar", les dijo. Entonces Le rogaron y suplicaron que aceptara Él Mismo aquella parte y la empleara con fines caritativos según Él decidiera. Respondió: "Hay sólo un propósito para el que podría gastar esa suma." Ellos dijeron: "Eso no es cosa nuestra, aun si Usted hace que lo echen al mar. No soltaremos el borde de Su vestidura y no dejaremos de importunarle hasta que acceda a nuestra petición." Entonces Él les dijo: "He aceptado ya esta tercera parte y se la he dado a Mírzá Músá, su hermano, pero a condición de que, desde este día en adelante, no vuelva a hablar de reclamación alguna contra ustedes." Los herederos fueron pródigos en su agradecimiento. Y así este grave y difícil caso fue arreglado en un solo día. No volvieron a aparecer más quejas, ni escándalos, ni disputas posteriores.

Mírzá Músá hizo todo lo que pudo para hacerme aceptar algunas de sus joyas, pero yo me negué. Finalmente solicitó que aceptara un simple anillo. Era un anillo precioso, engarzado con un valioso rubí color granada, y tenía una esfera perfecta; era único. Alrededor de la piedra central estaba todo embellecido con diamantes. También rehusé aceptar esto, aunque no tenía abá con que cubrirme y nada que ponerme salvo una túnica de algodón que revelaba la antigüedad del mundo, ni poseía una moneda de cobre. Como diría Háfiz "Un monedero vacío, pero en la manga un tesoro."

Agradecido por la bendición que había recibido, Mírzá Músá ofreció a Bahá'u'lláh todo lo que poseía: huertos, tierras, haciendas, pero no fue aceptado. Entonces nombró a los 'ulamás de 'Iráq para que intercedieran por él. Sin demora, fueron ante Bahá'u'lláh en pleno y Le pidieron que aceptara los regalos ofrecidos. Él rehusó categóricamente hacerlo. Respetuosamente Le dijeron: "A menos que Usted acepte, Mírzá Músá lo dilapidará en muy poco tiempo. Por su propio bien, él no debería tener acceso a esta riqueza."

Entonces, de su propio puño Mírzá Músá redactó escrituras de donación, según cada uno de los cinco credos, en árabe y en persa; hizo dos copias y escogió a los 'ulamás por testigos. Por medio de ciertos 'ulamás de Baghdád, entre ellos el

afamado estudioso 'Abdu's-Salám Effendi, y el conocido erudito Siyyid Dávúd Effendi, presentó la escritura de donación a Bahá'u'lláh. La Bendita Belleza les dijo: "Designamos al mismo Mírzá Músá como Nuestro representante."

Tras la partida de Bahá'u'lláh hacia Rumelia, Mírzá Músá, con un pagaré adquirió del Gobierno los diezmos de Hindíyyih, un distrito cercano a Karbilá, y sufrió enormes pérdidas, próximas a los 100.000 tumanes. El Gobierno confiscó sus propiedades y las vendió por una miseria. Cuando Le contaron lo sucedido, Bahá'u'lláh dijo: "No habléis de esto nunca más. No pronunciéis ni una palabra referente a aquellas propiedades." Mientras tanto tuvo lugar el exilio de Adrianópolis a 'Akká. Mírzá Muhammad fue ante las autoridades del Gobierno y les dijo: "Soy el representante (vakíl) de Bahá'u'lláh. Estas propiedades no pertenecen a Mírzá Músá. ¿Cómo es que ustedes se han apoderado de ellas?" Pero no tenía documentos que le respaldaran, pues las escrituras estaban en 'Akká, y, basándose en esto, el Gobierno rechazó su petición. Sin embargo, en el curso del proceso, llegó a ser conocido como Mírzá Muhammad el Representante. Así es como recibió el título.

Cuando estábamos en Adrianópolis, Mírzá Músá envió el anillo de rubí, por intermedio de Siyyid 'Alí-Akbar, y la Bendita Belleza nos dio instrucciones de aceptarlo. Tras llegar a 'Akká, los creyentes cayeron enfermos y estaban en cama sufriendo. Yo envié el anillo a la India a uno de los amigos, pidiéndole que lo vendiera con la mayor celeridad y nos remitiera las ganancias a 'Akká para ser empleadas en los enfermos. Aquel bendito individuo nunca nos envió ni un céntimo. Dos años más tarde escribió para decir que había vendido el anillo por veinticinco libras y había gastado dicha suma en los peregrinos. Eso, siendo que el anillo era de tanto valor. No presenté queja alguna. Al contrario, alabé a Dios, agradeciéndole que de toda aquella riqueza ni siquiera una mota de polvo se hubiera posado sobre mi manto.

Mírzá Muhammad fue hecho prisionero y trasladado de Baghdád a Mosul, donde cayó presa de terribles enfermedades. Había sido rico; ahora, en el sendero de Dios era pobre. Había disfrutado de desahogo y comodidad; ahora, por amor a Dios sufría dolor y fatiga. Siguió viviendo durante un tiempo en Mosul, suplicante, resignado y humilde. Y entonces, separado de todo salvo de Dios, atraído irresistiblemente por las suaves brisas del Señor, se elevó, dejando este oscuro

mundo, hacia la tierra de la luz. Sobre él sean saluciones y alabanza. Que Dios derrame sobre él las aguas del perdón y abra ante su tumba las puertas del cielo.

Hájí Muhammad-Ridáy-i-Shírází

HÁJÍ MUHAMMAD-RIDÁ era de Shíráz. Era un hombre inclinado hacia lo espiritual, humilde, contrito, la encarnación de la serenidad y la fe. Cuando se elevó la llamada de Dios, aquella alma necesitada se apresuró hacia el refugio de la gracia celestial. No bien oyó el llamamiento: "¿No soy Yo tu Señor?", exclamó: "¡Sí, verdaderamente!",⁶⁷ y se volvió como una lámpara alumbrando los pasos de la gente.

Durante mucho tiempo sirvió al Afnán, Hájí Mírzá Muhammad-'Alí, y fue su compañero íntimo y leal, digno de su confianza para todo. Más tarde, siguiendo un viaje a países lejanos, fue a la Tierra Santa, y allí, con absoluta sumisión y humildad, inclinó la cabeza ante el Sagrado Umbral y recibió el honor de entrar a presencia de Bahá'u'lláh, donde bebió del cuenco de Sus manos bendiciones sin fin. Permaneció allí cierto tiempo atendiendo a Bahá'u'lláh casi todos los días, rodeado por la gracia y el favor sagrados. Sobresalía por su carácter, y vivía según los mandamientos de Dios; tranquilo y resignado, era la abnegación misma en su rendición a la voluntad de Dios. No tenía propósitos personales de ningún tipo, ningún sentimiento de apego a este mundo efímero. Su único deseo era agradar a su Señor; su sola esperanza, recorrer el camino de la santidad.

Fue entonces a Beirut, sirviendo al honorable Afnán en aquella ciudad. Pasó así un largo periodo, volviendo una y otra vez para entrar a presencia de Bahá'u'lláh y contemplar aquella la Más Grande Belleza. Más tarde, en Sidon, cayó enfermo. Incapaz de realizar el viaje a 'Akká, con perfecta conformidad y contento ascendió al Reino de Abhá y fue sumergido en el océano de las luces. Sobre su recuerdo, fue derramada una bendición sin fin por la Pluma Suprema. Fue ciertamente uno de los leales, de los firmes, un sólido pilar de servidumbre a Bahá'u'lláh. En muy numerosas ocasiones oímos, de labios de la Bendita Belleza, alabanzas sobre él.

Sean sobre él saludos y alabanza, y la gloria del Todoglorioso. Sobre él sea la compasión y la misericordia más grande del Señor de los Elevados Cielos. Su tumba radiante está en Sidon, cerca del lugar llamado la Estación de Juan el Santo.

Husayn Effendi Tabrízí

ESTE JOVEN era de Tabríz y estaba lleno del amor de Dios como una copa que rebosa y derrama vino. En la flor de su juventud abandonó Persia y viajó a Grecia, ganándose allí la vida como mercader, hasta que llegó el día en el que, guiado por la generosidad divina, fue de Grecia a Esmirna, y allí recibió las buenas nuevas de una nueva Manifestación sobre la tierra. Iba gritando a voces, enloquecido, embriagado con la música del nuevo Mensaje. Escapó de sus haberes y deberes, partió para reunirse con el Señor de su corazón y entró a presencia de Bahá'u'lláh. Durante un tiempo, ayudante y compañero de confianza, sirvió a la Bendita Belleza. Entonces recibió instrucciones de buscar alojamiento en la ciudad de Haifa.

Aquí atendía fielmente a los creyentes, y su hogar era un lugar de paso para los viajeros bahá'ís. Tenía una disposición excelente, un carácter maravilloso, y propósitos elevados y espirituales. Era igualmente cordial con los amigos y los extraños; era amable con las personas de todas las naciones y les deseaba el bien.

Cuando la Más Grande Luz ascendió al Concurso de lo Alto, Husayn Effendi siguió fiel a Él, constante y firme; y, como antes, continuó siendo un amigo íntimo para los amigos. Vivió así un periodo considerable y se sentía mucho mejor que los reyes de la tierra. Se convirtió en yerno de Mírzá Muhammad-Qulí, hermano de la Bendita Belleza, y permaneció en paz y sereno por un tiempo. Evitaba con cuidado cualquier ocasión en que pudiera ser desviado hacia el error, pues le horrorizaba que la tempestad de las aflicciones pudiera desatar su furia, alzarse con más fuerza y arrastrar a muchas almas al fondo del abismo insondable.⁶⁸ Suspiraba y se lamentaba, pues este temor le acompañaba a todas horas. Al fin no pudo soportar

por más tiempo el mundo, y con sus propias manos se despojó de la vestidura de la vida.

Alabanza a él, y saluciones, y la misericordia de Dios, y la aceptación divina. Que Dios le perdone y le haga entrar al más elevado Cielo, al Paraíso que se yergue por encima de todos los demás. Su tumba de suaves fragancias está en Haifa.

Jamshíd-i-Gurjí

OTRO MÁS de los que emigraron y se establecieron fue el valiente Jamshíd-i-Gurjí, que era de Georgia, pero creció en la ciudad de Káshán. Era un joven magnífico, fiel, de total confianza, con un elevado sentido del honor. Cuando llegó a sus oídos el amanecer de una nueva Fe y supo la noticia de que en los horizontes de Persia el Sol de la Verdad se había levantado, un éxtasis sagrado le llenó y sintió anhelo y amor. El nuevo fuego hizo arder aquellos velos de incertidumbre y duda que le habían tenido rodeado; la luz de la Verdad derramó sus rayos, la lámpara de guía ardía ante él.

Permaneció un tiempo en Persia, después marchó hacia Rumelia, que era territorio otomano, y en la Tierra de Misterio, Adrianópolis, alcanzó el honor de entrar a presencia de Bahá'u'lláh; fue allí donde este encuentro tuvo lugar. Su júbilo y fervor no tenían límites. Más adelante, por mandato de Bahá'u'lláh hizo un viaje a Constantinopla, con Áqá Muhammad-Báqir y Áqá 'Abdu'l-Ghaffár. En aquella ciudad los tiranos le encarcelaron y cargaron de cadenas.

El embajador persa informó en contra de Jamshíd y Ustád Muhammad-'Alí-i-Dallák, denunciándoles como combativos líderes enemigos. A Jamshíd le describió como a un Rustam⁶⁹ moderno, mientras que Muhammad-'Alí, según el representante diplomático, era un león sanguinario. Estos dos hombres respetados fueron primero encarcelados y enjaulados; luego fueron expulsados del territorio turco y custodiados hasta la frontera persa. Habían de ser entregados al Gobierno

persa y crucificados, y los guardias fueron amenazados con un terrible castigo si por un momento relajaban su vigilancia y dejaban escapar a los prisioneros. Por este motivo, en cada parada llevaban a las víctimas a algún lugar que fuera casi inaccesible. Una vez les arrojaron a una fosa, una especie de pozo, y soportaron un verdadero tormento durante toda la noche. A la mañana siguiente Jamshíd exclamó: "¡Oh vosotros que nos oprimís! ¿Somos José el Profeta para que nos hayáis arrojado a este pozo? ¿Recordáis cómo Él salió del pozo elevándose tan alto como la luna llena? También nosotros caminamos por el sendero de Dios, también nosotros estamos aquí abajo en Su nombre, y sabemos que estas profundidades son las alturas del Señor."

Una vez llegados a la frontera persa, Jamshíd y Muhammad-'Alí fueron entregados a los jefes kurdos para ser enviados a Teherán. Los jefes kurdos pudieron darse cuenta de que los prisioneros eran hombres inocentes, bondadosos y bienintencionados, que habían caído en las garras de sus enemigos. En lugar de enviarles a la capital les dejaron en libertad. Llenos de alegría, los dos marcharon a pie a toda prisa, volvieron hasta Bahá'u'lláh y encontraron un hogar junto a Él en la Más Grande Prisión.

Jamshíd pasó algún tiempo en completo arrobamiento, recibiendo la gracia y el favor de Bahá'u'lláh, siendo admitido una y otra vez a Su presencia. Estaba tranquilo y en paz. Los creyentes estaban complacidos con él, y él estaba complacido con Dios. Fue en esta condición que él prestó oídos al mandato celestial: "Oh tú, alma que estás en paz, regresa a tu Señor, complacida con Él y Él contigo."⁷⁰ Y a la llamada de Dios: "¡Regresa!", él respondió: "¡Sí, verdaderamente!" Se elevó desde la Más Grande Prisión al más elevado Cielo; se remontó hasta un Reino puro y resplandeciente, fuera de este mundo de polvo. Que Dios le socorra dentro de la compañía celestial,⁷¹ le lleve al Paraíso de Esplendores y, seguro en los Jardines divinos, le haga vivir por siempre jamás.

Salutaciones sean sobre él, y alabanza. Su tumba, fragante como el almizcle, está en 'Akká.

Hájí Ja'far-i-Tabrízí y sus hermanos

HABÍA TRES hermanos, todos de Tabríz: Hájí Hasan, Hájí Ja'far y Hájí Taqí. Los tres eran cual águilas remontando vuelo; eran tres estrellas de la Fe titilando con la luz del amor de Dios.

Hájí Hasan era de los primeros días; había creído desde el primer albor de la nueva Luminaria. Estaba lleno de ardor y tenía una mente perspicaz. Tras su conversión viajó por todas partes, por las ciudades y aldeas de Persia, y su aliento conmovió el corazón de almas anhelantes. Entonces marchó hacia 'Iráq y en el primer viaje del Amado alcanzó allí Su presencia. Una vez llegó a contemplar aquella bellísima Luz, fue arrebatado al Reino de los Esplendores; estaba incandescente, y se convirtió en un esclavo suspirando de amor. En ese tiempo se le ordenó volver a Persia. Era vendedor ambulante; vendía pequeñas mercancías y viajaba de ciudad en ciudad.

En el segundo viaje de Bahá'u'lláh a 'Iráq, Hájí Hasan ansiaba volver a verle, y allí en Baghdád fue deslumbrado una vez más por Su presencia. Cada cierto tiempo viajaba a Persia y luego regresaba, sus pensamientos centrados en enseñar y promover la Causa. Su negocio se desmoronó. Unos ladrones se llevaron sus mercancías y así, tal como él lo dijo, se libró del peso que tenía encima, quedó liberado. Rehuía cualquier atadura mundana. Permanecía asido firmemente, como si un imán le sostuviera; se enamoró perdidamente, con locura, del amoroso Compañero, de Aquel que es el Bienamado de ambos mundos. Era conocido en todas partes por el éxtasis en que estaba, y experimentaba extraños estados de conciencia; algunas veces, con la mayor elocuencia enseñaba la Fe aduciendo como prueba numerosos versos sagrados y santas tradiciones y apoyándose en argumentos sólidos y razonables. Entonces sus oyentes comentaban sobre su capacidad intelectual, su sabiduría y su serenidad. Pero había otras ocasiones en que repentinamente surgían llamaradas de amor en su interior, y entonces no podía permanecer quieto un instante. En esos momentos se ponía a dar saltos y a bailar, o bien en voz alta soltaba versos de los poetas, o una canción. Hacia el fin de sus días se hizo amigo íntimo de Jináb-i-Muníb; los dos intercambiaban muchas confidencias recónditas, y cada uno llevaba muchas melodías en su pecho.

Con el viaje final de los amigos él marchó a Ádhirbáyján, y allí, dejando a un lado toda precaución, proclamó a voces el Más Grande Nombre: "¡Yá Bahá'u'l-Abhá!" Los no creyentes del lugar se aliaron con sus parientes y lograron llevar a aquel inocente, aquel hombre en éxtasis, mediante un ardid, hacia un jardín apartado. Allí, primero le hicieron preguntas y escucharon sus respuestas. Él habló claramente; expuso las verdades secretas de la Fe y presentó pruebas concluyentes de que el Advenimiento había tenido lugar, sin duda alguna. Recitó versos del Corán y tradiciones transmitidas desde los tiempos del Profeta Muhammad y los Sagrados Imanes. A continuación, en un delirio de amor y anhelante éxtasis, empezó a cantar. Fue una melodía en el estilo shahnáz lo que cantó; la letra era de los poetas, y decía que el Señor había venido. Y le mataron; derramaron su sangre. Le arrancaron y cortaron sus miembros y ocultaron su cuerpo bajo el polvo.

En cuanto a Hájí Muhammad-Ja'far, el biennacido, también él, como su hermano, fue hechizado por la Bendita Belleza. Fue en 'Iráq cuando entró a presencia de la Luz del Mundo, y también en él prendió el fuego del amor divino y se vio transportado por las suaves brisas de Dios. Como su hermano, vendía pequeñas mercancías, siempre de viaje de un lugar a otro. Cuando Bahá'u'lláh dejó Baghdád para ir a la capital del Islam, Hájí Ja'far estaba en Persia, y cuando la Bendita Belleza y Su séquito se quedaron en Adrianópolis, Ja'far y Hájí Taqí, su hermano, llegaron allí desde Ádhirbáyján. Encontraron por algún lado un rincón donde quedarse y se establecieron. Entonces nuestros opresores extendieron sus arrogantes manos para enviar a Bahá'u'lláh hasta la Más Grande Prisión, y prohibieron a los creyentes acompañar al verdadero Bienamado, pues su propósito era traer a Bahá'u'lláh a esta prisión con sólo un puñado de los Suyos. Cuando Hájí Ja'far vio que le habían excluido del grupo de exiliados, agarró una navaja de afeitar y se abrió de un tajo la garganta.⁷² La muchedumbre mostró su dolor y su horror, y las autoridades, entonces, permitieron a todos los creyentes marchar en compañía de Bahá'u'lláh, todo ello gracias a la bendición originada por el acto de amor de Ja'far.

Le cosieron la herida, pero nadie pensaba que se recobraría. Le dijeron: "Por el momento, tendrás que quedarte donde estás. Si tu garganta sana, serás enviado para allá, junto a tu hermano. Tenlo por seguro." Bahá'u'lláh también ordenó que se hiciera así. En consecuencia, dejamos a Ja'far en el hospital y continuamos hasta la prisión de 'Akká. Dos meses después, él y su hermano Hájí Taqí llegaron a la

fortaleza y se unieron a los demás prisioneros. Sano y salvo, el Hájí se tornaba más amante, más ardiente con el paso de los días. Desde el ocaso hasta el amanecer permanecía en vela, recitando oraciones, derramando sus lágrimas. Entonces una noche cayó de la azotea del caravanserai y ascendió al Reino de los milagros y señales.

Hájí Taqí, nacido bajo una estrella de buena fortuna, era en todos los sentidos un verdadero hermano de Hájí Ja'far. Vivía en la misma condición espiritual, pero era más sosegado. Tras la muerte de Hájí Ja'far vivía en una habitación totalmente solo. Era el silencio mismo. Permanecía allí sentado, totalmente solo, con corrección y cortesía, aun durante la noche. Una medianoche subió a la azotea para recitar oraciones. A la mañana siguiente le encontraron donde había caído, en el suelo junto al muro. Estaba inconsciente, y no se sabía si era un accidente o si él mismo se había tirado. Cuando volvió en sí dijo: "Estaba hastiado de esta vida y traté de matarme. No deseo prolongar ni un momento más mi estancia en este mundo. Orad para que pueda marchar."

Ésta, pues, es la historia de la vida de aquellos tres hermanos. Los tres eran almas en paz; los tres estaban complacidos con su Señor y Él con ellos.⁷³ Eran llamas; eran cautivos de la Fe; eran puros y santos. Y por ello, separados del mundo, volviendo el rostro hacia el Reino Más Alto, ascendieron. Que Dios les envuelva en la vestidura de Su gracia en el Reino del perdón y les sumerja en las aguas de Su merced por siempre jamás. Sobre ellos sean saludos y alabanza.

Hájí Mírzá Muhammad-Taqí, el Afnán

ENTRE AQUELLAS almas que son rectas, que son entidades luminosas y reflejos de lo Divino, estaba Jináb-i-Muhammad-Taqí, el Afnán.⁷⁴ Su título era Vakílu'd-Dawlih. Esta eminente Rama era un vástago del Árbol Sagrado; en él se aliaban un carácter excelente y un noble linaje. Su parentesco sí que era verdadero parentesco. Se hallaba entre aquellas almas que, tras una lectura del Libro de Íqán, se convirtieron en creyentes, hechizados por las suaves fragancias de Dios, regocijándose con la recitación de sus versos. Era tal su agitación que exclamaba a

voces: "¡Señor, Señor, aquí estoy!" Con gran alegría abandonó Persia y marchó a toda prisa a 'Iráq. Lleno como estaba de anhelante amor, pasó veloz por las montañas y a través de los desiertos yermos, sin detenerse a descansar hasta que llegó a Baghdád.

Entró a presencia de Bahá'u'lláh y alcanzó la aceptación a Su vista. ¡Qué éxtasis sagrado, qué fervor, qué desapego del mundo tenía! Estaba más allá de cualquier descripción. Su bendito rostro era tan gentil, tan luminoso, que los amigos de 'Iráq le pusieron un nombre: le llamaban "el Afnán de todas las delicias." Era verdaderamente un alma bendita, un hombre digno de ser reverenciado. Nunca dejó de cumplir con su deber, desde el comienzo de su vida hasta su último suspiro. Al comenzar sus días se enamoró de las suaves fragancias de Dios, y al concluir rindió un servicio supremo a la Causa de Dios. Su vida fue recta; su lenguaje, agradable; sus hechos, loables. Jamás falló en servidumbre, en devoción, y cuando emprendía una tarea de gran importancia, lo hacía con prontitud y alegría. Su vida, su comportamiento, lo que hizo y lo que dejó por hacer, sus relaciones con los demás, todo ello era una manera de enseñar la Fe, y servía como ejemplo, como advertencia para el resto.

Después de haber alcanzado el honor, en Baghdád, de tener un encuentro con Bahá'u'lláh, regresó a Persia, donde procedió a enseñar la Fe con una lengua elocuente. Y así es como se ha de enseñar: con una lengua elocuente, una pluma dispuesta, un carácter excelente, palabras agradables, y costumbres y acciones rectas. Incluso sus enemigos daban fe de la nobleza de sus pensamientos y de sus cualidades espirituales, y decían: "No hay nadie que pueda compararse con este hombre, por sus palabras y actos, su rectitud, honradez y la fuerza de su fe; es único en todo; ¡qué pena que sea bahá'í!" Es decir: "¡Qué pena que no sea como nosotros, perversos, desconsiderados, dedicados al pecado, absorbidos por la sensualidad, títeres de nuestras pasiones!" ¡Por la gracia de Dios! Vieron con sus propios ojos cómo en el momento en que conoció la Fe fue transformado, fue separado del mundo, empezó a despedir rayos del Sol de la Verdad; y, aun así, no fueron capaces de beneficiarse del ejemplo que él dio.

Durante los días que pasó en Yazd estuvo dedicado en apariencia a actividades comerciales, pero en realidad a enseñar la Fe. Su única mira era exaltar la Palabra de Dios; su único deseo, difundir las suaves Fragancias divinas; su único pensamiento, acercarse cada vez más a las Mansiones del Señor. No había en sus

labios otro recuerdo más que los versos de Dios. Era una encarnación de la voluntad de Bahá'u'lláh; un lugar de amanecer de la gracia del Más Grande Nombre. En muy numerosas ocasiones Bahá'u'lláh expresó a los que Le rodeaban Su satisfacción extrema con el Afnán; y, consecuentemente, todos estaban convencidos de que en el futuro él emprendería alguna tarea de gran importancia.

Tras la ascensión de Bahá'u'lláh, el Afnán, leal y firme en la Alianza, rindió aún mayores servicios que anteriormente; ello, a pesar de muchos obstáculos, de una cantidad de trabajo abrumadora y una infinita variedad de asuntos que reclamaban todos su atención. Renunció a su comodidad, a sus negocios, sus propiedades, fincas, tierras; marchó presuroso a 'Ishqábád y emprendió la construcción del Mashriqu'l-Adhkár; éste fue un servicio de gran magnitud, pues así él se convirtió en el primer individuo en erigir una Casa de Adoración Bahá'í, el primer constructor de una Casa para unificar al hombre. Con la ayuda de los creyentes de 'Ishqábád, consiguió llevarse la palma. Durante un largo periodo que pasó en 'Ishqábád no tuvo descanso. Día y noche apremiaba a los creyentes a seguir adelante. Luego, también ellos realizaron grandes esfuerzos, e hicieron sacrificios por encima de su capacidad; y el edificio de Dios se alzó, y se habló de él por todo Oriente y Occidente. El Afnán gastó todo lo que poseía para levantar este edificio, exceptuando una suma insignificante. Ésta es la manera de hacer un sacrificio. Esto es lo que significa ser fiel.

Posteriormente viajó a la Tierra Santa, y allí, junto a ese lugar que circundan los ángeles escogidos, al abrigo del Santuario del Báb, pasó sus días santo y puro, suplicando y rogando al Señor. La alabanza a Dios estaba siempre en sus labios, y recitaba oraciones con la lengua y con el corazón. Era maravillosamente espiritual, extrañamente luminoso. Él es una de esas almas que, antes de que se hiciera sonar el redoble de "¿No soy Yo tu Señor?", respondió: "¡Sí, verdaderamente, Tú eres!"⁷⁵ Fue en el periodo de 'Iráq, entre los años setenta y ochenta de la Hégira, cuando el fuego prendió en él y se enamoró de la Luz del Mundo, contempló la gloria alboreando en Bahá'u'lláh y fue testigo del cumplimiento de las palabras: "¡Yo soy Aquel que vive en el Reino de la Gloria de Abhá!"

El Afnán era un hombre extraordinariamente feliz. Cuando quiera yo me hallaba entristecido, iba a verle y al instante la alegría volvía otra vez. Alabado sea Dios, pues al final, muy cerca del Santuario del Báb, marchó apresuradamente al Reino de Abhá envuelto en luz; pero su pérdida apenó profundamente a 'Abdu'l-Bahá.

Su luminosa sepultura está en Haifa, al lado del Hazíratu'l-Quds, cerca de la Cueva de Elías. Allí debe erigirse una tumba, y se ha de construir lo mejor posible. Que Dios haga descender sobre su lugar de descanso rayos del Paraíso de los Esplendores, y bañe ese polvo sagrado con las lluvias que arrecian desde los retiros del Exaltado Compañero. Sobre él sea la gloria del Todoglorioso.

'Abdu'lláh Baghdádí

CUANDO ERA muy joven, la gente pensaba que 'Abdu'lláh Baghdádí era un libertino, dedicado únicamente al placer. Todos le consideraban un juguete de sus desmesurados deseos, enlodado en sus pasiones físicas. Pero en el momento en que se convirtió en creyente, fue extasiado por las suaves fragancias de Dios y transformado en una nueva creación. Se encontró a sí mismo en un extraño arrobamiento, completamente cambiado. Había sido del mundo, ahora era del Cielo; había vivido de la carne, ahora vivía del espíritu; había caminado en la oscuridad, ahora caminaba en la luz. Había sido esclavo de sus sentidos, ahora era esclavo de Dios. Había sido arcilla y barro anteriormente, ahora era una perla de gran precio; antes una piedra sin colorido ni lustre, ahora un brillante rubí.

Incluso entre los que no eran creyentes, el cambio provocó el asombro de la gente. Querían saber qué podía haberle causado ese efecto a este joven; ¿cómo había ocurrido que de repente estuviera desapegado del mundo, anhelante y devoto? "Estaba enviciado, corrompido", decían; "hoy es abstemio y casto. Estaba hundido en sus apetitos, pero ahora es el alma de la pureza y vive con rectitud. Ha dejado el mundo tras de sí. Ha puesto fin al festín, despedido a los convidados y recogido el mantel del banquete. Su mente está absorbida por el amor."

En breve dejó de preocuparse de sus placeres y posesiones y viajó hasta 'Akká a pie. Su rostro se había vuelto tan brillante, su naturaleza tan luminosa, que era un gozo mirarle. Yo solía decir: "Áqá 'Abdu'lláh, ¿en qué condición te encuentras?" Y él respondía de esta manera: "Estaba en la oscuridad; ahora, por el favor de la Bendita Belleza, he salido a la luz. Era un montón de polvo; Él me convirtió en un

campo fértil. Estaba en constante tormento; ahora estoy en paz. Estaba enamorado de mis cadenas; Él las ha roto. Yo estaba ávido de esto y de lo otro; ahora me aferro al Señor. Era un pájaro en una jaula; Él me dejó en libertad. Hoy, aunque vivo en el desierto y tengo por cama y almohada el duro suelo, me parece como la seda. En otro tiempo mi colcha era de satén, y mi alma estaba atormentada. Ahora no tengo casa, y soy feliz."

Pero su ardiente corazón se rompió viendo las persecuciones que padecía Bahá'u'lláh y cuán pacientemente sufría. 'Abdu'lláh ansiaba morir por Él. Y así sucedió que él ofreció su vida por su amoroso Compañero, y con gran premura salió de este mundo oscuro al país de la luz. Su luminosa sepultura está en 'Akká. Sobre él sea la gloria del Todoglorioso; sobre él sea la misericordia, por la gracia del Señor.

Muhammad-Mustafá Baghdadí

MUHAMMAD-MUSTAFÁ era una luz refulgente. Era hijo del famoso erudito Shaykh Muhammad-i-Shibl; vivía en 'Iráq, y desde su más temprana juventud era a todas luces único, y no admitía comparaciones; prudente, valiente, meritorio en todos los aspectos, era conocido por todas partes. Desde la infancia, guiado por su padre, había encendido la luz de la fe en la capilla de su corazón. Se había deshecho de los velos de la ilusión que le impedían ver, había observado todas las cosas con mirada llena de percepción, había sido testigo de nuevos y grandiosos signos de Dios y, sin pensar en las consecuencias, había gritado en alta voz: "¡La tierra ha resplandecido con la Luz de su Señor!"⁷⁶

¡Por Dios misericordioso! La oposición era intensa; el castigo, obvio; los amigos, todos ellos estaban aterrorizados y ocultos en algún rincón, escondiendo sus creencias; en un momento como éste esta intrépida personalidad siguió adelante audazmente con sus asuntos e hizo frente, como un hombre, a todos los tiranos. El único individuo que en el año setenta era famoso en 'Iráq por su amor a Bahá'u'lláh era esta respetable persona. Algunas otras almas que se hallaban por entonces en

Baghdád y sus alrededores, se habían arrastrado sigilosamente a sus grietas y escondrijos y, prisioneros de su propio letargo, allí permanecieron. Pero este admirable Muhammad-Mustafá iba y venía con audacia y orgullo, como un hombre, y los enemigos, debido a su fuerza física y valor, tenían miedo de atacarle.

Después del regreso de Bahá'u'lláh de su viaje al Kurdistán, el porte y la fuerza viriles de aquel valeroso individuo se realzaron aún más. Siempre que se le concedía el permiso, servía a Bahá'u'lláh y oía de Sus labios expresiones de favor y gracia. Él era el líder entre todos los amigos de 'Iráq, y, después de la gran separación, cuando el convoy del Bienamado partió hacia Constantinopla, permaneció leal y firme y resistió al enemigo. Se aprestó para el servicio y, abierta y públicamente, observado por todos, enseñó la Fe.

Tan pronto se difundió por todas partes la declaración de Bahá'u'lláh de que Él era "Aquel a Quien Dios Manifestará",⁷⁷ Muhammad-Mustafá, estando entre aquellas almas que se habían convertido en creyentes antes de esta Declaración, y antes de que se elevara el Llamamiento, gritó: "¡En verdad, creemos!" Pues, aun antes de esta Declaración, la luz misma penetró a través de los velos que habían envuelto a los pueblos del mundo, de manera que todo ojo que ve contempló el esplendor, y toda alma anhelante pudo admirar a su Bienamado.

Entonces, con toda su fuerza Muhammad-Mustafá se levantó para servir a la Causa. No descansaba de día ni de noche. Después de la partida de la Bendita Belleza hacia la Más Grande Prisión; después de que hubieran hechos prisioneros a los amigos en Baghdád y de haberlos enviado a Mosul; después de la hostilidad de enemigos destacados y la oposición del populacho de Baghdád, él no vaciló, sino que continuó firme en su puesto. Así transcurrió un largo periodo. Pero, con su anhelo por Bahá'u'lláh, era tal el tumulto en su corazón que partió solo hacia la Más Grande Prisión. Llegó allí durante el periodo de restricciones extremas y tuvo el honor de entrar a presencia de Bahá'u'lláh.

Pidió entonces permiso para buscar un alojamiento en algún lugar de las cercanías de 'Akká, y se le permitió residir en Beirut. Allí fue, y sirvió fielmente a la Causa ayudando a todos los peregrinos a su llegada y a su partida. Era un servidor excelente, un anfitrión generoso y amable, y se sacrificaba para ocuparse de sus asuntos mientras estaban de paso. Por todo esto llegaron a conocerle en todas partes.

Cuando el Sol de la Verdad ya se había puesto y la Luz del Concurso de lo Alto había ascendido, Muhammad-Mustafá permaneció leal a la Alianza. Se mantuvo tan firme frente a los vacilantes que éstos no se atrevieron ni a respirar. Era como una estrella fugaz, un proyectil arrojado contra los demonios;⁷⁸ frente a los violadores, una espada vengadora. Ninguno de los violadores se atrevía tan siquiera a pasar por la calle donde él vivía, y si casualmente se encontraban con él, eran como los que describe el Corán: "sordos, mudos, ciegos; por tanto, ¡no desandarán su camino en el error!"⁷⁹ Era la encarnación misma de: "La acusación del acusador no le desviará del sendero de Dios, y la fuerza tremenda del injuriador no le conmoverá."

Viviendo de la misma manera que antes, servía a los creyentes con mente libre e intención pura. Con todo su corazón ayudaba a los viajeros que iban a Tierra Santa, aquellos que habían venido a circundar ese lugar rodeado por la Compañía de lo Alto. Más tarde se trasladó de Beirut a Iskandarún y pasó allí algún tiempo, hasta que, atraído como por un imán hacia el Señor, desligado de todo salvo de Él, regocijándose por Sus Buenas Nuevas, aferrándose a la Cuerda que nadie puede cortar, ascendió en las alas del espíritu hacia su Exaltado Compañero.

Que Dios le alce hasta el más elevado Cielo, hasta la hermandad de la Gloria.⁸⁰ Que Dios le lleve a la tierra de las luces, al Reino misterioso, la asamblea de los esplendores del Fuerte, el Todopoderoso Señor. Sea sobre él la Gloria del Todoglorioso.

Sulaymán Khán-i-Tunukábání

SULAYMÁN KHÁN fue el emigrante y colono que recibió el título de Jamáli'd-Dín. Nació en Tunukábán, de una antigua familia de esa región. Fue acunado en la riqueza, criado para la comodidad, educado en las agradables costumbres de la vida de lujo. Desde su más temprana infancia tenía ambiciones elevadas y nobles miras, y era el honor y la aspiración personificados. Al principio planeaba dejar atrás a todos sus compañeros y alcanzar una posición encumbrada. Por esta razón

abandonó su lugar de nacimiento y fue a la capital, Teherán, donde esperaba convertirse en una gran figura, sobrepasando al resto de su generación.

En Teherán, sin embargo, la fragancia de Dios se cruzó en su camino y escuchó el llamamiento del Bienamado. Quedó a salvo de las perturbaciones de las altas esferas; de todo el estrépito y estruendo, la gloria, la pompa y los palacios, de este montón de polvo que es el mundo. Arrojó a un lado sus cadenas y, por la gracia de Dios, descubrió la paz. Para él, el asiento de honor no era ya diferente del lugar donde la gente se quitaba las sandalias a la entrada, y los puestos elevados fueron algo en seguida olvidados en el pasado. Quedó limpio de la mancha de esta vida; su corazón fue sosegado, pues había reventado los grilletes que le sujetaban a esta vida presente.

Vestido con ropa de peregrino, partió para encontrar a su amante Amigo, y llegó a la Más Grande Prisión. Aquí descansó durante un tiempo bajo la protección de la Antigua Belleza; aquí obtuvo el honor de entrar a Presencia de Bahá'u'lláh, y escuchó trascendentes enseñanzas de Sus sagrados labios. Cuando hubo respirado el aire perfumado, cuando sus ojos estuvieron iluminados y sus oídos armonizados con las Palabras del Señor, recibió permiso para hacer un viaje a India, con el mandato de enseñar a los verdaderos buscadores de la Verdad.

Apoyándose en Dios, su corazón, enamorado de las suaves fragancias de Dios, encendido con el amor de Dios, partió hacia India. Por allí vagó, y cuando quiera llegaba a una ciudad elevaba la llamada del Gran Reino y entregaba la buena nueva de que Aquel que había hablado en el Monte había venido. Se convirtió en uno de los labradores de Dios, esparciendo la semilla sagrada de las Enseñanzas. Esta siembra fue fructífera. A través de él, un número considerable de personas hallaron el camino al Arca de Salvación. La luz de la Guía divina fue vertida sobre estas almas y sus ojos se iluminaron al contemplar los poderosos Signos de Dios. Se convirtió en el punto focal de toda reunión, el huésped honrado. Hasta el día de hoy, en India pueden verse claramente los resultados de su presencia tan propicia, y aquellos a quienes él enseñó están ahora, a su vez, guiando a otros a la Fe.

A continuación de su viaje por la India, Sulaymán Khán retornó hacia Bahá'u'lláh, pero cuando llegó, la Ascensión ya había tenido lugar. Derramaba lágrimas continuamente y su corazón era un incensario para la tristeza. Pero permaneció leal a la Alianza, bien arraigado en el Cielo.

Poco antes de Su fallecimiento, Bahá'u'lláh había dicho: "Si alguien fuera a Persia y lograra hacérselo llegar, este mensaje debe ser entregado a Amínu's-Sultán:⁸¹ 'Usted tomó medidas para ayudar a los prisioneros; libremente les prestó un servicio apropiado; este servicio no será olvidado. Tenga la seguridad de que le traerá honor y hará que descienda una bendición sobre todos sus asuntos. ¡Oh Amínu's-Sultán! Toda casa erigida caerá un día convirtiéndose en ruinas, excepto la Casa de Dios; ésa se hará cada día más sólida y mejor guardada. Entonces sirve a la Corte de Dios con toda tu fuerza, para que descubras cómo alcanzar un hogar en el Cielo y fundes un edificio que perdure para siempre.'" Tras la partida de Bahá'u'lláh, este mensaje fue transmitido a Amínu's-Sultán.

En Ádhirbáyján los eclesiásticos turcos habían dado caza a Áqá Siyyid Asadu'lláh, le habían perseguido hasta encontrarle en Ardabíl y tramaban derramar su sangre; pero el Gobernador, mediante una estratagema, consiguió salvarle de ser maltratado físicamente y después asesinado; envió a la víctima, encadenado, a Tabríz y desde allí lo hizo conducir a Teherán. Amínu's-Sultán acudió en ayuda del prisionero y proporcionó un lugar de refugio a Asadu'lláh en su propia oficina. Un día, cuando el Primer Ministro estaba enfermo, Násiri'd-Dín Sháh llegó para visitarle. El Ministro explicó entonces la situación y prodigó sus alabanzas sobre el cautivo; hasta tal punto que el Sháh, al marchar, mostró gran amabilidad a Asadu'lláh y le dirigió palabras de consuelo. Y ello cuando hacía poco tiempo el cautivo habría sido colgado de inmediato para adornar alguna horca y abatido por los disparos de un arma.

Un tiempo después, Amínu's-Sultán perdió el favor del Soberano. Odiado y en desgracia, fue desterrado a la ciudad de Qum. Acto seguido, este siervo envió a Sulaymán Khán a Persia, llevando una oración y una misiva escrita por mí. La oración suplicaba la ayuda de Dios, Su munificencia y socorro para el caído Ministro, para que, desde aquel rincón del olvido, fuera llamado de nuevo a una posición de favor. En la carta claramente afirmábamos: "Esté preparado para regresar a Teherán. Pronto llegará la ayuda de Dios; la luz de la gracia volverá a brillar sobre usted; otra vez con plena autoridad, se verá libre y de Primer Ministro. Ésta es su recompensa por los esfuerzos que realizó por un hombre que estaba bajo la opresión." Aquella carta y aquella oración, hoy, están en posesión de la familia de Amínu's-Sultán.

Desde Teherán, Sulaymán Khán viajó a Qum y, según las instrucciones, fue a vivir en una celda en el santuario de la Inmaculada.⁸² Los parientes de Amínu's-Sultán fueron a visitar el lugar; Sulaymán Khán preguntó por el caído Ministro y expresó su deseo de verle. Cuando el Ministro supo de ello, mandó buscar a Sulaymán Khán. Poniendo toda su confianza en Dios, Sulaymán Khán fue sin demora a la casa del Ministro y, en un encuentro privado, le entregó la carta de 'Abdu'l-Bahá. El Ministro se levantó y recibió la carta con extremo respeto. Entonces, dirigiéndose al Khán, dijo: "Había abandonado toda esperanza. Si este anhelo se ve cumplido, me levantaré para servir; protegeré y defenderé a los amigos de Dios." Entonces expresó su gratitud, su alegría y cuán en deuda se sentía, y añadió: "Alabado sea Dios, vuelvo a tener esperanza; siento que por medio de Su ayuda mi sueño se hará realidad."

Para ser breve, el Ministro se comprometió a servir a los amigos, y Sulaymán Khán se despidió. El Ministro, entonces, quiso darle una suma de dinero para sufragar los gastos de su viaje, pero Sulaymán Khán lo rehusó y, a pesar de la insistencia del Ministro, no quiso aceptar nada. El Khán aún no había llegado a la Tierra Santa en su viaje de regreso, cuando a Amínu's-Sultán se le hizo volver de su exilio y fue requerido inmediatamente para ocupar de nuevo el puesto de Primer Ministro. Tomó posesión del cargo y lo ejerció con plena autoridad; y al principio sí apoyó, ciertamente, a los creyentes, pero hacia el final, en el caso de los martirios de Yazd, actuó con negligencia. No ayudó ni protegió a las víctimas, ni quiso escuchar sus repetidas peticiones, hasta que les dieron muerte a todos ellos. En conformidad con esto, también él fue destituido, fue un hombre acabado; aquella bandera que había ondeado tan orgullosamente fue arriada y aquel corazón lleno de esperanza quedó desesperado.

Sulaymán Khán siguió viviendo en la Tierra Santa, cerca del Santuario en cuyo derredor circula la Exaltada Asamblea. Continuó junto a los creyentes hasta el día de la ineludible muerte, en que partió hacia las mansiones de Aquel que vive y no muere. Dio la espalda a este montón de polvo, el mundo, y marchó con premura hacia el país de la luz. Escapó de esta jaula del ser contingente y se remontó al Reino que no tiene fin ni lugar. Que Dios le envuelva con las aguas de Su misericordia, haga llover Su perdón sobre él y le otorgue las maravillas de gracia abundante. Saluciones sean sobre él, y alabanza.

'Abdu'r-Rahmán, el calderero en cobre

FUE ÉSTE un hombre paciente y resignado en las pruebas, oriundo de Káshán. Aceptó la Fe muy al principio. No había aún vello en sus mejillas cuando bebió del amor de Dios, vio con sus propios ojos la mesa celestial extendida ante él y recibió su fe y su parte de la abundante gracia.

Al poco tiempo abandonó su hogar y partió hacia el jardín de rosas que era Baghdád, donde alcanzó el honor de entrar a presencia de Bahá'u'lláh. Pasó un tiempo en 'Iráq y logró una corona de gracia sin fin: entraba a menudo a presencia de Bahá'u'lláh y en numerosas ocasiones Le acompañaba a pie al Santuario de los Dos Kázims; éste era su mayor gozo.

'Abdu'r-Rahmán estuvo entre los prisioneros exiliados a Mosul, y más tarde se arrastró materialmente hasta la fortaleza de 'Akká. Aquí vivió, bendecido por Bahá'u'lláh. Llevaba un pequeño negocio, insignificante, pero estaba contento con él, feliz y en paz. Así, recorriendo el sendero de la rectitud, vivió hasta los ochenta años, momento en el que, serenamente paciente, partió remontándose hacia el Umbral de Dios. Que el Señor le envuelva allí con Su munificencia y compasión y le cubra con la vestidura del perdón. Su luminosa sepultura está en 'Akká.

Muhammad-Ibráhím-i-Tabrízí

ESTE HOMBRE, noble y altruista, era hijo del respetado 'Abdu'l-Fattáh, que se encontraba en la prisión de 'Akká. Al conocer que su padre estaba allí cautivo, vino a toda velocidad a la fortaleza para poder compartir también aquellas extremas aflicciones. Era un hombre sabio, comprensivo, lleno de agitación por haber

bebido del vino del amor de Dios, pero con un fondo de calma y serenidad maravillosas.

Había heredado el carácter de su padre, y era la ejemplificación del dicho de que el hijo es la esencia secreta de quien lo engendró. Por esta razón, durante un largo periodo vivió gozosamente en la cercanía de la Presencia Divina, disfrutando de una paz absoluta. De día se dedicaba a su profesión, y de noche venía a toda prisa a la puerta de la casa, para estar con los amigos. Era alguien cercano a todos los que eran firmes y veraces; estaba lleno de valor; era agradecido a Dios, abstemio y casto, con sus expectativas y su confianza puestas en la munificencia y la gracia del Señor. Hizo que la lámpara de su padre brillara, dio lustre a la familia de 'Abdu'l-Fattáh y dejó descendientes que quedaran después de él en este mundo que pasa velozmente.

Siempre hizo lo que pudo para asegurar la felicidad de los creyentes, siempre miró por el bienestar de éstos. Era sagaz, serio y constante. Por la gracia de Dios, permaneció leal hasta el fin, y firme en su fe. Que Dios le dé a beber de la copa del perdón; que pruebe un sorbo de la fuente de la munificencia y complacencia de Dios; que Dios le eleve a las alturas de la merced divina. Su tumba de suaves fragancias está en 'Akká.

Muhammad-'Alíy-i-Ardikání

EN LA flor de su más tierna juventud, Muhammad-'Alí, el iluminado, oyó la llamada de Dios y quedó prendado de la gracia celestial. Entró al servicio del Afnán, vástago del Árbol Sagrado, y vivió feliz y contento. Fue así como vino a la ciudad de 'Akká y estuvo presente bastante tiempo ante el Umbral Sagrado, logrando con ello una corona de gloria perdurable. Bahá'u'lláh dirigió hacia él Su mirada de gracia y favor. Sirvió con lealtad de corazón. Tenía un carácter alegre, un rostro gentil; era un hombre creyente, buscador, de valía probada.

Durante los días de Bahá'u'lláh, Muhammad-'Alí permaneció constante y, tras la Suprema Aflicción, su corazón no le falló, pues había bebido del vino de la Alianza y sus pensamientos estaban puestos en las bendiciones de Dios. Se trasladó a Haifa y vivió, firme como creyente, cerca del Hazíratu'l-Quds, situado junto al Santuario Sagrado del Monte Carmelo, hasta su último aliento, cuando la muerte llegó y la alfombra de su vida terrenal fue enrollada y guardada.

Este hombre fue un verdadero siervo del Umbral, un buen amigo para los creyentes. Todos estaban contentos con él, y hallaban en él un compañero excelente, amable y pacífico. Que Dios le socorra en Su exaltado Reino, y le dé un hogar en el Reino de Abhá, y envíe sobre él gracia abundante de los jardines del Cielo, el lugar de reunión, el lugar de la contemplación mística de Dios. Su polvo de fragancia de ámbar está en Haifa.

Hájí Áqáy-i-Tabrízí

EN LOS primeros años de su juventud este hombre espiritual, que procedía de Tabríz, había percibido el Conocimiento místico y bebido del Vino embriagador de Dios, y permaneció con la misma firmeza en la Fe cuando ya estaba incapacitado por la edad.

Vivió un tiempo en Ádhirbáyján enamorado del Señor. Cuando se llegó a saber por aquellos lugares que él era uno de los portadores del nombre de Dios, la gente arruinó su vida. Sus parientes y amigos se volvieron contra él, encontrando cada día una nueva excusa para acosarle. Finalmente cerró su casa, tomó a su familia y huyó a Adrianópolis. Llegó allí hacia el final del periodo de Adrianópolis y fue hecho prisionero por los opresores.

Junto a nosotros, errantes sin hogar, y bajo la protección de la Antigua Belleza, vino a la Más Grande Prisión y fue un confidente y compañero, compartiendo con nosotros las calamidades y tribulaciones, humilde y resignado en el sufrimiento. Más adelante, cuando las restricciones se suavizaron en cierta medida, se dedicó a

un negocio y, por la munificencia de Bahá'u'lláh, se encontró a gusto y en paz. Pero su cuerpo se había debilitado por las anteriores penalidades y por todos los sufrimientos, y sus facultades se habían deteriorado; de modo que al final cayó enfermo, sin esperanza de hallar remedio; y no muy lejos de Bahá'u'lláh, y bajo la sombra de Su protección, se alejó presuroso de este el más insignificante de los mundos hacia los elevados Cielos, de este lugar oscuro a la tierra de las luces. Que Dios le sumerja en las aguas del perdón; que le conduzca a los jardines del Paraíso y allí le mantenga seguro para siempre jamás. Su santo polvo descansa en 'Akká.

Ustád Qulám-'Alí-i-Najjár

ESTE HOMBRE, carpintero y maestro artesano, era de Káshán. En fe y certeza era como una espada desenvainada. Era muy conocido en su propia ciudad como un hombre recto, veraz y digno de confianza. Era altruista, abstemio y casto. Cuando se convirtió en creyente nada podía calmar su ansia apremiante de ver a Bahá'u'lláh; lleno de un amor jubiloso, salió de la Tierra de Káf (Káshán) y viajó a 'Iráq, donde contempló el esplendor del Sol naciente.

Era un hombre apacible, paciente, callado, a solas la mayor parte del tiempo. En Baghdád trabajaba en su oficio, tenía contacto con los amigos y era sostenido por la presencia de Bahá'u'lláh. Durante un tiempo vivió en paz y felicidad completas. Entonces enviaron a Mosul a los que habían hecho prisioneros, y él estaba entre las víctimas y, como ellos, se vio expuesto a la ira de los opresores. Permaneció en cautividad bastante tiempo y al ser liberado vino a 'Akká. También aquí fue un amigo para los prisioneros, y en la Fortaleza continuó practicando su oficio. Como de costumbre, era dado a la soledad, propenso a mantenerse apartado tanto de amigos como de extraños, y gran parte del tiempo vivía solo.

Entonces nos sobrevino la suprema prueba, la gran desolación. Qulám-'Alí se encargó del trabajo de carpintería de la Tumba Sagrada, empleando todas sus certeras capacidades. El tejado de cristal que se encuentra sobre el patio interior del Santuario de Bahá'u'lláh permanece hasta el día de hoy como producto de su

destreza. Era un hombre de corazón claro como el cristal. Su cara brillaba; su condición interna era constante; en ningún momento era cambiante o inestable. Fue firme, amoroso y fiel hasta su último aliento.

Después de unos años en esta vecindad, se elevó hacia lo Alto a la vecindad de la misericordia de Dios, que todo lo abarca, y se convirtió en un amigo de los que moran en los elevados Cielos. Tuvo el honor de estar con Bahá'u'lláh en ambos mundos. Éste es el don más precioso que puede otorgarse, el más costoso de todos los obsequios. Sean para él saluciones y alabanza. Su radiante sepultura está en 'Akká.

Jináb-i-Muníb

SU NOMBRE era Mírzá Áqá, y era el espíritu mismo. Era de Káshán. En los días del Báb fue atraído hacia las suaves fragancias de Dios; fue entonces cuando el fuego prendió en él. Era un joven excelente, bien parecido, lleno de encanto y de gracia. Como calígrafo no le iba a la zaga a nadie, era poeta y tenía asimismo una extraordinaria voz para el canto. Era prudente y perspicaz; firme en la Fe de Dios; una llama del amor de Dios, separado de todo menos de Dios.

Durante los años en que Bahá'u'lláh residió en 'Iráq, Jináb-i-Muníb abandonó Káshán y se apresuró a llegar a Su presencia. Fue a vivir en una casa pequeña y humilde, apenas se las arreglaba para subsistir, y se dedicó a poner por escrito las Palabras de Dios. Sobre su frente se podían ver con claridad los dones de la Manifestación. En todo este mundo mortal sólo tenía una posesión, su hija; y aun a su misma hija había dejado atrás en Persia al marchar apresuradamente hacia 'Iráq.

Cuando llegó el momento en que, con la mayor pompa y ceremonia, Bahá'u'lláh y Su comitiva partieron de Baghdád, Jináb-i-Muníb acompañó a pie al grupo. Este joven había sido conocido en Persia por su vida fácil y agradable y su amor al placer; también por ser algo blando y delicado y acostumbrado a tener todo lo que quería. Es obvio lo que tuvo que soportar una persona de este tipo yendo a pie desde Baghdád hasta Constantinopla. Aun así, recorrió con alegría las millas del

desierto y pasó los días y noches cantando oraciones, comulgando con Dios y suplicándole.

Fue para mí un compañero muy allegado en aquel viaje. Hubo noches en que caminábamos uno a cada lado del palanquín de Bahá'u'lláh, y sentíamos una alegría que escapa a toda descripción. Algunas de esas noches él cantaba poemas; entre ellos cantaba las odas de Háfiz, como la que empieza: "Ven, vamos a esparcir estas rosas, sirvamos este vino",⁸³ y aquel otro:

Aunque ante nuestro Rey arrodillados,
para Él sobre el dorado sol reinamos.

Mudables de colores no seremos;
¡leones rojos sí, dragones negros!

La Bendita Belleza, a la hora de Su partida de Constantinopla, ordenó a Jináb-i-Muníb regresar a Persia y promulgar la Fe. En conformidad con esto, él volvió y durante un periodo considerable rindió servicios sobresalientes, especialmente en Teherán. Entonces vino otra vez de Persia a Adrianópolis y entró a presencia de Bahá'u'lláh, disfrutando del privilegio de estar a Su servicio. Cuando llegó el momento de la gran catástrofe, es decir, el exilio a 'Akká, le hicieron prisionero en este Sendero y viajó, ya debilitado y enfermo, con el grupo de Bahá'u'lláh.

Había contraído una grave dolencia y se había debilitado penosamente. Aun así, se negaba a permanecer en Adrianópolis, donde podría recibir tratamiento, porque quería sacrificar su vida y caer a los pies de su Señor. Proseguimos el viaje hasta que llegamos al mar. Estaba ya tan débil que hicieron falta tres hombres para levantarlo y subirle al barco. Una vez a bordo, su estado empeoró de tal manera que el capitán insistió en que le sacáramos del barco, pero, debido a nuestras repetidas súplicas, esperó hasta que llegamos a Smyrna. En Smyrna, el capitán se dirigió al coronel 'Umar Bayk, el agente del Gobierno que nos acompañaba, y le dijo: "Si no le desembarca usted lo haré yo a la fuerza, porque el barco no está dispuesto a aceptar pasajeros en estas condiciones."

Nos vimos forzados entonces a llevar a Jináb-i-Muníb al hospital de Smyrna. Débil como estaba, incapaz de pronunciar palabra, se arrastró hasta Bahá'u'lláh, se echó a sus pies y se puso a llorar. Había también intenso dolor en el semblante de Bahá'u'lláh.

Llevamos a Jináb-i-Muníb al hospital, pero los funcionarios no nos concedieron más que una hora de tiempo. Le echamos en la cama; apoyamos su hermosa cabeza sobre la almohada; le abrazamos y besamos muchas veces. Entonces nos obligaron a marchar. Está claro cómo nos sentimos. Siempre que pienso en aquel momento vienen a mí las lágrimas; el corazón se me encoge y trato de evocar el recuerdo de lo que él fue. Un gran hombre; infinitamente sabio, así era constante, modesto y serio; y no había nadie como él en fe y certeza. En él las perfecciones internas y externas, lo espiritual y lo físico, estaban unidas. Por eso pudo recibir bendiciones y gracia sin fin.

Su sepultura está en Smyrna, pero está apartada y abandonada. Cuando haya ocasión de hacerlo, los amigos deben buscarla, y esos olvidados restos deben convertirse en un santuario muy frecuentado,⁸⁴ para que los peregrinos que lo visiten puedan aspirar el fragante aroma de su último lugar de reposo.

Mírzá Mustafá Naráqí

ENTRE AQUELLA compañía de almas puras y piadosas se encontraba Mírzá Mustafá, un destacado ciudadano de Naráq y uno de los primeros creyentes. Su rostro resplandecía con el amor de Dios. Su mente estaba ocupada con las anémonas de los significados místicos, bellos como praderas y macizos de flores.

Fue en los días del Báb cuando acercó sus labios por primera vez a la intoxicante copa de la verdad espiritual y hubo un extraño tumulto en su cerebro y un intenso anhelo en su corazón. En el sendero de Dios abandonó todo lo que poseía; lo perdió todo: dejó su hogar, su familia, su bienestar físico, su paz mental. Como un pez en la arena, luchaba por alcanzar el agua de la vida. Vino a 'Iráq, se unió a los

amigos de su alma y entró a presencia de Bahá'u'lláh. Vivió allí durante un tiempo, alegre y contento, recibiendo bendiciones sin fin. Entonces se le mandó volver a Persia, donde, al máximo de su capacidad, sirvió a la Fe. Era un hombre íntegro y de gran preparación, sólido, asentado firmemente como las colinas; sensato y digno de confianza. Para él, en medio de toda aquella confusión y pánico, el aullido de los perros salvajes era sólo un zumbido de moscas; las pruebas y los sufrimientos traían descanso a su mente; cuando fue arrojado al fuego de las aflicciones que se desataron, demostró ser oro reluciente.

El día que el convoy de Bahá'u'lláh salía de Constantinopla hacia Adrianópolis, llegó Mírzá Mustafá de Persia. Sólo tuvo oportunidad de llegar hasta Bahá'u'lláh una vez, y acto seguido se le ordenó regresar a Persia. En tal momento tuvo el honor de ser recibido.

Cuando Mírzá Mustafá llegó a Ádhirbáyján, empezó a difundir la Fe. Permanecía día y noche en estado de oración, y allí, en Tabríz, bebió de una copa que rebosaba. Su fervor aumentó, sus esfuerzos en la enseñanza provocaron un tumulto. Entonces llegó a Ádhirbáyján el eminente erudito, el renombrado Shaykh Ahmad-i-Khurásání, y los dos unieron sus fuerzas. El resultado fue un fuego espiritual tan irresistible que enseñaron la Fe abierta y públicamente y la gente de Tabríz se levantó encolerizada.

Los farráshes fueron en su busca y capturaron a Mírzá Mustafá. Pero entonces los opresores dijeron: "Mírzá Mustafá tenía dos mechones largos de pelo. No puede ser éste el que buscamos." En el acto, Mírzá Mustafá se quitó el sombrero y los dos mechones cayeron sueltos. "¡Observad!", les dijo. "Soy yo el que buscáis." Entonces le arrestaron. Le torturaron a él y a Shaykh Ahmad, hasta que finalmente, en Tabríz, aquellos dos grandes hombres apuraron la copa de la muerte y, martirizados, partieron apresuradamente hacia el Supremo Horizonte.

En el lugar donde iban a matarles, Mírzá Mustafá gritó: "¡Matadme a mí primero, matadme antes que a Shaykh Ahmad, para que no pueda verles derramar su sangre!"

Su grandeza ha quedado registrada para siempre en los Escritos de Bahá'u'lláh. Recibieron de Él numerosas Tablas, y después de su muerte Él dejó por escrito, con Su exaltada pluma, la angustia que soportaron.

Desde la juventud hasta la ancianidad, este hombre ilustre, Mírzá Mustafá, dedicó su vida entera al servicio en el sendero de Dios. Hoy habita en el Reino todoglorioso, en las cercanías de la inefable misericordia de Dios, y se regocija con desbordante alegría, y celebra la alabanza de su Señor. Suya sea la bienaventuranza y un hogar hermoso.⁸⁵ Sean para él nuevas de gran alegría procedentes del Señor de los Señores. Que Dios le otorgue un lugar exaltado en aquella elevada Compañía.

Zaynu'l-Muqarribín

ESTE HOMBRE distinguido fue uno de los más grandes de todos los compañeros del Báb y de todos los amados de Bahá'u'lláh. Cuando vivía bajo el Islam ya era afamado por su pureza y santidad de vida. Era un hombre con talento y sumamente experto en muchos sentidos. Era el líder y ejemplo espiritual de la población entera de Najaf-Ábád, y las personas eminentes de aquella región mostraban hacia él un respeto ilimitado. Cuando se manifestaba, su opinión era la que decidía; cuando pronunciaba sentencia, se llevaba a efecto; pues todos sabían que él era quien marcaba la pauta, y la autoridad en último recurso.

Tan pronto tuvo noticia de la Declaración del Báb, exclamó desde lo hondo de su corazón: "¡Oh nuestro Señor!; verdaderamente hemos oído la voz de alguien que llamaba. Nos llamó a la Fe -'Creed en vuestro Señor'- y hemos creído."⁸⁶ Se deshizo de todos los velos que le obstaculizaban; disipadas sus dudas, empezó a loar y glorificar a la Belleza prometida desde la antigüedad. En su propia casa, y en Isfáhán, cobró fama notoria por declarar por todas partes que la venida del tanto tiempo Deseado había tenido lugar. Sufrió las burlas, maldiciones y tormentos de los hipócritas. En cuanto a la gente, "la masa, cual serpiente entre la hierba", que anteriormente le había adorado, se levantó ahora para hacerle daño. Cada día traía consigo una crueldad más, un nuevo tormento de parte de sus opresores. Él lo soportó todo y continuó enseñando con gran elocuencia. Permaneció firme, impasible, al tiempo que la cólera de aquéllos aumentaba. Sostuvo en sus manos

una copa llena de las divinas buenas nuevas, ofreciendo a todos los que venían aquel trago embriagador del conocimiento de Dios. Carecía totalmente de miedo, no sabía nada del peligro, y seguía velozmente el sagrado sendero del Señor.

Tras el atentado contra el Sháh, sin embargo, ya no hubo donde refugiarse; no hubo noche ni mañana sin intensas aflicciones. Y como su permanencia en Najaf-Ábád en un momento así era un gran peligro para los creyentes, se marchó de allí y viajó a 'Iráq. Fue durante el periodo en que la Bendita Belleza estaba en Kurdistán, el tiempo en que había buscado retiro y vivía en una cueva en Sar-Galú, cuando Jináb-i-Zayn llegó a Baghdád. Pero sus esperanzas se vieron defraudadas, su corazón acongojado, pues todo era silencio: no se oía palabra de la Causa de Dios, ni rastro de su nombre o de su fama; no había reuniones, la llamada había dejado de escucharse. Yahyá, preso del terror, había desaparecido ocultándose en algún oscuro escondrijo. Aletargado y flácido, se había hecho invisible. Por mucho que lo intentó, Jináb-i-Zayn no consiguió encontrar una sola alma. Tuvo un único encuentro con su eminencia Kalím. Pero era un periodo en el que los creyentes estaban procediendo con máxima cautela, y él prosiguió su marcha hacia Karbilá. Pasó un tiempo allí y se dedicó a hacer copias de los Escritos, después de lo cual regresó a casa a Najaf-Ábád. Aquí las viles persecuciones y ataques de sus implacables enemigos eran difícilmente soportables.

Mas cuando se hizo sonar la Trompeta por segunda vez,⁸⁷ él fue devuelto a la vida. A las nuevas de la venida de Bahá'u'lláh su alma respondió; a la llamada del tambor: "¿No soy Yo tu Señor?", su corazón devolvió el redoble: "¡Sí, verdaderamente!"⁸⁸ Elocuentemente, volvió a enseñar, empleando pruebas tanto racionales como históricas para establecer que Aquel a Quien Dios hará manifiesto, el Prometido del Báb, había aparecido, sin lugar a dudas. Era como agua refrescante para los que andaban sedientos, y para los buscadores, una respuesta clara del Concurso de lo Alto. Al escribir y hablar era el primero entre los justos, y en sus aclaraciones y comentarios era un poderoso signo de Dios.

En Persia su vida corría peligro inminente, y como permanecer en Najaf-Ábád habría soliviantado a los agitadores y traído consigo disturbios, se apresuró a marchar a Adrianópolis, buscando refugio en Dios y exclamando al ir: "¡Señor, Señor, aquí estoy!" Vestido con la ropa de peregrino del amante, alcanzó la Meca de sus deseos. Allí se detuvo por un tiempo, en la presencia de Bahá'u'lláh, después de lo cual recibió la orden de partir, junto a Jináb-i-Mírzá Ja'far-i-Yazdí, y

promulgar la Fe. Regresó a Persia y comenzó a enseñar con la mayor elocuencia, de tal modo que las buenas nuevas de la venida del Señor resonaron hasta lo alto de los cielos. En la compañía de Mírzá Ja'far viajó por todas partes, atravesando ciudades florecientes y arruinadas, difundiendo la buena noticia de que la Bendita Belleza estaba ahora manifiesta.

Una vez más regresó a 'Iráq, donde fue el centro de todas las reuniones y llenaba de alegría a sus oyentes. En todas las ocasiones daba sabios consejos; en todo momento se consumía de amor a Dios.

Cuando los creyentes fueron hechos prisioneros en 'Iráq y desterrados a Mosul, Jináb-i-Zayn se convirtió en su jefe. Permaneció un tiempo en Mosul, siendo un consuelo para los demás, trabajando para resolver sus muchos problemas. Encendía la llama del amor en el corazón de las personas y hacía que fueran amables unas con otras. Más tarde pidió permiso para servir a Bahá'u'lláh; cuando esto se le concedió llegó a la prisión y tuvo el honor de entrar a presencia de su Bienamado. Su ocupación fue entonces poner por escrito los versos sagrados y dar aliento a los amigos. Era el amor mismo para los emigrantes, y alegraba el corazón de los viajeros. Nunca descansaba ni por un instante, y recibía gracia y bendiciones nuevas cada día, al tiempo que copiaba las Escrituras Bahá'ís con impecable cuidado.

Desde sus primeros años hasta su último aliento, este hombre eminente jamás falló en el servicio a la Manifestación. Después de la Ascensión le consumió tal pesar, continuas lágrimas y angustia tales que, con el paso de los días, fue apagándose. Permaneció fiel a la Alianza, y fue un compañero muy querido para este siervo de la Luz del Mundo, pero él ansiaba elevarse y marchar de esta vida, y aguardaba su partida día tras día. Al fin, feliz y sereno, jubiloso por las nuevas del Reino, se remontó hacia esa tierra misteriosa. Allí fue liberado de todas las penas, y en el lugar de reunión de los esplendores fue sumergido en luz.

Desciendan sobre él saluciones y alabanza del Reino luminoso, y la gloria del Todoglorioso desde el Concurso de lo Alto, y una gran alegría en ese Reino que perdura para siempre. Que Dios le otorgue una exaltada posición en el Paraíso de Abhá.

'Azím-i-Tafríshí

ESTE HOMBRE de Dios era del distrito de Tafrísh. Era alguien desligado del mundo, intrépido, independiente de parientes y extraños por igual. Fue uno de los primeros creyentes, y pertenecía a la compañía de los fieles. Fue en Persia donde alcanzó el honor de ser creyente y empezó a ayudar a los amigos; era un siervo para todos los creyentes, un ayudante de confianza para todos los viajeros. Junto a Músáy-i-Qumí, la gloria de Dios sea sobre él, vino a 'Iráq, recibió su porción de bendiciones de la Luz del Mundo y fue honrado con entrar a presencia de Bahá'u'lláh, sirviéndole y siendo objeto de dones y de gracia.

Después de cierto tiempo, 'Azím y Hájí Mírzá Músá volvieron a Persia, donde él continuó rindiendo servicio a los amigos puramente por amor a Dios. Sin salario ni estipendio sirvió a Mírzá Nasru'lláh de Tafrísh durante varios años, fortaleciéndose su fe y certeza con el paso de los días. Mírzá Nasru'lláh dejó entonces Persia para ir a Adrianópolis, y en su compañía fue Jináb-i-'Azím, y entró a presencia de Bahá'u'lláh. Siguió sirviendo con amor y lealtad puramente por amor a Dios; y cuando el convoy partió hacia 'Akká, 'Azím recibió la distinción de acompañar a Bahá'u'lláh, y entró en la Más Grande Prisión.

En la prisión fue elegido para servir a la familia; se convirtió en el aguador tanto puertas adentro como en el exterior. Se encargó de muchas tareas arduas en la prisión. No descansaba nunca, ni de día ni de noche. 'Azím, "el grande, el magnífico", era magnífico en cuanto al carácter. Era paciente, sufrido, indulgente, esquivo a la mancha de esta tierra. Y por ser el aguador de la familia, tenía el honor de entrar a presencia de Bahá'u'lláh todos los días.

Era un buen compañero para todos los amigos, un consuelo para sus corazones; traía felicidad a todos ellos, los presentes y también los ausentes. En muy numerosas ocasiones se oyó a Bahá'u'lláh expresar Su aprobación hacia este hombre. Siempre mantenía la misma condición interior; era constante, nunca sujeto al cambio. Siempre se le veía feliz. No conocía el significado de la fatiga. Nunca se le veía abatido. Cuando alguien le pedía algún servicio, lo realizaba al instante. Era leal y firme en su fe, un árbol que crecía en el jardín perfumado de la ternura de Dios.

Después de haber servido en el Umbral Sagrado por muchos y largos años, marchó presuroso, tranquilo, sereno, regocijándose con las nuevas del Reino, lejos de esta vida que se desvanece velozmente, hacia el mundo que no muere. Los amigos, todos ellos, lamentaron su fallecimiento, pero la Bendita Belleza alivió sus corazones, pues colmó de gracia y alabanzas a aquel que había partido.

Desciendan mercedes sobre 'Azím desde el Reino de la compasión divina; con él sea la gloria de Dios, al caer la noche y a la salida del sol.

Mírzá Ja'far-i-Yazdí

ESTE CABALLERO del campo de batalla era uno de los más instruidos entre los buscadores de la verdad, bien versado en muchas ramas del conocimiento. Estuvo largo tiempo en las escuelas especializándose en los fundamentos de la religión y la jurisprudencia religiosa y haciendo investigaciones en filosofía y metafísica, lógica e historia, en las ciencias contemplativas y las descriptivas.⁸⁹ Empezó, sin embargo, a observar que sus colegas eran arrogantes y satisfechos de sí mismos, y esto provocó su rechazo. Fue entonces cuando oyó la llamada proveniente del Concurso Supremo y, sin un momento de vacilación, alzó la voz y gritó: "¡Sí, verdaderamente!"; y repitió las palabras: "¡Oh nuestro Señor! Hemos oído la voz de alguien que llamaba. Nos llamó a la Fe -"Creed en vuestro Señor"-, y hemos creído."⁹⁰

Cuando vio el gran tumulto y los disturbios que se produjeron en Yazd, abandonó su lugar natal y fue a Najaf, la noble ciudad; aquí, por razones de seguridad, se mezcló con los eruditos de la religión, alcanzando renombre entre ellos por la amplitud de su propio conocimiento. Entonces, escuchando la voz de Baghdád, fue allí sin demora y cambió su manera de vestir. Es decir, se puso un sombrero de lego en la cabeza y fue a trabajar de carpintero para ganarse la vida. Viajó una vez a Teherán, regresó y, cobijado por la gracia de Bahá'u'lláh, vivió paciente y contento, feliz con el vestido de la pobreza. A pesar de su vasto conocimiento era humilde, sencillo, modesto. Guardaba silencio en todo momento, y era un buen compañero para cualquier tipo de hombre.

En el viaje de 'Iráq a Constantinopla, Mírzá Ja'far se encontraba en la comitiva de Bahá'u'lláh y fue compañero de este siervo en la tarea de atender las necesidades de los amigos. Cuando llegábamos a una parada, los creyentes, exhaustos por las largas horas de viaje, descansaban o dormían. Mírzá Ja'far y yo íbamos de un sitio a otro por los pueblos de los alrededores para encontrar avena, paja y otras provisiones para la caravana.⁹¹ Como había escasez en aquella zona, a veces ocurría que pasábamos, yendo de pueblo en pueblo, desde pasado el mediodía hasta bien entrada la noche. Como mejor podíamos, adquiríamos lo que hubiera disponible, luego volvíamos al convoy.

Mírzá Ja'far era paciente y sufrido, un sirviente fiel ante el Umbral Sagrado. Era un siervo para todos los amigos, trabajando día y noche. Un hombre tranquilo, parco en palabras, que en todas las cosas confiaba enteramente en Dios. Continuó sirviendo en Adrianópolis hasta que se produjo el destierro a 'Akká y fue también hecho prisionero. Él estaba agradecido por esto, daba gracias continuamente y decía: "¡Alabado sea Dios! ¡Estoy dentro del Arca cargada completamente!"⁹²

La Prisión era para él un jardín de rosas, y su celda, estrecha, un lugar amplio y fragante. En la época en que estábamos en la prisión cayó peligrosamente enfermo y tuvo que guardar cama. Sufrió muchas complicaciones, hasta que finalmente el médico lo desahució y dio por terminadas sus visitas. Entonces aquel hombre enfermo exhaló su último aliento. Mírzá Áqá Ján corrió hasta Bahá'u'lláh con la noticia de la muerte. El paciente no sólo había dejado de respirar, sino que su cuerpo ya no respondía. Su familia estaba congregada a su alrededor, lamentándose y derramando amargas lágrimas. La Bendita Belleza dijo: "Id; entonad la oración de Yá Sháfi -Oh Tú, el Sanador- y Mírzá Ja'far volverá a la vida. Muy rápidamente se encontrará tan bien como nunca." Llegué hasta su lecho. Su cuerpo estaba frío y todas las señales de la muerte estaban presentes. Lentamente empezó a moverse; en seguida fue capaz de mover brazos y piernas, y antes de que pasara una hora levantó la cabeza, se incorporó y se puso a reír y a contar bromas.

Después de aquello vivió mucho tiempo ocupado, como siempre, en servir a los amigos. Prestar su servicio era para él un motivo de orgullo: él era para todos siervo. Era siempre modesto y humilde, siempre con Dios presente en su mente, y lleno de esperanza y fe en el grado más alto. Finalmente, estando en la Más Grande Prisión, abandonó esta vida terrenal y emprendió vuelo hacia la otra vida.

Sean sobre él saludos y alabanza; sean sobre él la gloria del Todoglorioso y las miradas de favor del Señor. Su luminosa sepultura está en 'Akká.

Husayn-Áqáy-i-Tabrízí

ESTE HOMBRE cercano al Umbral Divino era el respetado hijo de 'Alí-'Askar-i-Tabrízí. Lleno de anhelante amor, vino con su padre de Tabríz a Adrianópolis y, por deseo propio, siguió adelante con alegría y esperanza hasta la Más Grande Prisión. Desde el día de su llegada a la fortaleza de 'Akká tomó a su cargo el servicio de café y atendió a los amigos. Este hombre capacitado era tan paciente, tan dócil, que a lo largo de un periodo de cuarenta años, a pesar de extremas dificultades (pues día y noche, tanto amigos como extraños se apiñaban ante las puertas), sirvió a todos y cada uno de los que vinieron, ayudando a todos fielmente. Durante todo ese tiempo Husayn-Áqá jamás ofendió a un alma, ni jamás nadie, en lo que a él respecta, pronunció una sola queja. Esto fue un verdadero milagro, y ningún otro podría haber establecido tal historial de servicios. Siempre estaba sonriente, atento a las tareas encomendadas a su cuidado, conocido por ser hombre de confianza. En la Causa de Dios era firme, orgulloso y leal; en tiempos de calamidades era paciente y resignado.

Tras la ascensión de Bahá'u'lláh las llamas de las pruebas se avivaron bruscamente y un torbellino de violación golpeó el edificio hasta derribarlo. Este creyente, a pesar de estrechos vínculos familiares, permaneció leal, mostrando tal fuerza y firmeza que fue una manifestación de las palabras: "En la Causa de Dios no temerá las acusaciones del acusador."⁹³ Ni un solo instante vaciló, ni flaqueó en su fe, sino que se mantuvo firme como una montaña, imponente como una ciudadela inexpugnable, y arraigado profundamente.

Los violadores de la Alianza se llevaron a su madre adónde ellos residían, donde vivía la hija de ésta. Hicieron todo lo que se les ocurrió para perturbar su fe. Hasta un punto difícil de creer, prodigaron sus favores sobre ella y la colmaron de amabilidad, ocultando el hecho de que habían roto la Alianza. Finalmente, sin embargo, aquella respetada sierva de Bahá'u'lláh detectó el olor de la violación,

tras lo cual instantáneamente abandonó la Mansión de Bahjí y se apresuró a volver a 'Akká. "Soy la sierva de la Bendita Belleza", dijo, "y leal a Su Alianza y Testamento. Aunque mi yerno fuera un príncipe del reino, ¿de qué me serviría? No he de ser conquistada por el parentesco o con demostraciones de afecto. No me interesan las muestras externas de amistad de quienes son la encarnación misma de los deseos egoístas. Yo estoy del lado de la Alianza y me adhiero al Testamento." No consintió en volverse a ver con los violadores de la Alianza; se liberó de ellos completamente y volvió su rostro hacia Dios.

En cuanto a Æusayn-Áqá, él jamás se separó de 'Abdu'l-Bahá. Tenía la mayor consideración hacia mí, y fue mi compañero constante, y por todo ello su fallecimiento fue un formidable golpe. Aun ahora, siempre que él viene a mi mente siento dolor y lamento su pérdida. Pero, alabado sea Dios, este hombre de Dios, en los días de la Bendita Belleza, permaneció en todo momento en estrecha proximidad a Su Casa y fue objeto de Su complacencia. Una y otra vez se oyó comentar a Bahá'u'lláh que Æusayn-Áqá había sido creado para realizar este servicio.

Tras cuarenta años de servicio abandonó este mundo efímero y se remontó hacia los reinos de Dios. Saludos y alabanza sean sobre él, y misericordia de su generoso Señor. Que su tumba sea rodeada por luces que emanan del exaltado Compañero. Su lugar de reposo está en 'Akká.

Hájí 'Alí-'Askar-i-Tabrízí

EL DISTINGUIDO 'Alí-'Askar era un mercader de Tabríz. Era muy respetado en Ádhirbáyján por todos los que le conocían, y reconocido por su piedad y honradez, por su devoción y profunda fe. La gente de Tabríz, todos y cada uno, admitían su excelencia y alababan su carácter y modo de vida, sus cualidades y talentos. Fue uno de los primeros creyentes y uno de los más notables.

Cuando sonó la Trompeta por primera vez él se desmayó, y al sonar el segundo toque le despertó a una nueva vida.⁹⁴ Se convirtió en una vela ardiendo con el amor de Dios, un hermoso árbol en los jardines de Abhá. Guió a toda su familia, sus

demás parientes y sus amigos a la Fe, y realizó con éxito numerosos servicios; pero la tiranía de los malvados le llevó a una situación angustiada y se vio sitiado por nuevas aflicciones cada día. Con todo, no flojeó ni se dejó desanimar; al contrario, su fe, su certeza y abnegación aumentaron. Al final ya no pudo soportar más su tierra natal. Acompañado por su familia, llegó a Adrianópolis, y aquí, con grandes apuros económicos, pero contento, pasó sus días con dignidad, paciencia, aceptación y dando gracias.

Entonces tomó consigo algunas mercancías de Adrianópolis y marchó a la ciudad de Jum'ih-Bázár para ganarse el sustento. Lo que tenía era insignificante, pero, aun así, los ladrones se lo llevaron. Cuando el Cónsul persa se enteró de ello presentó un documento al Gobierno, fijando una suma enorme como valor de los bienes robados. Por casualidad atraparon a los ladrones y resultaron hallarse en posesión de una cantidad considerable. Se decidió investigar el caso. El Cónsul hizo llamar a Hájí 'Alí-'Askar y le dijo: "Estos ladrones son muy ricos. En mi informe al Gobierno escribí que el importe del robo era grande. Por lo tanto, debe usted asistir al juicio y testificar en conformidad con lo que yo escribí."

El Hájí replicó: "Su excelencia, Khán, los bienes robados sumaban muy poco. ¿Cómo puedo informar yo de algo que no es verdad? Cuando me interroguen, yo expondré los hechos exactamente como son. Considero que éste es mi deber, y no otra cosa."

"Hájí", dijo el Cónsul, "tenemos aquí una oportunidad de oro; tanto usted como yo podemos beneficiarnos de ella. No permita que una ocasión así, que sólo se presenta una vez en la vida, se le escape de las manos."

El Hájí contestó: "Khán, ¿y cómo arreglaría esto con Dios? Le ruego que me deje. Diré la verdad y nada más que la verdad."

El Cónsul estaba fuera de sí. Empezó a amenazar y a agredir a 'Alí-'Askar. "¿Quiere usted hacerme quedar como un mentiroso?", gritó. "¿Quiere convertirme en el hazmerreír de todos? Le encerraré; haré que le destierren; no le ahorraré ningún suplicio. Le entregaré a la policía en este mismo instante y les diré que es un enemigo del Estado y que debe ser esposado y trasladado a la frontera persa."

El Hájí solamente sonrió. "Jináb-i-Khán", dijo, "he renunciado a mi vida por la verdad. No tengo nada más. Usted me está diciendo que mienta y dé falso

testimonio. Haga conmigo como le plazca; no pienso renegar de lo que es correcto."

Cuando el Cónsul vio que no había manera de hacer que 'Alí-'Askar jurara en falso, dijo: "Es mejor, entonces, que abandone este lugar, para que yo pueda informar al Gobierno de que ya no es posible localizar al propietario de la mercancía por haberse marchado a otro lugar. De otro modo quedará desacreditado."

El Æájí regresó a Adrianópolis y no dijo una palabra sobre sus bienes robados, pero el asunto llegó a ser de dominio público y provocó considerable asombro.

Aquel anciano excelente y poco común fue hecho cautivo en Adrianópolis, junto con el resto, y acompañó a la Bendita Belleza a la fortaleza de 'Akká, esta casa-prisión de tristezas. Junto a toda su familia, estuvo encarcelado en el sendero de Dios durante varios años; y siempre estaba dando gracias, pues para él la prisión era un palacio, y la cautividad un motivo de alegría. En todos aquellos años nunca se supo que él se expresara más que en agradecimiento y alabanza. Cuanto mayor era la tiranía de los opresores, más feliz era él. Una y otra vez se oyó a Bahá'u'lláh hablar de él con cariño y bondad, y solía decir: "Estoy contento con él." Este hombre, que era el espíritu personificado, se mantuvo constante, fiel y alegre hasta el final. Pasados unos años, cambió este mundo de polvo por el Reino que no está corrompido, y dejó tras de sí poderosas influencias.

Por regla general, era el compañero leal de 'Abdu'l-Bahá. Un día, al comienzo de nuestro periodo en la Prisión, fui a toda prisa al rincón del cuartel donde vivía, la celda que era su mísero nido. Allí yacía, con fiebre muy alta, fuera de sí. A su derecha estaba echada su mujer, temblando y estremeciéndose de escalofríos. A su izquierda estaba su hija, Fátimih, ardiendo de fiebre por el tifus. Más allá su hijo, Husayn-Áqá, estaba en cama con fiebre escarlata; se le había olvidado hablar persa, y no cesaba de gritar en turco: "¡Me estoy quemando por dentro!" A los pies del padre yacía la otra hija, profundamente enferma, y pegado a la pared estaba su hermano, Mashhadí Fattáh, desvariando y delirante. En esta condición, los labios de 'Alí-'Askar se estaban moviendo: estaba dando gracias a Dios y expresando su alegría.

¡Alabado sea Dios! Murió en la Más Grande Prisión, aún paciente y agradecido, aún con dignidad y firme en su fe. Se elevó hacia los retiros del Señor compasivo.

Sobre él sea la gloria del Todoglorioso; sean para él saluciones y alabanza; sobre él misericordia y perdón por los siglos de los siglos.

Áqá 'Alíy-i-Qazvíní

ESTE HOMBRE eminente tenía ambiciones y miras elevadas. Era en grado sumo constante, leal y firmemente arraigado en su fe, y estuvo entre los primeros y más grandes de los creyentes. Al alba misma del nuevo Día de Guía se enamoró del Báb y empezó a enseñar. De la mañana a la noche trabajaba en su oficio, y casi todas las noches recibía a los amigos para la cena. Haciendo así de anfitrión para los amigos en espíritu, guió a muchos buscadores a la Fe, atrayéndoles con la melodía del amor de Dios. Era extraordinariamente constante, activo y perseverante.

Entonces el aire cargado de perfume comenzó a soplar desde los jardines del Todoglorioso, y prendió en él la llama recién encendida. Sus ilusiones y fantasías se consumieron con el fuego y se levantó para proclamar la Causa de Bahá'u'lláh. Todas las noches había una reunión, una asamblea que rivalizaba con las flores en sus macizos. Se leían los versos, se entonaban las oraciones, se compartía la buena noticia del más grande de los Advenimientos. Pasaba la mayor parte del tiempo mostrando su amabilidad a amigos y extraños por igual; era un ser magnánimo, de mano y corazón espléndidos.

Llegó el día en que partió hacia la Más Grande Prisión y llegó con su familia a la fortaleza de 'Akká. Durante el viaje sufrió numerosas penalidades, pero su ansia por ver a Bahá'u'lláh era tal que las calamidades le parecieron fáciles de soportar; y por eso recorrió millas sin cuento, en busca de un hogar bajo la gracia protectora de Dios.

Al principio tenía medios; la vida era cómoda y agradable. Más adelante, sin embargo, se vio en la indigencia y sometido a terribles pruebas. La mayoría del tiempo su comida era pan nada más; en lugar de té, bebía de un arroyo. Con todo, él seguía feliz y contento. Su máxima alegría era entrar a presencia de Bahá'u'lláh; la reunión con su Amado era bendición suficiente; su alimento era contemplar la

belleza de la Manifestación; su vino, estar con Bahá'u'lláh. Estaba siempre sonriente, siempre en silencio; pero al mismo tiempo su corazón gritaba, brincaba y bailaba.

A menudo estaba en compañía de 'Abdu'l-Bahá. Era un amigo y compañero excelente, feliz, encantador; favorecido por Bahá'u'lláh, respetado por los amigos, esquivo al mundo, con su confianza puesta en Dios. No había en él veleidades; su condición interior era siempre la misma: estable, constante, firmemente asentado como las colinas.

Cuando quiera él viene a mi memoria, y recuerdo aquella paciencia y serenidad, aquella lealtad, aquel contento, involuntariamente me encuentro pidiendo a Dios que derrame sus bendiciones sobre Áqá 'Alí. Las desgracias y calamidades no cesaron de caer sobre aquel hombre estimable. Siempre estaba enfermo, continuamente sometido a innumerables aflicciones físicas. La razón era que, estando en su casa y sirviendo a la Fe en Qazvín, le capturaron los malintencionados y le golpearon tan brutalmente en la cabeza que le quedaron los efectos hasta la hora de su muerte. Le maltrataron y atormentaron de muchas maneras y creyeron permisible infligirle cualquier forma de crueldad; pero su único crimen era haberse hecho creyente, y su único pecado, haber amado a Dios. Como ha escrito el poeta, en líneas que ilustran la dolorosa condición de Áqá 'Alí:

Sitiado por lechuzas está el halcón real,
desgárranle las alas, aunque él no haya pecado.

"¿Acaso -de él se burlan- habrás de recordar
aquella real muñeca, aquel palacio amado?"

Él es un ave regia, su falta ésta si fue.

¿En qué, sino en belleza, pecar pudo José?

En pocas palabras, aquel gran hombre pasó el tiempo en la prisión de 'Akká, orando, suplicando, volviendo su rostro hacia Dios. Una munificencia infinita le envolvió; gozaba del favor de Bahá'u'lláh, admitido gran parte del tiempo a Su

presencia, e inmerso en infinita gracia. Esto era su alegría y su deleite, su estupenda buena suerte, su deseo más querido.

Entonces le sobrevino la hora prefijada, el romper del alba de sus esperanzas, y le llegó el turno de remontarse hacia lo alto, hacia el reino invisible. Al abrigo de la protección de Bahá'u'lláh, avanzó velozmente hacia esa tierra misteriosa. Sean para él saluciones y alabanza, y la misericordia del Señor de este mundo y el venidero. Que Dios ilumine su lugar de reposo con rayos provenientes del Compañero de lo alto.

Áqá Muhammad-Báqir y Áqá Muhammad-Ismá'íl, el sastre

ESTOS ERAN dos hermanos que, en el sendero de Dios, cautivos junto a los demás, fueron encerrados en la fortaleza de 'Akká. Eran hermanos del difunto Pahlaván Ridá. Dejaron Persia y emigraron a Adrianópolis, apresurándose hacia la amorosa bondad de Bahá'u'lláh, y bajo Su protección vinieron a 'Akká.

Pahlaván Ridá -la misericordia, las bendiciones y los esplendores de Dios sean sobre él; alabanza y saluciones sean sobre él- era un hombre en apariencia poco instruido, carente de conocimientos. Era comerciante, y, al igual que los otros que entraron al principio, dejó todo a un lado por amor a Dios, alcanzando de un brinco las alturas más elevadas del conocimiento. Él pertenece a los de la primera época. Se volvió de pronto tan elocuente que la gente de Káshán estaba maravillada. Por ejemplo, este hombre a todas luces sin instrucción, se dirigió a Hájí Muhammad-Karím Khán en Káshán y le presentó esta pregunta:

"Señor, ¿es usted el Cuarto Pilar? Soy un hombre sediento de la verdad espiritual y anhelo saber algo del Cuarto Pilar."⁹⁵

Puesto que se hallaban presentes varios dirigentes políticos y militares, el Hájí respondió: "¡Ni en el pensamiento! Dios me libre de todos aquellos que me consideren el Cuarto Pilar. Jamás he expresado semejante pretensión. Quienquiera diga que lo he hecho está hablando en falso; ¡qué Dios le maldiga!"

Unos días más tarde Pahlaván Ridá de nuevo acudió al Hájí y le dijo: "Señor, acabo de terminar su libro Irshádu'l-'Avám (Guía para los ignorantes); lo he leído de principio a fin; en él usted dice que uno está obligado a conocer al Cuarto Pilar o Cuarto Soporte; en realidad, usted lo considera un caballero a la altura del Señor de la Época.⁹⁶ Por ello yo ansío reconocerle y conocerle. Tengo la certeza de que usted sabe algo sobre él. Muéstremelo, se lo suplico."

El Hájí estaba colérico. Dijo: "El Cuarto Pilar no es una quimera. Es un ser claramente visible para todos. Igual que yo, lleva un turbante sobre la cabeza, trae puesto un 'abá, y lleva una vara en la mano." Pahlaván Ridá le sonrió. "Sin pretender ser descortés", dijo, "hay, entonces, una contradicción en las enseñanzas de Su Eminencia. Primero dice usted una cosa y luego otra."

Furioso, el Hájí replicó: "Ahora estoy ocupado. Tratemos este asunto en otro momento. Hoy debo pedir que me disculpe."

La cuestión es que Ridá, un hombre al que se consideraba inculto, fue capaz de vencer en un debate a tan erudito "Cuarto Pilar". En las palabras de 'Allámiy-i-Hillí, echó por los suelos al Cuarto Soporte.⁹⁷

Siempre que aquel valiente campeón del conocimiento empezaba a hablar, sus oyentes quedaban maravillados; y continuó, hasta su último suspiro, protegiendo y ayudando a todos los buscadores de la verdad. Al final se le llegó a conocer por todas partes como bahá'í, se volvió un vagabundo y ascendió al Reino de Abhá.

En cuanto a sus dos hermanos: mediante la gracia de la Bendita Belleza, después de hacerles cautivos los tiranos, fueron encerrados en la Más Grande Prisión, donde compartieron la suerte de estos errantes sin hogar. Aquí, durante los primeros días en 'Akká, con total desapego, con amor ardiente, partieron con presteza hacia el Reino todoglorioso. Pues nuestros implacables opresores, tan pronto llegamos, nos encarcelaron a todos dentro de la fortaleza en el cuartel de los soldados, y cortaron todas las entradas y salidas, para que nadie pudiera entrar ni salir. En aquella época el aire de 'Akká era venenoso, y cualquier forastero, nada más llegar, se ponía enfermo. Muhammad-Báqir y Muhammad-Ismá'íl cayeron gravemente enfermos y no había doctor ni medicina a su alcance; y aquellas dos luces personificadas murieron la misma noche, arrojados cada uno por los brazos del otro. Se elevaron al Reino imperecedero, dejando a los amigos lamentando su pérdida para siempre. No hubo nadie allí que no llorara aquella noche.

Al llegar la mañana quisimos llevarnos sus cuerpos santificados fuera. Los opresores nos dijeron: "Tienen prohibido salir de la fortaleza. Deben entregarnos los dos cadáveres. Nosotros los lavaremos, los amortajaremos y enterraremos. Pero primero deben pagarnos por hacerlo." El hecho era que no teníamos dinero. Había una alfombra de oración que se había colocado bajo los pies de Bahá'u'lláh. Él tomó esta alfombra y dijo: "Vendedla. Dad el dinero a los guardias." La alfombra de oración se vendió por 170 piastras⁹⁸ y la suma fue entregada. Pero aquellos dos jamás fueron lavados para su entierro, ni envueltos en sus mortajas; los guardias tan sólo cavaron un agujero en el suelo y los metieron dentro, tal como estaban, con la ropa que llevaban; de modo que todavía hoy sus sepulturas son una sola, y así como sus almas están unidas en el Reino de Abhá, sus cuerpos están juntos aquí, bajo la tierra, estrechamente abrazados uno al otro.

La Bendita Belleza colmó de bendiciones a estos dos hermanos. En vida, se vieron rodeados por Su gracia y favor; a su muerte, fueron homenajeados en Sus Tablas. Su sepultura está en 'Akká. Saludos sean para ellos, y alabanza. La gloria del Todoglorioso descienda sobre ellos, y la misericordia de Dios, y Su bendición.

Abu'l-Qásim de Sultán-Ábád

OTRO DE los prisioneros fue Abu'l-Qásim de Sultán-Ábád, el compañero de viaje de Áqá Faraj. Los dos eran personas sin pretensiones, leales y firmes. Una vez sus almas cobraron vida mediante los hálitos del Espíritu Fiel, salieron veloces de Persia hacia Adrianópolis, pues era tal la incesante crueldad de los malintencionados que ya no les era posible permanecer en su propia casa. A pie, libres de toda atadura, se lanzaron hacia las llanuras y colinas, abriéndose camino a través de aguas sin cauce y arenas desérticas. Cuán numerosas las noches en que no pudieron dormir, quedándose al raso sin tener donde posar la cabeza; sin nada que comer ni beber, sin otra cama que la tierra desnuda, sin otra comida más que la hierba del desierto. De algún modo, se arrastraron camino adelante y consiguieron llegar hasta Adrianópolis. Resultó que llegaron durante nuestros últimos días en

aquella ciudad, y les cogieron prisioneros junto al resto y, en compañía de Bahá'u'lláh, viajaron a la Más Grande Prisión.

Abu'l-Qásim enfermó gravemente de tifus. Murió casi al tiempo que los dos hermanos Muḩammad-Báqir y Muḩammad-Ismá'íl, y sus puros restos fueron enterrados a las afueras de 'Akká. La Bendita Belleza expresó Su aprobación hacia él, y los amigos, todos ellos, lloraron por sus aflicciones y lamentaron su pérdida. Sobre él sea la gloria del Todoglorioso.

Áqá Faraj

En todas estas apuradas situaciones, Áqá Faraj fue el compañero de Abu'l-Qásim. Cuando en el 'Iráq persa oyó por primera vez el tumulto producido por la Venida de la Luz Más Grande, se estremeció y tembló, se puso a dar palmadas, gritó lleno de júbilo y partió apresuradamente hacia 'Iráq. Rebosante de gozo, entró en presencia de su sagrado Señor. Fue acogido en la hermandad amorosa y recibió felizmente el honor de entrar al servicio de Bahá'u'lláh. Después regresó llevando buenas nuevas a Sultán-Ábád.

Aquí los malintencionados se encontraban al acecho, y estallaron los disturbios, con el resultado de que al bendito Mullá-Báshí y otros creyentes que no tenían quien les defendiera les abatieron a golpes y les dieron muerte. Entonces Áqá Faraj y Abu'l-Qásim, que se habían ocultado, se marcharon precipitadamente a Adrianópolis, para ir a caer, al final, junto a los demás y junto a su Bienamado, en la prisión de 'Akká.

Áqá Faraj entonces alcanzó el honor de dedicarse al servicio de la Antigua Belleza. Sirvió ante el Umbral Sagrado en todo momento y fue un consuelo para los amigos. Durante los días de Bahá'u'lláh fue su leal sirviente, y un fiel compañero muy cercano a los creyentes, y así siguió tras la partida de Bahá'u'lláh: se mantuvo fiel a la Alianza, y en el terreno de la servidumbre se irguió como una imponente palmera; un hombre noble y superior, paciente en medio de terribles adversidades, contento bajo todas las condiciones.

Con profunda fe y devoción abandonó esta vida y dirigió su rostro hacia el Reino de Dios, para convertirse en el objeto de una gracia ilimitada. Sobre él sean la misericordia y la complacencia de Dios, en Su Paraíso. Saludos para él, y alabanza, en las praderas del Cielo.

La consorte del Rey de los Mártires

ENTRE LAS mujeres que salieron de su tierra natal estaba la doliente Fátimih Begum, viuda del Rey de los Mártires. Era una hoja sagrada del Árbol de Dios. Desde su más tierna juventud se vio acosada por incontables pruebas. Primero fue el desastre que sorprendió a su noble padre en las inmediaciones de Badasht, cuando, después de terribles sufrimientos, murió en un caravanseraí desierto; una muerte penosa, desamparado y lejos del hogar.

La niña quedó huérfana y llena de dolor hasta que, por la gracia de Dios, se convirtió en la esposa del Rey de los Mártires. Pero como en todas partes le conocían como bahá'í, pues era un amante apasionado de Bahá'u'lláh, un hombre ya arrebatado, arrobado, y como Násiri'd-Dín Sháh estaba sediento de sangre, los hostiles acechaban emboscados y todos los días informaban en contra de él, le calumniaban una vez más, comenzaban una nueva protesta y ponían en marcha otra maquinación. Por esta razón su familia jamás pudo sentirse segura un solo día, sino que vivía cada momento con angustia, viendo venir y temiendo la hora de su martirio. Ahí estaba la familia, conocidos por todos como bahá'ís; sus enemigos, tiranos con corazón de piedra; su Gobierno, inflexible y permanentemente en contra de ellos; el Soberano reinante, sediento de sangre.

Es obvio cómo hubo de ser la vida para una familia así. Todos los días había algún incidente nuevo, más alboroto, otro tumulto, y no podían respirar tranquilos un solo momento. Entonces él fue martirizado. El Gobierno se mostró brutal y salvaje hasta tal punto que la raza humana clamó y se estremeció. Saquearon sus posesiones y les despojaron de ellas, y a su familia le faltó hasta el pan de cada día.

Fátimih pasaba las noches en llantos; hasta el romper del alba, sus únicas compañeras eran las lágrimas. Siempre que contemplaba a sus hijos suspiraba,

consumiéndose como una vela por el dolor que la devoraba. Pero entonces se ponía a dar gracias a Dios, y decía: "Alabado sea Dios; estas agonías, estas vidas rotas son por Bahá'u'lláh, en su querido Nombre." Recordaba a la indefensa familia del martirizado Husayn, y las calamidades que tuvieron el privilegio de soportar en el sendero de Dios. Y mientras meditaba sobre estos hechos, su corazón se alborozaba y ella exclamaba: "¡Alabado sea Dios! También nosotros nos hemos convertido en compañeros de la Familia del Profeta."⁹⁹

Como la familia estaba pasando tales apuros, Bahá'u'lláh les ordenó venir a la Más Grande Prisión, de modo que, resguardados en estos recintos de gracia abundante, pudieran ser compensados por todo lo que habían pasado. Aquí vivió ella algún tiempo, alegre, agradecida y alabando a Dios. Y aunque el hijo del Rey de los Mártires, Mírzá 'Abdu'l-Husayn, murió en la prisión, aun así su madre, Fátimih, lo aceptó, se resignó a la voluntad de Dios, no profirió un solo suspiro ni sollozo y no se entregó a las lamentaciones. No pronunció una palabra que diera muestras de su dolor.

Esta sierva de Dios era infinitamente paciente, respetable y reservada, y agradecida en todo momento. Pero entonces Bahá'u'lláh dejó el mundo, y ésta fue la suprema aflicción, la angustia definitiva, y ella no pudo soportar más. La conmoción y alarma fueron tales que, al igual que un pez sacado del agua, ella se retorció en el suelo, se agitaba y estremecía como si todo su ser temblara, hasta que al fin se despidió de sus hijos y murió. Se alzó hacia la misericordia protectora de Dios y se sumergió en un océano de luz. Sobre ella sean saluciones y alabanza, compasión y gloria. Que Dios endulce su lugar de reposo con las efusiones de Su merced celestial; que Él honre su morada a la sombra del divino Árbol del Loto.¹⁰⁰

Shams-i-Duhá

KHURSHÍD BEGUM, que recibió el título de Shams-i-Duhá, el Sol de la Mañana, era la suegra del Rey de los Mártires. Esta elocuente y ardiente sierva de Dios era prima, por parte de su padre, del famoso Muhammad-Báqir de Isfáhán, muy célebre por ser el jefe de los 'ulamás en aquella ciudad. Siendo aún niña perdió a

ambos padres y fue criada por su abuela en la casa de aquel afamado y erudito mujtahid, y recibió buena preparación en diversas ramas del conocimiento, en teología, ciencias y en las artes.

Cuando fue mayor la casaron con Mírzá Hádiy-i-Nahrí; y puesto que tanto a ella como a su marido les atraían profundamente las enseñanzas místicas de aquella gran luminaria, el excelente y distinguido Siyyid Kázim-i-Rashtí,¹⁰¹ se marcharon a Karbilá, acompañados por el hermano de Mírzá Hádí, Mírzá Muhammad-'Alí-i-Nahrí.¹⁰² Aquí solían asistir a las clases del Siyyid, empapándose de su conocimiento, de manera que esta sierva se instruyó a fondo sobre temas relacionados con la Divinidad, las Escrituras y sus significados íntimos. La pareja tuvo dos hijos, una niña y un niño. Llamaron a su hijo Siyyid 'Alí y a su hija Fátimih Begum, siendo ella quien, cuando llegó a la adolescencia, fue unida en matrimonio con el Rey de los Mártires.

Shams-i-Duhá estaba allí en Karbilá cuando se elevó en Shíráz el grito del Señor exaltado, y ella respondió gritando: "¡Sí, verdaderamente!" En cuanto a su marido y su hermano, partieron inmediatamente hacia Shíráz; pues los dos, yendo de visita al Santuario del Imám Husayn, habían contemplado la belleza del Punto Primordial, el Báb; los dos habían quedado maravillados por lo que vieron en aquel rostro resplandeciente, en aquellos atributos y maneras celestiales, y habían coincidido en que Alguien así debía ser sin duda un ser de inmensa grandeza. En consecuencia, en cuanto se enteraron de Su llamado divino, contestaron: "¡Sí, verdaderamente!", y estallaron en llamas de anhelante amor a Dios. Además, ellos habían estado presentes todos los días en aquel sagrado lugar donde el difunto Siyyid enseñaba, y le habían oído claramente decir: "La Venida está próxima, es una cuestión sumamente sutil y esquivada. Corresponde a cada uno buscar, investigar, pues es posible que el Prometido esté ahora mismo presente entre los hombres, incluso visible, mientras todos cuantos le rodean están descuidados, sin pensar en ello, con los ojos vendados, tal y como las sagradas tradiciones han predicho."

Cuando los dos hermanos llegaron a Persia oyeron que el Báb había ido a Meca de peregrinaje. Siyyid Muhammad-'Alí por ello partió hacia Isfáhán y Mírzá Hádí regresó a Karbilá. Mientras tanto, Shams-i-Duhá había hecho amistad con "el Ruiseñor del Paraíso", hermana de Mullá Husayn, Bábu'l-Báb.¹⁰³ A través de aquella dama había conocido a Táhirih, Qurratu'l-'Ayn,¹⁰⁴ y había comenzado a

pasar la mayor parte del tiempo en estrecha compañía con ellas dos, dedicadas a enseñar la Fe. Como esto sucedía en los primeros días de la Causa, la gente aún no tenía miedo. Shams obtuvo enorme provecho de estar con Táhirih, y estaba más encendida con el fuego de la Fe que nunca. Pasó tres años en estrecha asociación con Táhirih en Karbilá. Día y noche los vientos del Todomisericordioso la agitaban, y enseñaba con lengua elocuente.

Conforme Táhirih fue haciéndose célebre por todo Karbilá, y la Causa de su Suprema Santidad, el Báb, se extendía por toda Persia, los ulamás del último día se levantaron para negarla, volcar sobre ella su desprecio y destruirla. Promulgaron un fatvá o juicio que pedía una masacre general. Táhirih estaba entre los designados por los 'ulamás de la ciudad como no creyentes, y erradamente la creyeron en casa de Shams-i-Duhá. Irrumpieron en casa de Shams-i-Duhá, la rodearon, maltrataron y vilipendiaron, y le infligieron severos daños corporales. La arrastraron fuera de la casa y por las calles hasta el bazar; la golpearon con palos; la apedrearon, la vituperaron en un lenguaje vil, agrediéndola repetidamente. Mientras esto sucedía, Hájí Siyyid Mihdí, el padre de su distinguido marido, llegó al lugar. "¡Esta mujer no es Táhirih!", les gritó. Pero no tenía testigos para probarlo,¹⁰⁵ y los farráshes, la policía y la turba no cejaban. Entonces, en medio del tumulto, una voz gritó: "¡Han arrestado a Qurratu'l-'Ayn!" Al oír esto, la gente abandonó a Shams-i-Duhá.

Pusieron guardias a la puerta de la casa de Táhirih y no se permitía a nadie entrar o salir, mientras las autoridades esperaban instrucciones de Baghdád y Constantinopla. Como el intervalo de espera se alargaba, Táhirih pidió permiso para marchar hacia Baghdád. "Permítanos ir allí nosotras mismas", les dijo. "Estamos resignadas a todo. Cualquier cosa que nos ocurra es lo mejor que puede ocurrir, y lo más grato." Con el permiso del Gobierno, Táhirih, el Ruiseñor del Paraíso, su madre y Shams-i-Duhá dejaron Karbilá y viajaron a Baghdád, pero la masa del populacho -igual que una serpiente- las siguió durante un rato, tirándoles piedras desde cierta distancia.

Cuando llegaron a Baghdád fueron a vivir a la casa de Shaykh Muhammad-i-Shibl, padre de Muhammad-Mustafá; y como las multitudes se agolpaban a la puerta, hubo mucho alboroto por todo aquel barrio, de manera que Táhirih trasladó su residencia a otro lugar, a un alojamiento propio, donde enseñó continuamente la Fe y proclamó la Palabra de Dios. Aquí los 'ulamás, shaykhs y otros venían a

escucharla, haciéndole preguntas y recibiendo sus respuestas, y así alcanzó en seguida fama notable por todo Baghdád, exponiendo cómo hacía los temas teológicos más recónditos y sutiles.

Cuando las autoridades del Gobierno supieron de esto, trasladaron a Táhirih, Shams-i-Duhá y el Ruiseñor a la casa del Muftí, y allí permanecieron tres meses hasta que se recibieron noticias sobre su caso de Constantinopla. Durante la estancia de Táhirih en casa del Muftí, gran parte del tiempo transcurrió en conversaciones con él, aduciendo pruebas convincentes en cuanto a las Enseñanzas, analizando y exponiendo cuestiones relativas al Señor Dios, disertando sobre el Día de la Resurrección, sobre la Balanza y el Día del Juicio,¹⁰⁶ desentrañando las complejidades de las realidades íntimas.

Un día vino el padre del Muftí y estuvo criticándoles violenta y largamente. Esto desconcertó un poco al Muftí y empezó a pedir disculpas por su padre. Entonces dijo: "Ha llegado vuestra respuesta de Constantinopla. El soberano os ha dejado libres, pero a condición de que abandonéis sus reinos." A la mañana siguiente dejaron la casa del Muftí y se dirigieron a los baños públicos. Entretanto, Shaykh Muhammad-i-Shibl y Shaykh Sultán-i-'Arab hicieron los preparativos necesarios para el viaje, y pasados tres días dejaron Baghdád; es decir, Táhirih, Shams-i-Duhá, el Ruiseñor del Paraíso, la madre de Mírzá Hádí, y algunos Siyyids de Yazd emprendieron viaje a Persia. Todos los gastos del viaje fueron cubiertos por Shaykh Muhammad.

Llegaron a Kirmánsháh, donde las mujeres fijaron su residencia en una casa y los hombres en otra. El trabajo de enseñanza seguía en todo momento, y en cuanto los 'ulamás se dieron cuenta de ello, ordenaron que se expulsara al grupo. A lo cual el jefe del distrito, con un grupo de gente, entraron a la fuerza en la casa y se llevaron sus pertenencias; luego, sentaron a los viajeros en palanquines descubiertos y los sacaron de la ciudad. Cuando llegaron a un campo, los muleros les hicieron apearse al suelo raso y se marcharon, llevándose con ellos palanquines y animales, dejándoles sin comida ni equipaje y sin techo donde cobijarse.

Táhirih, acto seguido, escribió una carta al Gobernador de Kirmánsháh. "Éramos viajeros", escribió, "huéspedes en vuestra ciudad. 'Honrad a vuestro huésped', dice el Profeta, 'aunque no sea creyente.' ¿Es justo que un huésped sea despreciado y despojado así?" El Gobernador ordenó que se restituyeran los bienes robados, y

que todo fuera devuelto a los propietarios. De acuerdo con esto, los muleros regresaron también, volvieron a sentar en los palanquines a los viajeros y continuaron viaje a Hamadán. Las damas de Hamadán, incluso las princesas, venían todos los días a ver a Táhirih, que permaneció dos meses en aquella ciudad.¹⁰⁷ Allí permitió marchar a algunos de sus compañeros de viaje, para que pudieran volver a Baghdád; otros, sin embargo, la acompañaron a Qazvín.

Mientras viajaban se les acercaron unos hombres a caballo, familiares de Táhirih, es decir, hermanos suyos. "Hemos venido", dijeron, "por mandato de nuestro padre, para llevárnosla a ella sola." Pero Táhirih se negó, y por consiguiente permanecieron juntos todo el grupo hasta que llegaron a Qazvín. Aquí, Táhirih fue a casa de su padre, y los amigos, los que habían ido a caballo y los que viajaron a pie, se hospedaron en un caravanserai. Mírzá Hádí, el marido de Shams-i-Duhá, se había ido a Máh-Kú en busca del Báb. A su regreso aguardó hasta la llegada de Shams a Qazvín, después de lo cual la pareja partió hacia Isfáhán, y cuando llegaron allí, Mírzá Hádí continuó viaje a Badasht. En aquella pequeña aldea y sus proximidades fue atacado, torturado, incluso apedreado, y le sometieron a tan horribles sufrimientos que finalmente, en un caravanserai en ruinas, murió. Su hermano Mírzá Muhammad-'Alí le enterró allí, junto al camino.

Shams-i-Duhá permaneció en Isfáhán. Pasaba los días y noches recordando a Dios y enseñando Su Causa a las mujeres de aquella ciudad. Se hallaba dotada de una lengua elocuente; era maravilloso oírle hablar. Era muy respetada por las mujeres principales de Isfáhán, célebre por su devoción, su piedad y la pureza de su vida. Era la castidad personificada; todas sus horas transcurrían recitando la Sagrada Escritura, o comentando los Textos, o desentrañando los temas espirituales más complejos, o diseminando por todas partes las suaves fragancias de Dios.

Éstas fueron las razones que llevaron al Rey de los Mártires a casarse con su respetada hija y convertirse en su yerno. Y cuando Shams fue a vivir a su magnífica casa, día y noche la gente se aglomeraba a la puerta, pues las mujeres principales de la ciudad, fueran amigas o extrañas, tuvieran o no intimidad con ella, iban y venían continuamente. Pues ella era un fuego encendido por el amor de Dios y proclamaba la Palabra de Dios con gran ardor y brío, de tal modo que se la llegó a conocer entre los no creyentes como Fátimih la Señora de la Luz de los bahá'ís.¹⁰⁸

Y así pasó el tiempo hasta el día en que "la Serpiente hembra" y "el Lobo" conspiraron juntos y promulgaron un decreto, un fatvá, que sentenciaba al Rey de los Mártires a muerte. Urdieron también un complot con el Gobernador de la ciudad para, entre ellos, poder saquear, apropiarse y llevarse todo aquel inmenso tesoro que él poseía. Entonces el Sháh unió sus fuerzas con aquellos dos animales salvajes y dio orden de que la sangre de los dos hermanos, el Rey de los Mártires y el Amado de los Mártires, fuera derramada. Sin previo aviso, aquellos hombres despiadados, la "Serpiente hembra" y "el Lobo", y sus brutales farráshes y policías, atacaron; encadenaron a los dos hermanos y les condujeron a la prisión, desvalijaron sus casas ricamente amuebladas, les arrebataron todas sus posesiones y no perdonaron a nadie, ni tan siquiera a los niños de pecho. Torturaron, maldijeron, injuriaron, se burlaron y pegaron a los familiares y a otros miembros de la familia de las víctimas, sin detenerse por nada.

En París, Sillu's-Sultán¹⁰⁹ relató lo siguiente, respaldando con su juramento la verdad de todo ello: "En incontables ocasiones advertí a aquellos dos grandes vástagos de la Casa del Profeta, pero todo resultó en vano. Por fin les hice llamar una noche y con suma urgencia les dije de todas las maneras posibles: 'Caballeros, el Sháh les ha condenado a muerte por tres veces. Sus farmanes no dejan de llegar. El decreto es inequívoco y ya no les queda más que una opción: deben, en presencia de los 'ulamás, aclarar su inocencia y maldecir su Fe.' Su respuesta fue: '¡Yá Bahá'u'l-Abhá! ¡Oh Tú, Gloria del Todoglorioso! ¡Que nuestras vidas sean ofrecidas!' Finalmente acepté que no maldijeran su Fe. Les dije que todo lo que tenían que decir era: 'No somos bahá'ís.' 'Nada más que esas palabras', dije, 'será suficiente; entonces podré escribir mi informe al Sháh y ustedes quedarán a salvo.' 'Eso es imposible', contestaron, 'porque somos bahá'ís. ¡Oh Tú, Gloria del Todoglorioso, nuestros corazones ansían el martirio! ¡Yá Bahá'u'l-Abhá!' Entonces me encolericé y traté, siendo duro con ellos, de forzarles a renunciar a su Fe, pero fue inútil. El decreto de aquellos seres rapaces, 'la Serpiente hembra' y 'el Lobo', y los mandatos del Sháh, fueron llevados a cabo."

Después de que martirizaran a aquellos dos anduvieron en busca de Shams-i-Duhá, y ella tuvo que buscar refugio en casa de su hermano. Aunque no era creyente, era conocido en Isfáhán como un hombre recto, pío y devoto, un hombre sabio, un asceta que, como un ermitaño, vivía apartado, y por estas razones todos le tenían gran consideración y confianza. Ella fue a vivir allí con él, pero el Gobierno no

abandonó su búsqueda, descubrió al fin su paradero y le ordenaron presentarse; los malvados 'ulamás tuvieron su parte en ello, uniendo sus fuerzas con las autoridades locales. Así pues, su hermano fue obligado a acompañar a Shams-i-Duhá a la casa del Gobernador. Él permaneció afuera, mientras a ella la enviaron a los cuartos de las mujeres; el Gobernador fue allí, a la puerta, y empezó a darle patadas y pisotearla tan salvajemente que ella perdió el conocimiento. Entonces el Gobernador le gritó a su mujer: "¡Princesa! ¡Princesa! ¡Ven aquí a ver a la Señora de la Luz de los bahá'ís!"

Las mujeres la levantaron y la llevaron a una de las habitaciones. Mientras tanto, su hermano, mudo de asombro, estaba esperando fuera de la mansión. Finalmente, tratando de mediar con sus ruegos, le dijo al Gobernador: "Esta hermana mía ha sido golpeada tan duramente que está al borde de la muerte. ¿Qué sentido tiene mantenerla aquí? Ya no hay esperanza para ella. Con su permiso, puedo volver a llevarla a mi casa. Sería mejor que ella muriera allí y no aquí, ya que, después de todo, es descendiente del Profeta, es del noble linaje de Muhammad, y no ha causado ningún mal. No hay nada contra ella más que su parentesco con el yerno." El Gobernador respondió: "Es una de las líderes y heroínas importantes de los bahá'ís. Sencillamente, ella provocará un nuevo escándalo." El hermano dijo: "Le prometo que no pronunciaré una sola palabra. Es seguro que en cuestión de unos días ni siquiera seguirá viva. Su cuerpo está frágil, débil, casi sin vida, y ha sufrido daños terribles."

Como el hermano gozaba del respeto y la confianza tanto de los nobles como de los humildes, el Gobernador dejó libre a Shams-i-Duhá bajo su custodia, permitiéndola marchar. Vivió durante un tiempo en casa de él, quejándose a gritos, sumida en la pena, derramando lágrimas y llorando a sus muertos. Ni el hermano estaba en paz, ni los hostiles les dejaban tranquilos; todos los días había algún nuevo tumulto y clamor público. Al fin, el hermano pensó que era mejor llevar a Shams de peregrinaje a Mashhad, con la esperanza de que el fuego de los disturbios ciudadanos se sofocaría.

Fueron a Mashhad y se establecieron en una casa desocupada cerca del Santuario del Imám Ridá.¹¹⁰

Como era un hombre tan piadoso, el hermano salía cada mañana a visitar el Santuario, y allí permanecía, ocupado en sus devociones, hasta casi el mediodía.

También por la tarde marchaba apresuradamente al Lugar Sagrado y oraba hasta la noche. Al quedar la casa vacía, Shams-i-Duhá consiguió entrar en contacto con diversas mujeres creyentes y empezó a asociarse con ellas, y como el amor de Dios ardía tan vivamente en su corazón, fue incapaz de guardar silencio, de modo que durante aquellas horas en que su hermano estaba ausente, el lugar cobraba vida. Las mujeres bahá'ís se congregaban allí y absorbían sus palabras lúcidas y elocuentes.

En aquellos días la vida en Mashhad era difícil para los creyentes, con los malintencionados siempre alerta; si sospechaban lo más mínimo de un individuo, lo asesinaban. No había seguridad de ningún tipo, ni paz. Pero Shams-i-Duhá no podía evitarlo: a pesar de todas las tremendas y dolorosas pruebas que había soportado, ignoraba el peligro, y era capaz de lanzarse a las llamas o mar adentro. Como su hermano no se relacionaba con nadie, no sabía nada de lo que estaba ocurriendo. Día y noche todo lo que hacía era ir de la casa al Santuario, y del Santuario a casa; era un recluso, no tenía amigos, y ni siquiera cruzaba unas palabras con otra persona. No obstante, llegó un día en que vio que habían empezado los problemas en la ciudad y supo que aquello acabaría por causar graves daños. Era un hombre tan tranquilo y silencioso que no hizo reproches a su hermana; simplemente se la llevó de Mashhad sin previo aviso y regresaron a Isfáhán. Una vez aquí, la envió con su hija, la viuda del Rey de los Mártires, pues él ya no estaba dispuesto a cobijarla bajo su techo.

Shams-i-Duhá se encontró así de nuevo en Isfáhán enseñando audazmente la Fe y esparciendo a su alrededor las suaves fragancias de Dios. Tan vehemente era el amor que ardía en su corazón, que le forzaba a hablar allí donde encontrara un oído dispuesto a escuchar. Y cuando se observó que una vez más las calamidades estaban a punto de caer sobre la casa del Rey de los Mártires, y que estaban soportando severas aflicciones allí en Isfáhán, Bahá'u'lláh mostró Su deseo de que vinieran a la Más Grande Prisión. Shams-i-Duhá, con la viuda del Rey de los Mártires y los niños, llegaron a Tierra Santa. Aquí se hallaban pasando los días alegremente, cuando el hijo del Rey de los Mártires, Mírzá 'Abdu'l-Husayn, como resultado de los terribles sufrimientos a que había sido sometido en Isfáhán, enfermó de tuberculosis y murió en 'Akká.

El corazón de Shams-i-Duhá se entristeció. Lamentaba su ausencia, se consumía de anhelo por él, y todo se hizo aún más duro, pues entonces nos sobrevino la

Suprema Aflicción, la angustia definitiva. Vio minada la base de su vida; como una vela, se consumía de pena. Se puso tan débil que no salía de la cama, incapaz de moverse. Aun así, no descansaba, ni permanecía en silencio por un momento. Hablaba sobre los días de antaño, sobre cosas que habían sucedido en la Causa, o recitaba de la Sagrada Escritura, o suplicaba y cantaba sus oraciones, hasta que desde la Más Grande Prisión remontó el vuelo alejándose hacia el mundo de Dios. Fue presurosa, de este polvoriento abismo de perdición, a un país immaculado, recogió sus cosas y marchó de viaje a la tierra de las luces. Sobre ella sean salutations y alabanza, y la mayor merced, cobijada en la compasión de su omnipotente Señor.

¡Él es Dios!

Tú ves, oh mi Señor, la reunión de Tus amados, la compañía de Tus amigos, congregados junto al recinto de Tu Santuario que todo satisface, y en la cercanía de Tu exaltado jardín, un día entre los días de Tu Festival de Ridván, aquel bendito momento en que Tú alboreaste sobre el mundo, arrojando sobre él las luces de Tu santidad, esparciendo alrededor los rayos luminosos de Tu unidad, y partiste de Baghdád, con una majestad y poder que abarcaban a toda la humanidad, con una gloria que hizo caer postrados ante Ti a todos, a todas las cabezas inclinarse, a todo cuello doblarse, y bajar la mirada a todos los hombres. Ellos están recordándote y haciendo mención de Ti, sus pechos alborozados por las luces de Tus mercedes, sus almas restablecidas por las evidencias de Tus dones, pronunciando Tu alabanza, volviendo el rostro hacia Tu Reino, suplicando humildemente a Tus sublimes dominios.

Están aquí reunidos para conmemorar a Tu sierva radiante y santa, una hoja de Tu verde Árbol del Cielo, una realidad luminosa, una esencia espiritual, que implora en todo momento Tu tierna compasión. Nació entre los brazos de la sabiduría divina, y fue amamantada del pecho de la certeza; floreció en la cuna de la fe y se regocijó en el seno de Tu amor, ¡oh misericordioso, oh compasivo Señor! Y se hizo mujer en una casa desde la que las suaves fragancias de la unidad se difundían por doquier. Pero mientras era aún una niña le sobrevino la aflicción en Tu sendero

y las desgracias la asaltaron, oh Tú, el Donador, y en su indefensa juventud bebió de las copas de la tristeza y el dolor por amor a Tu belleza, ¡oh Tú, el Perdonador!

Tú sabes, oh mi Señor, las calamidades que ella soportó con alegría en Tu sendero, las pruebas con que se enfrentó por Tu amor, con un rostro que irradiaba gozo. Cuántas noches, mientras otros yacían en la cama en apacible reposo, ella estaba en vela, suplicando humildemente ante Tu Reino celestial. Cuántos días pasó Tu pueblo, a salvo en la ciudadela de Tu cuidado protector, mientras su corazón estaba asolado por lo que le había sobrevenido a tus santos.

Oh mi Señor, pasaron sus días y sus años, y siempre que ella veía la luz de la mañana estaba llorando por las penas de Tus siervos, y cuando caían las sombras del atardecer ella daba gritos y voces y ardía en una intensa angustia por lo que le había acontecido a Tus servidores. Y se levantó con toda su fuerza para servirte, para suplicar al Cielo de Tu merced y con humildad rogarte y apoyar en Ti su corazón. Y ella dio un paso al frente, ataviada con el velo de la santidad, sus vestiduras limpias de la mancha de la naturaleza de Tu pueblo, y se unió en matrimonio a Tu siervo a quien Tú le conferiste Tus más ricos dones, y en quien Tú revelaste las enseñanzas de Tu merced ilimitada, y cuyo rostro hiciste brillar con luz imperecedera en Tu Reino todoglorioso. Ella se casó con quien Tú alojaste en la asamblea de la reunión, alguien cercano a la Compañía de lo alto; a quien Tú hiciste comer de todos los alimentos celestiales, sobre quien derramaste Tus bendiciones, a quien Tú concediste el título: Rey de los Mártires.

Y ella moró durante unos años bajo la protección de aquella Luz manifiesta, sirvió con toda su alma ante Tu Umbral, santa y luminosa; preparando comida, lugar de descanso y un lecho para todos aquellos de Tus amados que venían; y no tenía más alegría que ésta. Era humilde y modesta ante cada una de Tus siervas, considerando los deseos de cada una, sirviendo a cada una con todo su corazón, con toda su alma y con todo su ser, por amor a Tu belleza, y procurando lograr Tu complacencia. Hasta que su casa fue conocida por Tu nombre y se divulgó la fama de su marido como uno que pertenecía a Ti, la Tierra de Sád (Isfáhán) tembló y se regocijó de alegría por las continuas bendiciones que procedían de este poderoso campeón Tuyo; la perfumada vegetación de Tu conocimiento y las rosas de Tu munificencia comenzaron a retoñar, y una gran multitud fue guiada hasta las aguas de Tu misericordia.

Entonces los innobles y los ignorantes entre Tus criaturas se levantaron en contra suya, y con tiranía y malicia le sentenciaron a muerte; carentes de justicia, con cruel opresión, vertieron su sangre inmaculada. Bajo la reluciente espada aquel noble personaje exclamó ante Ti: "¡Alabado seas Tú, oh mi Dios, pues en el Día Prometido Tú me has ayudado a alcanzar esta gracia manifiesta; pues Tú has enrojecido el polvo con mi sangre derramada en tu sendero, de tal modo que brotan de él flores carmesí. Tuyos son el favor y la gracia por concederme el don que yo más anhelaba en este mundo. Gracias Te sean dadas, pues Tú me socorriste y me confirmaste y me diste de beber de esta copa que fue atemperada en la fuente de alcanfor¹¹¹ -el Día de la Manifestación, de las manos del copero del martirio, en la asamblea de las delicias. Tú eres verdaderamente el que está lleno de gracia, el Generoso, el Donador."

Y después de haberle matado invadieron su regia casa. Atacaron como lobos tras su presa, como leones que van de caza, y saquearon, robaron e hicieron pillaje, apoderándose del rico mobiliario, los adornos y joyas. Ella estuvo entonces en tremendo peligro, abandonada con los pedazos de su corazón roto. Este violento asalto tuvo lugar mientras la noticia del martirio se estaba propagando y los niños rompían a gritar con sus corazones dominados por el pánico; gemían y derramaban lágrimas, y se oyó el sonido de las lamentaciones salir de aquella magnífica casa, pero no había nadie que llorara por ellos, nadie que se compadeciera de ellos. Más bien hicieron que la noche de la tiranía se hiciera más oscura en torno a ellos, y que el llameante Infierno de la injusticia ardiera con más furia que antes; no hubo tormento que los obradores de maldad no les hicieran soportar, ni agonía que no les infligieran. Y esta santa hoja permaneció, ella y su progenie, en las garras de sus opresores, frente a la malicia de los irreflexivos, sin nadie que fuera su escudo.

Y pasaron los días en que sus únicas compañeras eran las lágrimas, y los llantos sus camaradas; en que formó pareja con la angustia, y no tenía sino la pena por amiga. Y aun en medio de estos sufrimientos, oh mi Señor, no cesó de amarte; ella no Te falló, oh mi Bienamado, en estas ardientes pruebas. Aunque los desastres se sucedieran uno tras otro, aunque las tribulaciones la rodearon, ella lo soportó todo, sufrió pacientemente todo aquello; eran para ella Tus dones y favores, y durante toda su tremenda agonía, oh Tú, Señor de bellísimos nombres, Tu alabanza estaba en sus labios.

Entonces ella renunció a su patria, a descanso, refugio y abrigo y, tomando a sus jóvenes, marchó volando como los pájaros a esta Tierra santa y luminosa, por si aquí pudiera anidar y cantar Tu alabanza como hacen los pájaros, ocuparse en Tu amor con todas sus facultades, y servirte con todo su ser, toda su alma y su corazón. Era modesta ante todas Tus siervas, humilde ante cada hoja del jardín de Tu Causa, dedicada a recordarte, separada de todo excepto de Ti mismo.

Sus llantos se elevaban al rayar el alba, y los dulces acentos de sus cánticos podían oírse durante la noche y en pleno resplandor del mediodía, hasta que regresó a Ti y fue volando hasta tu Reino; marchó buscando cobijo en Tu Umbral y se remontó a las alturas hacia Tu cielo imperecedero. Oh mi Señor, recompénsala con la contemplación de Tu belleza, dale alimento en la mesa de Tu eternidad, dale un hogar cerca de Ti, dale sustento en los jardines de Tu santidad como Tú quieras y desees; bendice Tú su morada, mantenla a salvo a la sombra de Tu Árbol celestial; condúcela, oh Señor, al interior de los pabellones de Tu divinidad, haz que sea ella uno de Tus signos, una de Tus luces.

Verdaderamente Tú eres el Generoso, el Donador, el Perdonador, el Todomisericordioso.

Táhirih

UNA MUJER casta y santa, señal y prenda de belleza sin par, una tea ardiente por el amor a Dios, una lámpara de Sus bendiciones, así fue Jináb-i-Táhirih. La llamaban Umm-Salmá; era hija de Hájí Mullá Sálíh, un mujtahid de Qazvín, y su tío paterno era Mullá Taqí, el Imám-Jum'ih, el que dirige las oraciones en la mezquita-catedral de aquella ciudad. La casaron con Mullá Muhammad, hijo de Mullá Taqí, y dio a luz a tres niños, dos hijos y una hija; todos ellos carecían de la gracia que adornaba a su madre, y ninguno llegó a reconocer la verdad de la Causa.

Cuando era todavía una niña, su padre escogió un profesor para ella y estudió diversas ramas del conocimiento y las artes, alcanzando notable destreza en lo relacionado con la literatura. Tal era el grado de su erudición y logros que su padre

a menudo expresaba su pesar diciendo: "¡Ojalá hubiera sido un varón, pues habría dado renombre a mi familia y me habría sucedido!"¹¹²

Un día se encontraba como invitada en casa de Mullá Javád, un primo por parte de su madre, y allí, en la biblioteca de su primo, dio con algunos escritos de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í.¹¹³ Encantada con las cosas que él decía, Táhirih pidió tomar prestados los escritos y llevarlos a su casa. Mullá Javád se opuso violentamente, diciéndole: "Vuestro padre es enemigo de las Luminosas Luces Gemelas, Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim. Si tan siquiera soñara que una sola palabra de esos dos grandes seres, que alguna fragancia del jardín de esas realidades, había caído en vuestras manos, atentaría contra mi vida, y también usted se convertiría en blanco de su ira." Táhirih respondió: "Ya hace mucho tiempo que tenía sed de esto; he anhelado estas explicaciones, estas íntimas verdades. Deme todo lo que tenga de estos libros. No le importe si ello enoja a mi padre." Así pues, Mullá Javád le envió los escritos del Shaykh y del Siyyid.

Una noche, Táhirih fue adonde estaba su padre en la biblioteca y empezó a hablar de las enseñanzas de Shaykh Ahmad. En el mismo momento en que se enteró de que su hija conocía las doctrinas Shaykhís, resonaron las denuncias de Mullá Sálh y gritó: "¡Javád ha hecho de ti un alma perdida!" Táhirih respondió: "El difunto Shaykh era un verdadero sabio de Dios, y yo he aprendido una infinidad de verdades espirituales al leer sus libros. Además, él basa todo lo que dice en las tradiciones de los Santos Imames. ¡Usted se llama a sí mismo conocedor de la mística y hombre de Dios, considera a su respetado tío también como un sabio y muy piadoso; sin embargo, en ninguno de ustedes dos encuentro yo el menor rastro de esas cualidades!"

Durante un tiempo mantuvo acaloradas discusiones con su padre, debatiendo cuestiones como la Resurrección y el Día del Juicio, el Ascenso Nocturno de Muhammad al Cielo, la Promesa y la Amenaza, y la Venida del Prometido.¹¹⁴ Faltándole argumentos, su padre recurría a la maldición y la injuria. Entonces, una noche, en apoyo de su postura, Táhirih citó una santa tradición del Imám Ja'far-i-Sádiq,¹¹⁵ y como confirmaba lo que ella estaba diciendo, su padre se echó a reír, mofándose de la tradición. Táhirih dijo: "Padre mío, éstas son las palabras del Santo Imám. ¿Cómo puedes burlarte de ellas y negarlas?"

Desde aquel momento ella cesó los debates y disputas con su padre. Entretanto, empezó a mantener correspondencia en secreto con Siyyid Kázim con respecto a la solución de complejos problemas teológicos, y así sucedió que el Siyyid le otorgó el nombre de "Solaz de los ojos" (Qurratu'l-'Ayn); y en cuanto al título de Táhirih ("La pura"), la primera vez que se le asoció fue en Badasht, y posteriormente fue aprobado por el Báb y registrado en tablas.

El fuego había prendido en Táhirih. Partió hacia Karbilá con la esperanza de conocer a Siyyid Kázim, pero llegó demasiado tarde: diez días antes de llegar ella a la ciudad había fallecido. Poco antes de su muerte el Siyyid había compartido con sus discípulos la buena noticia de que el Advenimiento prometido estaba muy cerca. "Salid", les dijo repetidas veces, "y buscad a vuestro Señor." Así, los más distinguidos entre sus seguidores se congregaron, dedicándose al retiro y la oración, al ayuno y la vigilia en el Masjid-i-Kúfih, mientras algunos aguardaban la Venida en Karbilá. Entre éstos se encontraba Táhirih, ayunando de día, practicando disciplinas religiosas, y pasando la noche en vigilia y cantando oraciones. Una noche, cuando el alba estaba ya próxima, reposó la cabeza en la almohada, perdió toda consciencia de esta vida terrenal y tuvo un sueño; en su visión, un joven, un Siyyid, ataviado con un manto negro y un turbante verde, se le aparecía en los cielos; estaba en el aire recitando versos y orando con las manos vueltas hacia arriba. Al instante ella memorizó uno de aquellos versos y lo anotó en su cuaderno cuando se despertó. Cuando ya el Báb había declarado su Misión y su primer libro, La mejor de las historias,¹¹⁶ estaba en circulación, Táhirih estaba un día leyendo parte del texto y fue a dar con aquel mismo verso que había apuntado del sueño. Ofreciendo gracias al instante, cayó de rodillas e inclinó la cabeza hasta el suelo, convencida de que el Mensaje del Báb era verdad.

Esta buena noticia le llegó en Karbilá e inmediatamente empezó a enseñar. Tradujo y comentó la mejor de las historias, escribiendo además en persa y árabe, componiendo odas y poemas líricos y practicando humildemente sus devociones, cumpliendo incluso con aquellas que eran opcionales y supernumerarias. Cuando los malvados 'ulamás de Karbilá llegaron a saber de todo esto y se enteraron de que una mujer estaba llamando a la gente a abrazar una nueva religión y había ejercido ya influencia sobre un número considerable de personas, fueron ante el Gobernador y presentaron una queja. Sus acusaciones, para ser breve, dieron lugar a violentos ataques contra Táhirih, y sufrimientos, que ella aceptó y por los que

ofreció alabanzas y gracias. Cuando las autoridades fueron en su captura cayeron primero sobre Shams-i-Duhá, tomándola por Táhirih. Sin embargo, en cuanto oyeron que Táhirih había sido detenida dejaron marchar a Shams, pues Táhirih había enviado un mensaje al Gobernador, diciendo: "Estoy a su disposición. No haga daño a ninguna otra persona."

El Gobernador puso guardias alrededor de su casa y la mantuvo encerrada, escribiendo a Baghdád para solicitar instrucciones sobre cómo proceder. Durante tres meses vivió en estado de sitio, totalmente aislada, con los guardias rodeando su casa. Como las autoridades locales aún no habían recibido respuesta de Baghdád, Táhirih remitió su caso al Gobernador, diciendo: "No se han tenido noticias ni de Baghdád ni de Constantinopla. Así pues, nosotras mismas nos dirigiremos a Baghdád y esperaremos allí la contestación." El Gobernador le dio permiso para marchar, y ella partió, acompañada por Shams-i-Duhá y el Ruiseñor del Paraíso (la hermana de Mullá Husayn) y su madre. En Baghdád se alojó primero en casa de Shaykh Muhammad, el distinguido padre de Áqá Muhammad-Mustafá. Pero era tal la multitud de gente que se apiñaba a su alrededor que trasladó su residencia a otra parte de la ciudad, se dedicó noche y día a enseñar la Fe y se relacionó libremente con los habitantes de Baghdád. Se hizo así célebre por toda la ciudad y se creó un gran alboroto.

Táhirih mantuvo también correspondencia con los 'ulamás de Kázimayn; puso ante ellos pruebas irrefutables, y siempre que uno u otro acudía a verla, ella les ofrecía argumentos convincentes. Por último envió un mensaje a los teólogos shí'is, diciéndoles: "Si no se hallan satisfechos con estas pruebas concluyentes, les desafío a un juicio de Dios."¹¹⁷ Entonces se levantaron fuertes protestas entre los teólogos, y el Gobernador se vio obligado a enviar a Táhirih y a sus compañeras mujeres a la casa de Ibn-i-Álúsí, que era el muftí de Baghdád. Aquí permaneció cerca de tres meses esperando noticias y órdenes de Constantinopla. Ibn-i-Álúsí entraba en diálogos de mucha erudición con ella, se planteaban preguntas y recibían respuesta, y él no rechazaba lo que ella decía.

Cierto día el muftí le relató uno de sus sueños y le pidió que le dijera lo que significaba. Dijo él: "En mi sueño vi a los 'ulamás shí'is que llegaban a la tumba sagrada del Imán Husayn, el Príncipe de los Mártires. Quitaron la barrera que cerca la tumba y abrieron a la fuerza la resplandeciente sepultura, de tal modo que el inmaculado cuerpo quedó al descubierto ante sus ojos. Pretendían apoderarse de la

sagrada forma, pero yo me eché sobre el cadáver y se lo impedí." Táhirih contestó: "Éste es el significado de su sueño: Usted está a punto de librarme de caer en manos de los teólogos shi'ís." "También yo lo había interpretado así", dijo Ibn-i-Álúsí.

Como él había descubierto que ella estaba bien versada en cuestiones de erudición y en comentarios y textos sagrados, los dos llevaban a cabo frecuentes debates; ella hablaba de temas como el Día de la Resurrección, la Balanza y el Sirát,¹¹⁸ y él no se oponía.

Entonces llegó una noche en que el padre de Ibn-i-Álúsí visitó la casa de su hijo. Tuvo un encuentro con Táhirih y bruscamente, sin hacer una sola pregunta, empezó con maldiciones, burlas e injurias hacia ella. Apurado por el comportamiento de su padre, Ibn-i-Álúsí pidió disculpas. Entonces dijo: "Ha llegado la respuesta de Constantinopla. El Rey ha ordenado que quedéis en libertad, pero sólo a condición de que abandonéis sus reinos. Marchad, pues, mañana, haced los preparativos para el viaje y apresuraos a salir de esta tierra."

En conformidad con esto, Táhirih, con sus compañeras, dejó la casa del muftí, se ocupó de que se prepararan los enseres para el viaje, y salió de Baghdád. Cuando dejaron la ciudad, algunos creyentes árabes, portando armas, les acompañaron caminando junto al convoy. Entre los de la escolta estaban Shaykh Sultán, Shaykh Muhammad y su distinguido hijo Muhammad Mustafá, y Shaykh Sálh, y éstos iban montados. Fue Shaykh Muhammad quien sufragó los gastos del viaje.

Cuando llegaron a Kirmánsháh las mujeres se apearon en una casa, los hombres en otra, y los habitantes llegaban ininterrumpidamente en busca de información acerca de la nueva Fe. Aquí, como en los otros lugares, los 'ulamás entraron en seguida en un estado de frenesí y dieron orden de que se expulsara a los recién llegados. Como resultado, el kad-khudá u oficial en jefe de aquel distrito, junto a un grupo de gente, pusieron sitio a la casa en que estaba Táhirih y la saquearon. Luego, montaron a Táhirih y sus compañeros en un palanquín descubierto y les llevaron fuera de la ciudad a campo abierto, donde descargaron a los cautivos. Los conductores tomaron entonces sus animales y regresaron a la ciudad. Las víctimas quedaron sobre el suelo desnudo, sin comida, sin cobijo y sin medios para proseguir el viaje.

Táhirih, de inmediato escribió una carta al príncipe de aquel territorio en la que le decía: "¡Oh Gobernador justo! Éramos huéspedes en vuestra ciudad. ¿Es éste el modo en que tratáis a los huéspedes?" Cuando se le entregó la carta al Gobernador de Kirmánsháh dijo: "No sabía nada de esta injusticia. Los teólogos han instigado este atropello." Inmediatamente ordenó al kad-khudá devolver todas las posesiones de los viajeros. El oficial entregó debidamente los bienes robados, los conductores salieron de nuevo de la ciudad con sus animales, los viajeros ocuparon sus sitios y reanudaron el viaje.

Llegaron a Hamadán y aquí su estancia fue feliz. Venían a visitarles las señoras más ilustres de aquella ciudad, incluso las princesas, con el fin de aprovechar de las enseñanzas de Táhirih. En Hamadán despidió a parte de su escolta y les envió de vuelta a Baghdád, mientras que a algunos, entre ellos Shams-i-Duhá y Shaykh-Sálih, les llevó con ella hasta Qazvín.

Proseguían su viaje, cuando unos jinetes avanzaron hacia ellos. Eran familiares de Táhirih que venían de Qazvín y pretendían llevársela a ella sola, sin la escolta de los demás, a casa de su padre. Táhirih se negó, diciendo: "Son mis acompañantes." Así entraron en Qazvín. Táhirih se dirigió a casa de su padre, mientras los árabes que habían formado su escolta se apearon en un caravanseraí. Táhirih dejó en seguida a su padre y fue a vivir con su hermano, y allí las grandes damas de la ciudad venían a visitarla; todo esto hasta el asesinato de Mullá Taqí,¹¹⁹ cuando fueron encarcelados todos los bábís de Qazvín. A algunos los enviaron a Teherán y luego les devolvieron a Qazvín y les martirizaron.

Fue así como se produjo el asesinato de Mullá Taqí: Un día, después de subir al púlpito aquel tirano embrutecido, empezó a mofarse y a injuriar al gran Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í. Desvergonzadamente, de manera grosera, vociferando obscenidades, gritó: "¡Ese Shaykh es el que ha encendido el fuego de la maldad y ha sometido al mundo entero a esta terrible prueba!" Había entre el público un buscador, nativo de Shíráz. Las muestras de sarcasmo, los insultos e indecencia le resultaron más de lo que podía soportar. Bajo el manto de la oscuridad se dirigió a la mezquita, hundió una punta de lanza entre los labios de Mullá Taqí y huyó. A la mañana siguiente arrestaron a los indefensos creyentes y acto seguido les sometieron a torturas atroces, aunque eran todos inocentes y nada sabían de lo que había tenido lugar. Nunca se planteó la cuestión de investigar el caso; los creyentes declararon repetidamente su inocencia pero nadie les prestó atención alguna. Al

cabo de unos días el homicida se entregó; confesó ante las autoridades, informándoles de que había cometido el crimen porque Mullá Taqí había vilipendiado a Shaykh Ahmad. "Me entrego en sus manos", les dijo, "para que dejen en libertad a esta gente inocente." Le arrestaron también a él, le pusieron los grilletes, le encadenaron y le enviaron con las cadenas, junto a los demás, a Teherán.

Una vez allí observó que, a pesar de su confesión, los otros no fueron liberados. De noche logró escapar de la prisión y fue a la casa de Ridá Khán -ese hombre excepcional y estimado, esa luminaria del sacrificio entre los amantes de Dios-, hijo de Muhammad Khán, Caballerizo Mayor de Muhammad Sháh. Permaneció allí un tiempo, tras el cual él y Ridá Khán marcharon secretamente a caballo hasta el Fuerte de Shaykh Tabarsí , en Mázindarán.¹²⁰ Muhammad Khán envió jinetes tras de ellos para que averiguasen su paradero, pero por más que lo intentaron, nadie pudo encontrarlos. Aquellos dos jinetes llegaron al Fuerte de Tabarsí , donde ambos alcanzaron la muerte como mártires. En cuanto a los otros amigos que estaban en prisión en Teherán, algunos fueron devueltos a Qazvín y sufrieron también el martirio.

Un día el administrador de las finanzas, Mírzá Shafí', hizo llamar al asesino y le habló, diciendo: "Jináb, ¿pertenece usted a una orden de derviches o sigue la Ley? Si es seguidor de la Ley, ¿por qué descargó sobre aquel sabio mujtahid un golpe cruel y fatal en su boca? Si es un derviche y sigue el Camino, una de las reglas del Camino es no causar daño a ningún hombre. ¿Cómo, pues, pudo matar brutalmente a aquel fervoroso teólogo?" "Señor", replicó, "además de la Ley, y además del Camino, tenemos también la Verdad. Fue en servicio a la Verdad por lo que le di el pago a sus acciones."¹²¹

Estas cosas tuvieron lugar antes de que la realidad de esta Causa fuera revelada y todo quedara aclarado. Pues en aquellos días nadie sabía que la Manifestación del Báb culminaría en la Manifestación de la Bendita Belleza y que se suprimiría la ley de la venganza, y que el principio fundamental de la Ley de Dios sería el siguiente: que "Es mejor para ti morir que matar"; que la discordia y la contienda cesarían, y que el dominio de la guerra y la matanza decaería. En aquellos días ocurrían ese tipo de cosas. Pero, alabado sea Dios, con la venida de la Bendita Belleza brillaron de tal modo el esplendor de la armonía y la paz, el espíritu de mansedumbre y paciencia ante los sufrimientos, que cuando, en Yazd, hombres, mujeres y niños se

convirtieron en blancos del fuego enemigo, o cayeron bajo la espada, cuando los dirigentes y los malvados 'ulamás y sus seguidores se asociaron y, unidos, atacaron a aquellas víctimas indefensas y vertieron su sangre -descargando cuchilladas y despedazando los cuerpos de mujeres castas, rajando con sus puñales las gargantas de niños que habían dejado huérfanos, prendiendo después fuego a sus miembros mutilados y desgarrados-, ni uno solo de los amigos de Dios levantó la mano contra ellos. Por cierto que, entre aquellos mártires, aquellos compañeros verdaderos de los que murieron, tiempo atrás, en Karbilá, hubo un hombre que, cuando vio ante él el destello de la espada desenvainada, puso caramelo de azúcar en la boca de su asesino y gritó: “¡Dame muerte con un sabor dulce en tus labios, pues me traes el martirio, aquello que más deseo!”

Volvamos a nuestro tema. Tras el asesinato de su impío tío, Mullá Taqí, en Qazvín, Táhirih se vio en una situación muy difícil. Estaba prisionera y su corazón lleno de pesar, sumida en la congoja por los dolorosos acontecimientos que habían tenido lugar. La vigilaban por todos lados, los sirvientes, los guardias, los farráshes, y sus enemigos. Mientras ella languidecía de esta manera, Bahá'u'lláh envió a Hádíy-i-Qazvíní, marido de la célebre Khátún-Ján, desde la capital, y consiguieron, mediante una estratagema, liberarla de aquel enredo y la llevaron de noche a Teherán. Se detuvo en la mansión de Bahá'u'lláh y la hospedaron en uno de los aposentos superiores.

Cuando esta noticia se divulgó por todo Teherán, el Gobierno la buscó por todas partes; no obstante, los amigos continuaron viniendo a verla, ininterrumpidamente, y Táhirih, sentada tras una cortina, conversaba con ellos. Un día, el gran Siyyid Yahyá, llamado Vahíd, se encontraba presente. Él estaba sentado al otro lado y Táhirih le escuchaba detrás del velo. Yo era niño entonces y estaba sentado en su regazo. Con elocuencia y fervor, Vahíd estaba disertando sobre los signos y versículos que daban testimonio de la venida de la nueva Manifestación. De repente ella le interrumpió y, alzando la voz, declaró con vehemencia: "¡Oh Yahyá! Que los hechos, no las palabras, atestigüen tu fe, si es que eres hombre de verdadero conocimiento. Deja de repetir vanamente las tradiciones del pasado, pues ha llegado el día de servir, de actuar con firmeza. Ya es hora de mostrar ante todos los verdaderos signos de Dios, de rasgar de arriba a abajo los velos de las fantasías ociosas, de promover la Palabra de Dios y de sacrificarnos en Su sendero. ¡Que los hechos, no las palabras, sean nuestro adorno!"

La Bendita Belleza preparó con todo detalle el viaje de Táhirih a Badasht y la envió para allá con su equipaje y su séquito. Unos días más tarde partió hacia aquella región su propia comitiva.

En Badasht había una gran extensión de campo abierto. Por en medio corría un arroyo, y a su derecha, a su izquierda y detrás de él había tres jardines, la envidia del Paraíso. Uno de aquellos jardines fue asignado a Quddús,¹²² pero esto se mantuvo en secreto. Otro fue reservado para Táhirih, y en un tercero se levantó el pabellón de Bahá'u'lláh. En el prado situado entre los tres jardines montaron sus tiendas los creyentes. Por las tardes, Bahá'u'lláh, Quddús y Táhirih se reunían. En aquellos días aún no había sido proclamado el hecho de que el Báb era el Qá'im; fue la Bendita Belleza, junto con Quddús, Quien preparó todo para la proclamación de un Advenimiento universal y la abrogación y el repudio de las antiguas leyes.

Entonces, un día -y hubo en ello una cierta sabiduría- Bahá'u'lláh se puso enfermo; es decir, que la indisposición habría de cumplir un propósito vital. De improviso, a la vista de todos, Quddús salió de su jardín y entró en el pabellón de Bahá'u'lláh. Pero Táhirih le envió un mensaje para decirle que, estando enfermo su Anfitrión, Quddús debería ir de visita a su jardín en lugar de ir a aquél. Su respuesta fue: "Es preferible este jardín. Ven, pues, a éste." Táhirih, con el rostro descubierto, salió de su jardín, avanzando hacia el pabellón de Bahá'u'lláh, y, al tiempo que caminaba, iba gritando a voces estas palabras: "¡La Trompeta está sonando! ¡Se ha producido el gran toque! ¡El Advenimiento universal ya se ha proclamado!"¹²³ El pánico sobrecogió a los creyentes congregados en aquella tienda, y cada uno de ellos se preguntaba: "¿Cómo puede ser abrogada la Ley? ¿Cómo es que esta mujer se presenta aquí sin el velo?"

"Leed el Sura de lo inevitable",¹²⁴ dijo Bahá'u'lláh; y el que leía empezó: "Cuando el Día que ha de venir haya venido súbitamente... ¡Día que humillará! ¡Día que exaltará!..."; y así se anunció la nueva Dispensación y se hizo manifiesta la gran Resurrección. Al principio, los que estaban presentes huyeron y algunos abandonaron su Fe, mientras que otros fueron presa de las sospechas y las dudas, y unos cuantos, tras momentos de vacilación, regresaron a la presencia de Bahá'u'lláh. La Conferencia de Badasht se disolvió, pero el Advenimiento universal había sido proclamado.

A continuación, Quddús marchó a toda prisa al Fuerte de Tabarsí,¹²⁵ y la Bendita Belleza, con provisiones y equipo, viajó a Níyálá con la intención de continuar a partir de ahí por la noche, atravesando por donde el enemigo se hallaba acampado y entrando hasta el Fuerte. Pero Mírzá Taqí, el Gobernador de Ámul, se enteró de ello y llegó a Níyálá con setecientos hombres armados. Rodeando de noche la aldea, envió a Bahá'u'lláh junto a once jinetes de regreso a Ámul, y aquellas calamidades y tribulaciones antes referidas tuvieron lugar.

En cuanto a Táhirih, tras la desbandada de Badasht fue capturada, y los opresores la enviaron bajo custodia de nuevo a Teherán. Allí la tuvieron prisionera en la casa de Mahmúd Khán, el Kalántar. Pero era una persona en llamas, enamorada, inquieta, y no podía quedarse parada. Las damas de Teherán, con diversos pretextos, se congregaban para verla y escucharla. Sucedió que había una celebración en la casa del Alcalde por el casamiento de su hijo; se preparó un banquete nupcial y la casa fue adornada. Fueron invitadas la flor y nata de las damas de Teherán, las princesas, las esposas de los visires y de otros importantes. Fue una boda magnífica, con música instrumental y melodías vocales, laúdes, cascabeles y canciones de día y de noche. Entonces Táhirih empezó a hablar; y tan hechizadas quedaron las grandes damas, que abandonaron la cítara y los tambores y todos los placeres del festín de bodas para apiñarse en torno a Táhirih y escuchar las dulces palabras de su boca.

Y así siguió ella, como una cautiva indefensa. Entonces ocurrió el atentado contra la vida del Sháh;¹²⁶ fue promulgado un farmán; ella fue sentenciada a muerte. Diciendo que tenía un requerimiento de presentarse ante el Primer Ministro, llegaron para llevársela de casa del Kalántar. Ella se lavó la cara y las manos, se engalanó con un costoso vestido y, perfumada con attar de rosas, salió de la casa.

La trajeron hasta un jardín, donde esperaban los verdugos; pero éstos empezaron a vacilar y luego se negaron a acabar con su vida. Encontraron a un esclavo sumido en una fuerte borrachera; alguien embrutecido, vicioso, de corazón como el carbón. Y él estranguló a Táhirih. Metió a la fuerza un pañuelo entre sus labios, apretando hacia adentro hasta la garganta. Luego levantaron su cuerpo inmaculado y lo arrojaron a un pozo, allí en el jardín, y echaron encima tierra y piedras. Pero Táhirih vibraba de alegría; había oído con el corazón lleno de gozo las nuevas de su martirio; fijó su mirada en el Reino sobrenatural y ofreció su vida.

Salutaciones sean sobre ella, y alabanza. Santificado sea su polvo, mientras descienden sobre él haces de luz desde el Cielo.

GLOSARIO

'ABÁ: capa, manto.

ABHÁ: superlativo de Bahá; el Más Glorioso; el Todoglorioso.

ABJAD (CÓMPUTO): valor numérico de las letras en el alfabeto persa-arábigo.

AFNÁN: los familiares del Báb. Cf. Dios Pasa.

ANTIGUA BELLEZA, LA: título de Bahá'u'lláh.

ÁRBOL DEL LOTO: se refiere a la Manifestación de Dios.

BENDITA BELLEZA, LA: título de Bahá'u'lláh.

DAWLÍH: estado, gobierno.

ESCUELA SHAYKHÍ: una secta del Islám Shí'ih. Los Shí'ih estaban divididos en dos ramas principales, la "Secta de los Siete" y la "Secta de los Doce". Surgida de esta última, la Escuela Shaykhí fue fundada por Shaykh Aẓmad y Siyyid Kál/2im, precursores del Báb. El Guardián escribe, en Dios Pasa, su historia de los primeros cien años de la Fe Babí-Bahá'í, en la página XII: "Mi propósito es describir y correlacionar (...) esos trascendentales sucesos que han transformado imperceptible e implacablemente, ante los mismos ojos de generaciones sucesivas, perversas, indiferentes u hostiles, una ramificación heterodoxa y aparentemente insignificante de la escuela Shaykhí (...) en una religión mundial..."

FARMÁN: orden, mandato, decreto real.

FARRÁSH: ayudante de algún cargo político: gobernador, alcalde.

FARSAKH: igual que parsang; unidad de medida que varía entre tres o cuatro millas, dependiendo del terreno.

FATVÁ: sentencia pronunciada por un muftí.

ÆÁJÍ: título de un musulmán que ha hecho el peregrinaje a la Meca.

HAZÍRATU'L-QUDS: el Jardín Sagrado; Centro Administrativo Bahá'í.

IMÁM: título de los doce sucesores shí'ih de Muhammad. A diferencia del Califa de los musulmanes sunitas, una autoridad elegida, visible y externa, la representación del profeta es para los shí'itas una cuestión puramente espiritual, conferida por Muhammad y por sus sucesores hasta el duodécimo de ellos. El Imám es el "sucesor divinamente ordenado del Profeta, alguien dotado de todas las perfecciones y dones espirituales, al que todos los fieles deben obedecer, cuya decisión es definitiva y concluyente, cuya sabiduría es sobrehumana y cuyas palabras están investidas de autoridad."

IMÁM: el que dirige la oración.

IMÁM-JUM'IH: el que dirige la oración del viernes en la mezquita.

JINÁB: título de cortesía de énfasis diverso; equivalente a "Su Señoría".

KAD-KHUDÁ: máxima autoridad en un distrito o pueblo.

KALÁNTAR: alcalde.

MASHRIQU'L-ADHKÁR: lugar donde alborea la alabanza de Dios; Casa de Adoración Bahá'í.

MUFTÍ: autoridad religiosa islámica cuya función es comentar e interpretar la Ley Musulmana.

MUJTAHID: doctor en leyes; religioso con autoridad para ejercer la jurisprudencia religiosa. La mayoría de los mujtahids persas recibían su diploma de los principales juristas de Karbilá y Najaf.

MULLÁ: sacerdote musulmán.

NABÍL: educado, noble. El Báb y Bahá'u'lláh a veces se referían a una persona con un título cuyas letras, según el cómputo abjad, tenían el mismo valor numérico que el nombre del individuo. Por ejemplo, el valor numérico de las letras de Muhammad es 92, y el de las letras de Nabíl es también 92.

QÁ'IM: el que se levanta: título del Báb.

SIRÁT: puente o sendero; indica a la religión de Dios.

SIYYID: título de los descendientes del Profeta Muhammad.

'ULAMÁ: teólogos, estudiosos de la religión.

1 Para el autor de Los Rompedores del Alba, ver Nabíl-i-Zarandí.

2 Cf. Nabíl, *The Dawn-Breakers*, p. 395, nota 1.

3 Cf. Corán 19:98.

4 Corán 3:91.

5 Corán 54:55.

6 1849-1850.

7 1853; 1892.

8 'Áqá Ján. Cf. Shoghi Effendi, Dios Pasa, pág. 178.

9 Siyyid Muhammad, el Anticristo de la Revelación Bahá'í. Cf. ibíd., págs. 164 y 189.

10 Los Afnán son los familiares del Báb. Íd., págs. 225 y 312.

11 Heraldo del Profeta Muhammad.

12 Corán 68:4.

13 Este vino, dice Rumí en otra parte, viene del frasco de "Sí, verdaderamente." Esto es, simboliza la Alianza Primordial establecido entre Dios y el hombre en el día de "¿No soy Yo tu Señor?" Aquel día, el Creador llamó a los descendientes de Adán y dijo a las generaciones aún por nacer: "¿No soy Yo vuestro Señor?" A lo cual ellas respondieron: "Sí, verdaderamente, Tú eres." Cf. Corán 7:171.

14 El "para" turco era una novena parte de un céntimo. Cf. Webster, New International Dictionary.

15 Nabíl, autor de Los Rompedores del Alba, es el "poeta laureado" de Bahá'u'lláh, "Su cronista y Su incansable discípulo". Cf. Dios Pasa, pág. 124.

16 Mírzá Yahyá, el "jefe nominal" de la comunidad, era el "centro designado provisionalmente hasta la manifestación del Prometido." Id. págs. 121-122.

17 Una referencia al simbolismo islámico, según el cual el bien está protegido del mal: los ángeles repelen a los espíritus malvados que intentan espiar en el Paraíso arrojándoles estrellas fugaces. Cf. Corán 15:18, 37:10 y 67:5.

18 Una referencia a la declaración del advenimiento de Bahá'u'lláh en 1863 como el Prometido por el Báb. El propio advenimiento del Báb había tenido lugar en el "año sesenta" -1844.

19 Los escritos bahá'ís recalcan que la "divinidad atribuida a Ser tan grande y la completa encarnación de los nombres y atributos de Dios en Persona tan exaltada no deberían, bajo ninguna circunstancia, ser mal comprendidos o malinterpretados (...), ese Dios invisible pero racional (...), por mucho que ensalcemos la divinidad de Sus Manifestaciones en la tierra, no puede de ningún modo encarnar Su Realidad infinita, incognoscible, incorruptible y que todo lo abarca en (...) "un ser mortal." Cf. Shoghi Effendi, La Dispensación de Bahá'u'lláh.

20 Según el sistema de cómputo abjad, las letras de "shidád" suman 309. 1892, la fecha de la ascensión de Bahá'u'lláh fue el 1209 A.H.

21 Gharíq. Las letras que componen esta palabra suman 1310, cuyo año musulmán comenzó el 26 de julio de 1892.

22 Términos que utilizan los sufís.

23 Sidq, "verdad".

24 Corán, 54: 55.

25 Esta palabra tiene varios significados, entre ellos veraz, leal y justo.

26 Yá Sháfí.

27 Corán 76:5.

28 Nabíl de Qá'in era su título.

29 Corán 5; 59.

30 El kran era 20 sháhís, o casi 8 céntimos. Cf. Webster, op. cit.

31 Mírzá Mihdí, el hijo de Bahá'u'lláh quien, haciendo oraciones una tarde sobre la azotea de los cuarteles, cayó y se mató. Cf. Dios Pasa, pág. 177.

32 Cf. Corán 13:28; 2:99; 3:67.

33 Yazíd (hijo de Mu'áviyyíh), Califa 'Ummayad por orden de quien el Imán Husayn fue martirizado. Su crueldad se ha hecho proverbial. Cf. S. Haïm, New Persian-English Dictionary, s.v.

34 La rebelión de Mírzá Yahyá, que había sido nombrado jefe provisional de la comunidad bábí. El Báb nunca había nombrado sucesor o vicerregente, refiriendo en lugar de ello a sus discípulos a la inminente venida de su Prometido. En el ínterin se nombró líder ostensible a alguien virtualmente desconocido, por razones de seguridad. A continuación de su declaración en 1863 como el Prometido del Báb, Bahá'u'lláh se retiró durante un tiempo en Adrianópolis, para permitir a los exiliados que eligieran libremente entre Él y su indigno medio hermano, cuyos crímenes y locuras habían amenazado destruir la naciente Fe. Aterrorizado al verse desafiado por Bahá'u'lláh a un debate público, Mírzá Yahyá rehusó y quedó en completo descrédito. Como la historia bahá'í ha demostrado repetidamente, esta crisis también, aunque dolorosa, dio como resultado victorias aún mayores para la Fe, incluyendo la confluencia de discípulos destacados en torno a Bahá'u'lláh, y la proclamación global de la misión de Bahá'u'lláh, en sus Tablas al Papa y a los Reyes. Cf. Dios Pasa, capítulo X y otras partes del libro.

35 Mírzá Yahyá no había sido desterrado de Persia. No obstante, ahora estaba siendo exiliado de Adrianópolis a Chipre, y 'Abdu'l-Ghaffár era uno de los cuatro acompañantes condenados a ir con él. Cf. Bahá'u'lláh, Epístola al Hijo del Lobo, p. 145 y Dios Pasa, p. 171.

36 Cf. Corán 11:101; 11:100; 76:5; 76:22; 17:20.

37 Cf. Dios Pasa, pág. 103.

38 Cf. Dios Pasa, págs. 175, 182 y 184.

39 Corán 54:55.

40 Esta referencia a dos mundos, du jihán, puede referirse al dicho: Isfáhán es medio mundo - Isfáhán nisf-i-jihán.

41 Para esta definición de la Manifestación de Dios, ver Dios Pasa, pág. 113.

42 Estas "brillantes luces gemelas" fueron dos hermanos, mercaderes famosos de Isfáhán. Como les debía una gran suma de dinero, el sacerdote principal de la ciudad -Imán Jum'ih- hizo que fueran martirizados. Véase La Epístola al Hijo del Lobo, de Bahá'u'lláh, y Dios Pasa, págs. 188-189 y 206.

43 Corán 89: 27-30.

44 Corán 24:35.

45 Corán 89: 27-30.

46 Cf. Corán 13: 28: "Verdaderamente recordar a Dios trae paz a los corazones."

47 Corán 76:5.

48 Corán 13:28.

49 Corán 3:91.

50 Corán 29:19; 53:48; 56:62.

51 Mírzá Músá.

52 Cf. Dios Pasa, pág. 175.

53 Unas cuatrocientas millas al noroeste de Baghdád.

54 Shikastih -quebrado-, una forma de escritura cursiva o semitaquigráfica, que se cree fue inventada a finales del siglo diecisiete, en Hirát.

55 Corán 76:5.

56 Un afamado calígrafo que vivió y escribió en la corte de Sháh-'Abbás, el Safaví (1557-1628).

57 Mishk es almizcle. Mishkín-Qalam quiere decir, o pluma perfumada de almizcle, o pluma negra como el azabache.

58 Corán 61:4.

59 En algunas de las obras de este artista, la escritura estaba dispuesta de tal modo que adoptaba formas de pájaros. Cuando E.G. Browne estuvo en Persia, le dijeron que "éstas serían buscadas ávidamente por persas de todas las clases si no fuera porque todas ellas llevan, como firma del autor, el siguiente verso:

Dar díyár-i-khatt sháh-i-sáhib-'alam

Bandiy-i-báb-i-Bahá, Mishkín-Qalam".

Cfr. A Year amongst the Persians, pág. 227. El verso podría traducirse:

Señor de los dominios de la caligrafía,
de Bahá'u'lláh a Su puerta, un siervo noche y día,

Es y será,

Mishkín-Qalam.

Nótese el juego de palabras con puerta, que hace posible la inclusión del nombre del Báb además del de Bahá'u'lláh.

60 Usted es un maestro, alguien diestro en un arte o profesión.

61 Corán 6:127.

62 Corán 3:28.

63 Corán 2: 266, 267.

64 Para algunas de estas frases en árabe, ver Corán 3:170; 4:12, 175; 5:16, 17; 11:100, 101; 28:79; 41:35.

65 El periodo de Baghdád en la historia bahá'í fue del 8 de abril de 1853 al 3 de mayo de 1863. Según varias estimaciones, el tumán de aquel entonces oscilaba entre 1'08 y 1'60 dólares.

66 Esto estaba de acuerdo con la ley del Islam. Cf. Corán 4:12.

67 Corán 7:171.

68 Para las tribulaciones que siguieron a la partida de Bahá'u'lláh, ver Dios Pasa, capítulo XV.

69 El Hércules de Persia.

70 Corán 89:27.

71 Corán 4:71.

72 Cf. Dios Pasa, pág. 170.

73 Corán 89: 27-30.

74 Los Afnán son los familiares del Báb.

75 Corán 7:171.

76 Corán 39:69.

77 El Prometido del Báb.

78 Simbolismo islámico: Satán es "el apedreado"; usando estrellas fugaces por piedras, los ángeles repelen a los demonios del Paraíso. Corán 3:31; 15:17, 34; 37:7; 67:5.

79 Corán 2:17.

80 Corán 4:71.

81 Él Primer Ministro.

82 Qum es la ciudad del santuario de Fátimih, "la Inmaculada". Hermana del octavo Imán, Imán Ridá, fue enterrada allí en el año 816 D.C.

83 El resto del verso es como sigue: "Partamos en dos el techo del Cielo y hagamos un diseño nuevo."

84 Corán 52:4.

85 Cf. Corán 13:28.

86 Corán 3:190.

87 Cf. Corán 39:68.

88 Corán 7:171.

89 Manqúl va ma'qúl: conocimiento "tradicional" frente a conocimiento "racional".

90 Corán 3:190.

91 Bahá'u'lláh fue acompañado por miembros de Su familia y veintiséis discípulos. El convoy incluía una guardia montada de diez soldados con su oficial, una recua de cincuenta mulas y siete pares de palanquines, cada par coronado por cuatro sombrillas. El viaje a Constantinopla duró desde el 3 de mayo de 1863 hasta el 16 de agosto. Cf. Dios Pasa, págs. 147-148.

92 Corán 26:119; 36:41.

93 Cf. Corán 5:59.

94 Corán 39:68-69: "Y habrá un toque de trompeta y todos los que están en el cielo y todos los que están en la tierra se desvanecerán, salvo aquellos a quienes Dios consentirá vivir. Entonces habrá otro toque, y ¡he aquí!, levantándose, mirarán en su derredor: y la tierra brillará con la luz de su Señor..."

95 En la terminología Shaykhí, el Cuarto Soporte o el Cuarto Pilar era el hombre perfecto o canal de la gracia, que había de buscarse en todo momento. Hají Muhammad-Karím Khán se consideraba a sí mismo en tal posición. Cf. Bahá'u'lláh, Kitáb-i-Íqán (El Libro de la Certeza), pág. 121 y ss., y 'Abdu'l-Bahá, A Traveller's Narrative, pág. 4.

96 El prometido Duodécimo Imán.

97 'Allámiy-i-Hillí, "el Muy Erudito Doctor", título del afamado teólogo shíí Jamálu'd-Dín Hasan ibn-i-Yúsuf ibn-i-'Alí de Hilla (1250-1325 a.C.).

98 El ghurúsh o piastra turca de la época eran cuarenta paras, siendo cada para una novena parte de un céntimo. Estas cifras son sólo aproximadas.

99 Gibbon escribe sobre el martirio del Imán Husayn y la suerte de su Familia, que "en una época y un clima distantes, la trágica escena (...) despertará la simpatía del lector más frío."

100 El Sadratu'l-Muntahá, traducido, entre otras versiones, como el Árbol Sidrah que marca el límite, y el Árbol del Loto de la extremidad. Cf. Corán 53:14. Se dice de él que se encuentra en

el punto más elevado del Paraíso, y señala el lugar más allá del cual ni los hombres ni los ángeles pueden pasar. En la terminología bahá'í se refiere a la Manifestación de Dios.

101 Un precursor del Báb y cofundador de la Escuela Shaykhí. Ver glosario.

102 Su hija, en fecha posterior, llegó a ser la consorte de 'Abdu'l-Bahá. Cf. Dios Pasa, pág. 124, y The Dawn-Breakers, pág. 461.

103 "La Puerta de la Puerta", título de Mullá Husayn, el primero que creyó en el Báb. Para un relato sobre su hermana, cf. The Dawn-Breakers, pág. 383, nota.

104 "Solaz de los ojos."

105 Las mujeres persas de la época iban casi totalmente cubiertas por velos en público.

106 Corán 7:7; 14:42; 21:48; 57:25, etc.

107 Cf. Nabíl, The Dawn-Breakers, capítulo XV.

108 La referencia es a la hija de Muhammad, Fátimih, "la de rostro bello y brillante, la Señora de la Luz."

109 Hijo mayor del Sháh y Gobernador de más de dos quintas partes del reino. Ratificó la sentencia de muerte. Poco después de estos hechos cayó en desgracia. Cf. Dios Pasa, págs. 188 y 217.

110 El octavo Imám, envenenado por orden del Califa Ma'múm, en el año 203 después de la Hégira, después que el Imám hubiera sido oficialmente designado como heredero del Califa. Su Santuario, con su cúpula dorada, ha sido considerado la gloria del mundo Shí'ih. "Una parte de mi cuerpo ha de ser enterrada en Khurásán", dijo, tradicionalmente, el Profeta.

111 Corán 76:5.

112 Cf. The Dawn-Breakers, pág. 81, nota 2, y pág. 285, nota 2. Algunas líneas traducidas allí por Shoghi Effendi han sido incorporadas aquí.

113 Un precursor del Báb, y el primero de los dos fundadores de la Escuela Shaykhí. Ver glosario.

114 Corán 17:1; 30:56; 50:19; etc.

115 El sexto Imám.

116 El "Ahsanu'l-Qisas", el comentario del Báb sobre el Sura de José, llamado el Corán de los bábís, que fue traducido del árabe al persa por Táhirih. Cf. Dios Pasa, pág. 23.

117 Corán 3:54: "¡Entonces invocaremos y haremos caer la maldición de Dios sobre aquellos que mienten!" El juicio era por imprecación.

118 Corán 21:48; 19:37, etc. En el Islam, el Puente a Siráh, afilado como una espada y más fino que un cabello, se extiende desde el Infierno hasta el Cielo.

119 Cf. *The Dawn-Breakers*, pág. 276. El asesino no fue un bábí, sino un admirador ferviente de los líderes Shaykhís las Luminosas Luces Gemelas.

120 Cf. *The Dawn-Breakers*, pág. 278.

121 Se refiere a la doctrina de que hay tres caminos hacia Dios: La Ley (*sharí'at*), el Camino (*taríqat*), y la Verdad (*haqíqat*). Es decir, la ley de los ortodoxos, el camino de los derviches, y la verdad. Cf. R. A. Nicholson, *Commentary on the Mathnaví of Rúmí*, s.v.

122 La decimoctava Letra del Viviente, martirizado con indecible crueldad en la plaza del mercado de Bárfurúsh, a la edad de veintisiete años. Bahá'u'lláh le otorgó una posición sólo inferior a la del mismo Báb. Cf. *The Dawn-Breakers*, págs. 408-415.

123 Cf. Corán 74:8 y 6:73. También Isaías 27:13 y Zacarías 9:14.

124 Corán, Sura 56.

125 Las autoridades civiles y eclesiásticas habían emprendido conjuntamente una campaña sistemática contra la nueva Fe en Persia. Los creyentes, abatidos allí donde se encontraban aislados, se agrupaban cuando podían para protegerse contra el Gobierno, el clero y la gente. Traicionados y rodeados al atravesar el bosque de Mázindarán, unos 300 creyentes, en su mayoría estudiantes y religiosos de vida monástica, construyeron el Fuerte de Shaykh (r)abarsí y resistieron frente a los ejércitos de Persia durante once meses. Cf. *The Dawn-Breakers*, capítulos XIX y XX; *Dios Pasa*, pág. 36 y ss.

126 El 15 de agosto de 1852, un joven bábí medio loco hirió al Sháh de un disparo de pistola. El asaltante resultó muerto en el acto y las autoridades llevaron a cabo una masacre general de los creyentes, cuyo clímax fue descrito por Renan como "un día quizás sin paralelo en la historia del mundo." Cf. Lord Curzon, *Persia and the Persian Question*, págs. 501-2, y *Dios Pasa*, pág. 59 y ss.

